

La identidad masculina
en los jóvenes: una mirada

La identidad masculina
en los jóvenes: una mirada

Jorge García Villanueva

La identidad masculina en los jóvenes: una mirada

Jorge García Villanueva

Primera edición, febrero de 2017

© Derechos reservados por el autor Jorge García Villanueva

© Derechos reservados por la Universidad Pedagógica Nacional

Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional, Carretera al Ajusco 24,
col. Héroes de Padierna, Tlalpan, CP 14200, Ciudad de México

www.upn.mx

Esta obra fue dictaminada por pares académicos

ISBN 978-607-413-246-5

BF 692.5

G3.4

García Villanueva, Jorge
La identidad masculina en los jóvenes : una mirada /
Jorge García Villanueva. - - México : UPN, 2016.
172 p. - - (Horizontes educativos)

ISBN 978-607-413-246-5

1. Masculinidad. 2. Jóvenes (Hombres).
Conducta de vida. 3. Identidad de género. I. t.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio,
sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.
Impreso y hecho en México.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a la Universidad Pedagógica Nacional por acogerme desde ya casi dos décadas y por la generosidad con que ha permitido mi desarrollo profesional que hoy da este fruto. Espero, con estas ideas y mi labor en el aula, contribuir en algo al mandato de su lema “Educar para Transformar”.

Sinceramente agradezco las palabras con que me honran mis colegas y amigos, Karla y Bruno a quienes debo tantos aprendizajes. Las críticas y aportaciones de mis queridos Alma Velázquez y Juan Pablo Ortiz serán siempre parte de esta historia.

No puede faltar la especial mención a quienes, con su apoyo y afectos cotidianos, han sido soportes contundentes de tantas y tantas aventuras académicas que hoy son parte de nuestras historias: Ivonne, Yaz, Gaby, Mariana, Jessica, Lilia, Daniel y todo el equipo que ha estado en el día a día.

Agradezco al pueblo de México haber hecho posible este logro a través del financiamiento con que fui distinguido vía el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt); así como, a todas las personas que con su cariño, amabilidad, camaradería y apoyo han hecho posible, directa e indirectamente, este esfuerzo académico.

JGV

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I	
ALGUNAS PRECISIONES	19
Sexo y género	22
La identidad	24
<i>Definiciones</i>	24
Algunos enfoques psicológicos de la identidad.....	27
<i>El conductismo social</i>	28
<i>Una visión cognitiva de la identidad</i>	29
Acerca de la identidad de género	31
<i>La identidad de género y su adquisición</i>	33
<i>La construcción imaginaria de la identidad de género</i>	36
CAPÍTULO 2	
LOS ESTUDIOS SOBRE MASCULINIDAD	39
Algunas características de los estudios de masculinidad	48
De la masculinidad y sus correlatos.....	51
<i>Razón, poder, heterosexualidad y represión de las emociones</i>	52
<i>Respecto a la violencia</i>	57

Hacia una visión coyuntural de la juventud y la masculinidad.....	62
---	----

CAPÍTULO 3

EL ESTUDIO DE LA JUVENTUD	65
Algunas nociones	66
<i>Algunos (des)acuerdos legales en torno a la juventud.....</i>	<i>68</i>
<i>La juventud alargada.....</i>	<i>70</i>
Concepciones de la juventud	71
<i>Juventud y divergencia.....</i>	<i>72</i>
Ser hombre joven.....	74
El contexto.....	78
<i>Ciudad de México, mosaico de realidades</i>	<i>79</i>
<i>Los jóvenes de esta metrópoli.....</i>	<i>80</i>

CAPÍTULO 4

¿CÓMO ACERCARSE AL ESTUDIO DE LOS HOMBRES

JÓVENES?.....	83
El objeto de estudio	84
Objetivos.....	85
<i>General</i>	<i>85</i>
<i>Particulares.....</i>	<i>86</i>
Participantes: hombres jóvenes “integrados”	86
<i>Quiénes fueron participantes.....</i>	<i>87</i>
<i>Características de los entrevistados.....</i>	<i>88</i>
Técnicas de recolección de datos.....	91
Procedimiento.....	92
<i>Estrategias de obtención, registro y análisis de la información.....</i>	<i>92</i>
<i>Consideraciones éticas</i>	<i>94</i>

CAPÍTULO 5

JUVENTUD, ADULTEZ Y MASCULINIDAD	95
Fronteras y características de la juventud	96
Modelos de hombres y mujeres (hegemónicos o diversos)	101
Características de contraste con las mujeres.....	103

Aspectos distintivos de los adultos y su trato con ellos.....	107
Aspectos distintivos de los niños y su trato con ellos.....	111
Aspectos distintivos de los ancianos y su trato con ellos	113
Estilos de vida de los jóvenes y de las personas con quienes cohabitan	115
Relaciones sociales	117
Ocupaciones.....	118
Pasatiempos.....	120
Síntesis de los hallazgos	121

CAPÍTULO 6

EL NO LUGAR DE LOS HOMBRES JÓVENES.....	125
El no lugar y el péndulo social.....	126
De la identidad de los hombres jóvenes y las relaciones que establecen	128
De la condición de hombre joven y las prácticas asociadas.....	132

CAPÍTULO 7

LA VIDA DE LOS HOMBRES JÓVENES, LLENA DE PARADOJAS.	
CONSIDERACIONES FINALES.....	139
El horizonte masculinidad/adultez	141
El uso de la categoría “hombre joven”	142
Repensar las identidades masculinas juveniles	144
EPÍLOGO.....	147
REFERENCIAS.....	153
ANEXOS.....	167
A. Carta de consentimiento informado.....	167
B. Guía de entrevista	169
C. Estructura de las tablas analíticas.....	170

PRÓLOGO

Hace tiempo llegó a mis manos la tesis doctoral del autor del presente libro, lo cual representó mi entrada al conocimiento y entendimiento de conceptos como juventud, identidad, sexo y género, entre otros, que considero básicos en la formación de cualquier persona. Ser consciente de la propia existencia, del tránsito por las etapas de la vida, de las atribuciones sociales que implica el género son tópicos fundamentales –abordados en esta obra– para procurar la propia salud y mejorar la práctica de otras disciplinas científicas y sociales.

La virtud del texto de García Villanueva radica en abordar de una manera clara, precisa y sencilla conceptos usados en psicología, que en un primer momento parecieran dirigirse a especialistas en dicha materia. No obstante, su rigor metodológico, resultan accesibles y comprensibles para cualquier persona interesada en el conocimiento de la juventud y el género.

El profesional de la psicología y, en general, toda persona dedicada a las disciplinas de la salud encontrarán en este texto una serie de categorías, fruto de la investigación con hombres jóvenes, que permiten englobar y analizar las diversas caras del proceso de construcción de la identidad, en particular, de la masculinidad hegemónica. Además, se hace una importante reflexión

sobre la juventud como un estado en el que se llevan a cabo prácticas conductuales que oscilan, a modo de péndulo, entre los extremos niñez-adultez.

El concepto “hombre joven” propuesto puede ser el punto de partida para el desarrollo de más investigaciones, no sólo en el campo de la psicología, sino de cualquier área afín, lo que puede abonar incluso en la definición de políticas públicas de atención a los jóvenes, en la prevención de la violencia, la salud mental, la equidad social, entre otras.

Al adentrarse en este libro, el lector habrá de cuestionarse diversos puntos, tales como si el éxito social de determinados hombres depende del ejercicio de la violencia. Asimismo, hallará datos importantes sobre la autoconcepción de los hombres jóvenes en el contexto de una juventud urbana promedio: ¿hasta qué punto construyen ellos mismos un estereotipo de sí o de lo que es un hombre?, ¿cómo se miran en relación con otros en distintos rangos de edad?, ¿reproducen estereotipos y discursos de la masculinidad? También se podrá comprender que la edad es un factor importante en el ejercicio del poder y en la construcción de las masculinidades en cualquier tipo de relación.

Para quienes nos dedicamos al estudio y práctica de otras áreas de las ciencias sociales y humanidades resulta muy ilustrativo, por ejemplo, percatarnos de que “sexo” y “género” no son lo mismo, y de que en la práctica cotidiana solemos cometer errores al no tener suficiente claridad sobre dichos conceptos.

Invito al lector a internarse en este texto que, sin duda, resultará de gran utilidad en su vida personal y en su trabajo, ya que enriquece el entendimiento de lo que es ser hombre joven, desde una perspectiva científica seria, tan necesaria en estos días.

Bruno Juárez Medina

INTRODUCCIÓN

Este libro ofrece una propuesta enriquecedora dentro de los estudios de género, ya que aborda categorías dignas de un análisis detallado y profundo. En él, se resaltan los atributos alusivos a la categoría de lo masculino, al “ser hombre”, complejizando su análisis al incorporar el “ser joven”, todo ello dentro de un contexto mexicano. Entre sus aportaciones quisiera destacar la que se refiere al “no lugar”, desde el cual hace visibles diversos conjuntos poblacionales, aquellos que se encuentran fuera de la “norma”, los que no pertenecen a las hegemonías de poder, y es debido a ellos que este libro adquiere sentido e invaluable trascendencia.

Los jóvenes demarcados ante un sinfín de conjuntos de normas y patrones sociales continúan, por un lado, intentando disminuir las brechas de género, en tanto en el discurso se hacen presentes; y por otro, enfrentando realidades porque dichos discursos permeen el escenario social. Aunque en los últimos años estos constructos polarizados respecto al “ser hombre” o “ser mujer” se han cuestionado, los logros redundan en la interrogante respecto a los discursos oficiales versus las prácticas sociales.

La diversidad desde la cual se agrupan las sociedades entrevé el permeo de la cultura, tradiciones, historia, economía, políticas públicas y la educación, entre otras. Constantemente se observa la

influencia de las industrias culturales, promotoras de la masculinidad hegemónica por medio de relaciones de poder, a través del “ideal inalcanzable”, marcado por pautas o incluso por “verdades vistas como absolutas”, que fomentan la conformación de grupos impulsores de la reproducción de tales normas y pautas marcadas.

Los individuos, que son quienes conforman las sociedades, se hallan inmersos en la cultura donde se sitúan. Buscan un “sentido de pertenencia” desde el cual poder identificarse, la aceptación de un determinado grupo social y con ello conciben las “metas” o “éxitos” que los harán “pertenecer o no” a una determinada jerarquía.

Dentro de los grupos existen grupos hegemónicos, empoderados por las diferencias con otros grupos minoritarios o no representativos. Aun cuando sabemos que la categoría de “jóvenes” actualmente representa un grupo social mayoritario, en su propia condición como tal, no pertenece a un grupo de poder.

Por otro lado, durante años la masculinidad ha sido asociada al poder desde un constructo polarizado, suscrito a la valentía, virilidad, fuerza, a proveer, proteger, no mostrar afectividad y a la heterosexualidad, entre otros, que continuamente tratan de demostrar cómo es el “ser hombre” y excluyen de dicho grupo de poder a todos aquellos ajenos a esas características.

Las personas buscan reconocimiento, sentir que pertenecen a algún grupo y la aceptación de estos mismos, de tal modo que el género se torna complejo en todas sus dimensiones al trastocar las condiciones sociales que contextualizan al individuo. Concebir de manera distinta el mundo y sus sociedades abre nuevas brechas y replantea el sentido de pertenencia a un grupo o grupos determinados. Aceptar y reconocer no sólo como válidos a los otros, sino apreciarles como iguales y visualizarles como parte de la norma, conlleva un doble esfuerzo que va más allá de los discursos, que involucra nuevas políticas públicas, estrategias y educación. Dicho esto, habrá que replantear la conformación social de una manera que proponga la reconfiguración de patrones y atributos para que

el sentido de pertenencia signifique estar y existir en la diversidad, no entre un determinado conjunto de patrones y normas.

Hacer visible el “no lugar” donde se encuentran las minorías o los “no empoderados” es una ardua tarea, ya que constituye un primer momento del cambio, que no sólo implica tolerar las diferencias –pues de ser así seguiremos en el discurso de “lo diferente, lo ajeno, lo opuesto”–, sino sentirnos pertenecientes, tanto en lo individual como en lo colectivo, en sociedades dinámicas. Romper las categorías y recuperar las armonías con empatía será el reto del devenir.

Karla A. Talavera Torres

A DinDonDan, porque sí...

CAPÍTULO I

ALGUNAS PRECISIONES

*Sería muy simpático que existiera Dios,
que hubiese creado el mundo y fuese una verdadera providencia;
que existiera un orden moral en el universo y una vida futura;
pero es un hecho muy sorprendente el que todo esto sea exactamente
lo que nosotros nos sentimos obligados a desear que exista.*

Sigmund Freud

En esta obra se propone una visión convergente entre los estudios de género y los de juventud: preguntarse por la identidad masculina en hombres jóvenes; además de mostrar un acercamiento de enfoque interpretativo al estudio de ellos. Pero la ambición fue más allá, hombres jóvenes integrados al sistema social, no los que se agrupan de manera clara y distinta sobre todo por sus críticas al *statu quo*, ni aquellos que han hecho del delito su *modus vivendi*. Para ello será necesario repasar brevemente tanto estudios de género (en particular los apuntes sobre la identidad masculina), como de juventud que, aunque muy recientes, han hecho señalamientos importantes para entender la construcción de las identidades juveniles.

Los estudios de juventud se destacan tanto por su reciente aparición (mediados del siglo xx) como por temáticas concernientes, en su mayoría, a las tribus urbanas y culturas juveniles. Han hecho señalamientos de importancia para la comprensión de lo juvenil al grado de impactar en políticas públicas y en la manera de concebir a los jóvenes en tanto habitantes de las grandes ciudades. Pero, ¿son suficientes los estudios de juventud para comprender la identidad masculina no adulta?

¿Cómo mirar los estudios de género y de juventud simultáneamente? Esta labor implica estudiar desde nuevos ángulos los asuntos de género, de identidades; introducir premisas que contribuyan a un pensamiento crítico sobre aquello que se estudia, ante todo, la incorporación de una visión de conjunto, sistémica y compleja. Sin duda, toda una faena en la que aspiro poder contribuir.

Como muchos otros temas objeto de reflexión y de estudio, la masculinidad y la juventud no siempre han estado en el plano de lo interesante, estudiado para los científicos sociales. De hecho, la juventud como categoría de análisis psicosocial es de reciente aparición (capítulo tres). Quizá por tratarse de un fenómeno claramente observable a raíz de la posguerra, junto con un incremento acelerado de la población joven.

Los hombres jóvenes no han sido un objeto de estudio común ni, mucho menos, antiguo en la tradición de la literatura científica. Se ha hablado de los hombres, pero en un sentido que parece excluir a los que aún son jóvenes. Asimismo, en años recientes se han estudiado pero en contextos relacionados con la rebeldía, marginación y comportamientos antisociales o ilícitos, como sujetos de consumo (Lutte, 1991; Feixa, 1998; García, 2001; Malbon, 2000; Medina, 2000; Nateras, 2002a; Brito, 2005, entre otros). No obstante, poco han sido estudiados en relación con el género y las prácticas asociadas (Córdova, 2003; Kimmel y Mahler, 2003; Manzelli, 2005; Botello, 2008). Por fortuna, algunas publicaciones como *La Manzana* (especializada en masculinidad) y *La Ventana* (estudios de género), ya incluyen entre sus artículos algunos que reflexionan acerca de este tópico.

Seidler (2000 y 2006a) y otros autores coinciden en hablar de un supuesto hombre estándar que, entre otras características, es adulto, no joven y heterosexual. Por lo general, la literatura sobre masculinidad se refiere a comportamiento relacionado con la vida adulta (quizá porque quienes lo escriben son personas en dicha condición) y, más aún, a una vida adulta heterosexual, aunque se incorporen muchos de los aspectos señalados por los estudios de género. Como ejemplo, baste citar el interesante trabajo de Beck y Beck-Gernsheim (2001) que trata de la relación amorosa (sólo entre hombre y mujer), aunque hagan referencia a los cambios que dicha relación ha tenido en la sociedad actual, enfatizando en parejas jóvenes. Estos autores, de amplio reconocimiento académico, en su obra nunca mencionan las parejas homosexuales, ni hacen una reflexión sobre las posibles diferencias entre éstas y las heterosexuales al hablar de la vida de una pareja actual.

Pero, ¿dónde está el lugar de los jóvenes en lo referente a masculinidad? ¿Qué dicen ellos sobre su experiencia como hombres jóvenes? Pocos autores han reparado en esta cuestión, a veces incluso tangencialmente –Huerta, 1999; como Connel (2000), Hernández, 2005; Botello (2008)–, menos aún, en lo referente a jóvenes ciudadanos. Este es el punto que la presente investigación pretende explorar, además de hacer aportaciones que ayuden a responder interrogantes como éstas, no sin antes hacer algunas precisiones conceptuales sobre el sexo, el género y la identidad. En los siguientes apartados de este libro se describe el surgimiento de los estudios sobre masculinidad y algunas de las investigaciones que apuntan a sus aspectos distintivos como población juvenil. El capítulo tres trata sobre la juventud, sus concepciones y culmina con la propuesta de la categoría hombre joven, con la que se pretende apoyar la interpretación de los hallazgos de esta investigación.

SEXO Y GÉNERO

Actualmente, se sabe que los seres humanos atravesamos por un proceso de diferenciación sexual durante el desarrollo prenatal, a nivel genético, endocrino, anatomofisiológico y neurológico, que da como resultado la forma visible de hombre o mujer (Fernández, 1987, 1996). Así, se entiende por sexo la condición orgánica que distingue al macho de la hembra y, por extensión, se emplea para designar los órganos sexuales internos y externos, característicos de cada sexo.

Para diferenciar sexo y género, se considera que el *sexo* se refiere al hecho biológico de la diferenciación sexual de los humanos, en tanto que el *género* tiene relación con los significados, atribuciones y comportamientos que cada grupo social le atribuye a tal hecho. Según Barbieri (1992), se da una compleja relación entre sexo y género, a la cual denomina sistemas sexo-género que, a decir suyo, son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatomofisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, la reproducción de la especie humana y, en general, a las relaciones entre las personas. El género bien puede ser considerado la primera gran división entre los seres humanos, seguido por la raza, clase social y otros marcadores sociales.

En su definición de sexo y género, Lamas (1995) comenta que el último es una construcción simbólica establecida sobre los datos biológicos de la diferencia sexual. Algunos autores intentan detectar cuáles son los aspectos económicos, políticos y sociales más significativos para la construcción del género. Otros indagan la manera en que un tipo de orden social produce percepciones específicas acerca del género y la sexualidad, que cobran cuerpo en las formas de acción que se dan en la vida social, política y económica; algunos más abordan cuestiones metodológicas del uso de dicha categoría (Olvera, 1997).

El género está siempre implicado en un sistema simbólico o de significados que consta de dos categorías complementarias, según Olvera (1997), aunque mutuamente excluyentes:

- 1) Los genitales de cada individuo se toman como criterio para asignar categorías en el momento del nacimiento.
- 2) A cada categoría se le asocia gran variedad de actividades, actitudes, símbolos, expectativas, entre otros.

Es necesario mencionar que la categoría de género y el concepto de éste han sido mal empleados de diversas maneras por los autores de la década de 1990, incluso llegan a sustituir (y confundir) sexo con género; es el mismo caso cuando la palabra “género” sustituye a “mujer” o “mujeres” –los trabajos de Lamas (1995) y Olvera (1997) abundan al respecto–.

Por su parte, Burin (1998) ha definido el término género como el conjunto de conductas atribuidas a los hombres y a las mujeres. Según la autora, éste es siempre relacional, ya que no aparece en forma aislada. Es decir, al hablar de género nos remitimos siempre a relaciones entre el género masculino y femenino que se caracterizan por involucrar el poder de los afectos en el género femenino y racional y económico en el género masculino.

Por lo regular, el género no se concibe como una característica interna que origina consecuencias por sí misma, sino como un elemento social que llega a ejercer un papel determinante, no sólo sobre las percepciones, sino sobre los juicios y prejuicios, inferencias, expectativas y procesos de atribución que se desarrollan acerca de las personas pertenecientes a cada grupo en función de su sexo (Deaux, 1984; Grady, 1979 y Unger, 1979 en Fernández, 1996). A este respecto, Rhoda Reddock (2003) señala que la aparición de estudios sobre hombres y masculinidad en el Caribe anglófono (como en América Latina y Estados Unidos) se ve nítidamente hacia la década de 1980; comenta que el surgimiento de este campo puede considerarse como un nuevo componente de la escuela

feminista, a la vez que dichos estudios han contribuido a las reacciones contra este movimiento. En otras palabras, los hallazgos o las nuevas aportaciones a los estudios de género también son afectados por una asunción de posturas políticas entre los movimientos feministas (izquierda) y los conservadores (derecha).

LA IDENTIDAD

Se considera que las diferencias de género están dadas por factores psicológicos, sociológicos y antropológicos. En éstas influyen, desde luego, la percepción personal entre lo que el sujeto aprecia de su peculiar morfismo sexual y lo que el contexto social en el que se desarrolla, trate de imponerle (Fernández, 1996). En otras palabras, los pensamientos sobre el propio sexo y su correspondencia (o no) con las normas que impone el sistema social conforman, en este caso, la identidad de género. Pero lo mismo sucede con otros aspectos identitarios (profesional, nacional, por citar algunos).

En este punto (el de la percepción personal) destaca el asunto de la identidad. ¿Qué pasa si la percepción de un hombre no corresponde positivamente con todas las exigencias que penden sobre él? Si sólo practica algunas de las conductas legitimadas por la masculinidad hegemónica –por ejemplo, ser heterosexual pero no violento, ni proveedor o ser homosexual pero proveedor y violento–, ¿sigue siendo hombre? ¿Qué hay de quienes no ejercen prácticas relacionadas con la masculinidad hegemónica?, ¿es posible esto último como hombre? ¿Los jóvenes ejercen todas las prácticas asociadas con su condición de hombres? ¿Cómo estudiar el ser hombre joven?

Definiciones

En el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* se define identidad como la cualidad de idéntico; el conjunto de rasgos

propios de un individuo o de una colectividad que los caracteriza frente a los demás (DRAE, 2001).

Según Warren (2001) es una característica o dato sensible de un organismo que persiste sin cambio esencial; sinónimo de mismidad y conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta de las demás. Denomina a esto último “identidad personal”. Desde una óptica más sociológica, Weeks (1998) define identidad como el sentido del yo en relación con el sentido de ser hombre o mujer, lo cual es tanto privado (relativo a la propia subjetividad) como público (que tiene lugar en un mundo de significados y relaciones de poder).

En las definiciones de la DRAE (2001) y de Warren (2001) es notable una noción esencialista del término, en tanto la permanencia de las características. El otro elemento común es el de ser distinto a los demás, ya se trate de un individuo o de una colectividad. Por otra parte, Weeks (1998) señala que la noción que se tiene de ser hombre o mujer y el lugar que esto ocupa (por medio de las prácticas) en las dimensiones privada y pública tiene diferencias muy marcadas entre cada categoría (en esto han coincidido Basaglia, 1985; Sctott, 1986; y Barbieri, 1996). Relacionadas con estos conceptos se hallan las ideas de identidad personal e identidad social, cuya relación con la identidad de género será comentada más adelante.

Acerca de la noción de “ser”

En un afán por operacionalizar nociones provenientes incluso de la filosofía, en este momento es pertinente especificar la concepción de ser que se utilizó en este trabajo. Según Lowe (2001) “ser” es el objeto de la ontología, pero hay tipos y modos de ser. Decir tipos de ser es igual a decir tipos de cosas, por lo que puede haber cosas o seres concretos y abstractos. Los modos de ser se refieren a lo que todas las entidades poseen: la existencia, por lo que las cosas tienen distintas maneras de ser o existir. Así, el ser de los objetos

físicos concretos es espacio-temporal. Respecto a qué significa ser una entidad o un ser, se asumirá la posición de Quine (1974/2001), según la cual: “Ser es el valor de una variable”. De acuerdo a Lowe puede parafrasearse como: “Ser contado entre las entidades reconocidas como existentes por una teoría dada [en este caso, las teorías de la psicología y del género] es pertenecer al dominio asignado a las variables de cuantificación de esa teoría según su interpretación estándar”. Quine añade que es imposible ser un ser sin identidad: “Ninguna entidad sin identidad” (1974/2001). Este *dictum* sugiere que la característica crucial para constituirse en entidad es la posesión de determinadas condiciones de identidad (de la cual ya he comentado algunas perspectivas para su análisis) donde están incluidos tanto los significados como las prácticas comunes de quienes forman parte del grupo o categoría en cuestión. Sobre esto último, la siguiente frase de Dubar es luminosa: “Lo que hay de único es lo que hay de compartido” (2002, p. 11).

Además, dice Heidegger, hay dos planos donde se muestra el ser: el ontológico y el óntico. El primero es el que busca investigar al ser dando un paso atrás del plano óntico, respondiendo a la pregunta sobre el ser. No se puede prescindir de los entes, pues el ser siempre es “ser de un ente” (Heidegger, 1951/2002), pero aquí se realiza una investigación con la mira en “las cosas mismas”, sin los supuestos de las disciplinas ónticas. De acuerdo con ello, nos referimos en esta obra al ser hombre joven en términos de sus prácticas e intentamos comprender los significados que éstas tienen para él.

Por su parte, los campos de estudio de las distintas ciencias (e.g. la psicología) forman parte del plano óntico. “La investigación científica realiza [...] la demarcación y primera fijación de las regiones esenciales” (Heidegger, 1951/2002, p. 33). El criterio para esta demarcación lo encuentra la ciencia en el ser de los entes. Así, la biología demarca los seres vivos; la matemática, los seres matemáticos; la psicología, los seres con comportamiento. Sin embargo, ésta sólo tiene un carácter metodológico, meramente posible, no necesario. Por lo que un hombre (o mujer) puede ser demarcado

por la psicología como un ser con comportamiento; pero de ésta no se sigue que el hombre sea necesaria y solamente un ser con comportamiento, es factible de ser demarcado también por la biología como un ser vivo. Desde luego, toda demarcación es posibilidad, no es única y necesaria.

Con base en lo anterior, llego a dos conclusiones. Primero, que la acepción que mejor explica mi mirada acerca del ser en esta investigación, es la de Quine. La teoría de la que partiré es la psicología, que, al ser mi formación inicial, influye el enfoque de aquello que miro, cuya variable de cuantificación es el comportamiento, en términos de prácticas y significados. El dominio asignado a estas variables son los seres con comportamiento. Desde luego, los hombres jóvenes, por tanto, es posible tomarlos como objeto de estudio y categoría analítica. Además, mi propuesta de considerar el ser hombre joven “integrado” como sujeto de estudio y categoría analítica se justifica dada la poca literatura existente para abordar el tema. En segundo término, de acuerdo con Heidegger, sostengo que la presente investigación se desarrolla en un plano óntico y no ontológico. Por lo que la actividad interpretativa es teórica y metodológicamente adecuada para intentar comprender ;el ser hombre joven, en tanto sus comportamientos.

ALGUNOS ENFOQUES PSICOLÓGICOS DE LA IDENTIDAD

Para la psicología social, el término identidad es muy distinto de lo comentado en líneas anteriores. Tras los trabajos de Tajfel (1972, 1976), la identidad comienza a ser analizada como la construcción de una diferencia, elaboración de un contraste, puesta en evidencia de una alteridad; es decir, la existencia de otros, que no yo, con quienes comparto características en mayor o menor medida. Asimismo, dicho autor postula la existencia de fenómenos de identidad en las relaciones entre un grupo de pertenencia (endogrupo) y un grupo externo (exogrupo).

El conductismo social

Mead (1963/2003) estudió los vínculos entre el espíritu, el sí mismo y la sociedad desde un punto de vista al que denominó conductista social. Considera que la interacción social en la que participan los individuos es el origen de su conciencia individual (su noción de identidad), que se refiere al poder de provocar en sí mismo un conjunto de reacciones definidas que pertenecen a otros miembros del grupo. No es posible distinguir claramente entre nuestros propios *yo* y los de los demás; puesto que, los nuestros sólo existen y entran en nuestras experiencias en la medida en que los *yo* de los otros existen y entran como tales en nuestra experiencia. Siguiendo a Mead, el sí mismo se desarrolla en dos fases: en la primera se organiza con las actitudes particulares, pero en la segunda intervienen las actitudes sociales del otro generalizado, o del grupo social como conjunto global al que se pertenece.

El sí mismo no es sólo una interiorización pasiva de las actitudes sociales, comenta Mead (1963/2003), los individuos no son idénticos e intercambiables. Las interacciones múltiples en las que participan los individuos y los puestos que ocupan son importantes fuentes de variaciones en la identidad, lo cual coincide con las ideas de Dubar (2002) y Serret (2001), en el sentido de definir la identidad como un proceso dinámico resultante de las múltiples interacciones sociales. Así, la identidad de una persona puede ser analizada según el matiz de género, juventud, clase social y otros marcadores desde los que se interactúa en sociedad.

Es importante señalar dentro del sí mismo, dos aspectos que lo conforman y originan: el *yo* que representa al sí mismo como sujeto y el *mí* que lo representa como objeto. El *yo* representa el aspecto creado del sí mismo que responde a las actitudes del otro que se han interiorizado, mientras que el *mí* es precisamente el conjunto organizado de los juicios del otro que el sí mismo asume. Estas nociones de *yo* y sí mismo las comparte Aisenson (1982), aunque con aplicaciones de índole clínica.

En este sentido, Kuhn y Mc Partland (1954) idearon una técnica de investigación de la identidad que consistía en contestar 20 veces la pregunta “¿Quién soy yo?”; la condición era que cada respuesta fuese distinta. Los resultados obtenidos mostraron, en general, que los sujetos responden en primer lugar con categorías sociales, designando un papel, un estatus o pertenencia a un grupo; una vez agotado este tipo de respuestas, que indican posiciones sociales, aparecen lo que los autores llaman respuestas más subjetivas e idiosincrásicas, por ejemplo: feliz, turbado, inteligente, entre otras. En 1968, Gordon utilizó esta técnica con estudiantes, pero con 15 respuestas. Las más frecuentes de éstas fueron la edad en primer lugar y en segundo, el género. A partir de un análisis de contenido, el autor distinguió varias categorías de respuesta, que van desde el polo social, al polo personal de la identidad. Señaló, además, que algunas variaciones en la utilización de las diferentes categorías de definición de sí mismo se manifiestan en función de las inserciones sociales. Una situación de minoría, o una posición dominada, produciría en los individuos una conciencia mayor de la o de las categorías sociales que les vuelven minoritarios o dominados.

Una visión cognitiva de la identidad

Turner y otros autores Turner *et al.*, 1987, postularon la teoría de la categorización del yo o autocategorización. En el centro de esta teoría se encuentra la noción de despersonalización que califica el paso de la identidad personal a la identidad social en un proceso psicológico que conlleva una uniformidad y homogeneidad de los comportamientos y representaciones dentro de un grupo. La despersonalización conduce a una manifestación de la identidad personal menor en beneficio de la identidad colectiva; ejemplo de esto pueden ser las expresiones propias de los diferentes grupos juveniles, descritas por estudiosos de la juventud como Feixa (1998) y Nateras (2002a). Además, entre grupos de varones, esta

despersonalización puede ser observada cuando algunos de sus miembros participan en comentarios sexistas y homofóbicos, aun cuando no sea una postura personalmente aceptada. Esto último es el principio del que habla Zimbardo (2008) al estudiar por qué las personas generalmente amables pueden llegar a cometer actos de maldad como efecto de la situación generada por el grupo en que se hallen.

Turner *et al.* (1987; en Bourhis y Leyens, 1996) postulan una jerarquía que incluye tres niveles principales de categorización. Estos estratos inclusivos y ordenados siguen un orden vertical y recurren a principios de diferenciación: en el más alto, el ser humano se concibe como distinto de las demás especies animales, entre otras cosas; en el intermedio, es miembro de un grupo que lo identifica y se observa en oposición a los otros grupos y, finalmente, en el tercer nivel, el individuo se define por sus diferencias con otros seres personales. De acuerdo con esta teoría, la articulación de los niveles estaría gobernada por un “antagonismo funcional”; una relación inversa o negativa, un conflicto inevitable y continuo, una competición constante. Un antagonismo que funcione de esta manera, contribuiría, entre otras cosas, a despersonalizar al individuo (*e.g.*, la categoría hombre), quien deja una representación de sí mismo basada en lo que le singulariza de los demás para definirse, en un nivel de categorización más elevado, como el miembro del grupo colectivamente distinto de los demás grupos (el de los hombres).

La despersonalización conduce a la homogeneidad del endogrupo (el de pertenencia), así como del exogrupo, con el que se compara o contrasta. En el lado opuesto, la personalización del yo en el nivel subordinado implicaría una especie de atomización de la percepción social (Turner *et al.*, 1987; en Bourhis y Leyens, 1996). Esto explica la misoginia imperante en el uso del lenguaje en aspectos como, por ejemplo, la función insultante de llamar en femenino a los hombres o calificarlos con palabras cuyo uso común es para referirse a las mujeres. Del mismo modo, los individuos tienden a generalizar la percepción de su propia unicidad

a los demás miembros del endogrupo (al que pertenecen), mucho más que a los del exogrupo (con el que se comparan).

Los trabajos realizados en poblaciones de jóvenes y de personas mayores realizados por Brewer *et al.* (1981, 1984 en Bourhis y Leyens, 1996), muestran el establecimiento de un sistema de categorías complejo que incluye al menos componentes como: una diferenciación entre varios subgrupos en el endogrupo (los diferentes grupos juveniles o tipos de hombres, por ejemplo), una tendencia a la homogeneización de los subgrupos más alejados del individuo (al referirse a esos grupos de hombres de los cuales no es parte) y la oposición del endogrupo –en conjunto– a un exogrupo juzgado como muy homogéneo (las mujeres, los adultos).

ACERCA DE LA IDENTIDAD DE GÉNERO

En un ámbito de la psicología social que resulta más cercano al interés de este trabajo, como es el de las relaciones entre las personas, algunos estudios sobre la pertenencia sexual de los sujetos no destacan ningún efecto de homogeneidad relativa del exogrupo (Taylor, Fiske, Etcoff y Ruderman, 1978). En cambio, puede darse una inversión, un efecto de homogeneidad relativa del endogrupo y los intentos de explicación tendentes a conciliar dicha inversión invocan el prestigio social relativo de los grupos. En efecto, parece como si los miembros del grupo de menor prestigio (comúnmente, las mujeres) se percibieran y estuvieran percibidos en un modo de identidad colectiva más que los miembros de grupos de prestigio más alto (por lo general, los hombres), percibidos ante todo en modo de identidad personal.

La interacción de componentes personales y colectivos de la identidad individual tiene que ver con una relación entre grupos de prestigio contrastado (Lorenzi-Cioldi, 1988 en Bourhis y Leyens, 1996). Así, la pertenencia sexual de los individuos puede ser utilizada para ilustrar las dinámicas de identidad derivadas de una relación

entre grupos de estatus diferentes como hombres/mujeres, jóvenes/viejos; incluso entre grupos de hombres y de jóvenes, tales como hombres ricos/pobres, mandilones/mandones, “darketos”/“skatos”, por mencionar algunos. Esto último también puede ser visto en términos de categorías centrales y límite, como se verá más adelante en La construcción imaginaria de la identidad de género.

Entre las diversas descripciones del término género, con frecuencia se mencionan al menos tres elementos relacionados: la asignación (denominar hombre o mujer a un recién nacido y, según esto, colocar expectativas, permisos y prohibiciones en su comportamiento); la identidad (la forma de ejercer esas asignaciones) y el papel o rol (actividades definidas para cada género). En párrafos siguientes daré cuenta de lo referente a la identidad de género, de utilidad para el análisis que se propone en este estudio.

En cuanto a la identidad masculina, autores como Kaufman (1989) y Badinter (1993) afirman que el proceso que da lugar a ésta comienza en los primeros años de la vida porque es entonces cuando se empieza a desarrollar una imagen corporal que permite que los niños puedan distinguir las características del cuerpo, se identifican con algunas de las imágenes femeninas o masculinas y se categorizan dentro de alguno de los dos géneros hegemónicos. Ello coincide con las investigaciones de Tajfel y Turner (1986), en el sentido de que los grupos (en este caso, el de hombres) establecen pautas, estereotipos a seguir por sus miembros.

La identidad se construye a partir de las relaciones interpersonales y grupales, mismas que dan pautas de los comportamientos, deseables e indeseables, como individuos miembros de un grupo. De aquí que el género pueda ser estudiado desde el llamado conductismo social y sus derivados. La masculinidad, por ejemplo, se conforma de diversos atributos que son permitidos, deseados y hasta impuestos a los hombres, desde muy niños. Constantemente se marca como indeseable y hasta denigrante para los hombres (que deben ser masculinos) aquello que está considerado femenino, con lo cual la pertenencia a dicho grupo no sólo implica asumir lo

masculino, sino además rechazar y demostrar ausencia de feminidad. Esto puede ser entendido en términos del antagonismo funcional (del que se habló párrafos atrás) propuesto por Turner (1986).

Por otra parte, el uso de un análisis del orden simbólico implicado en las identidades de género (mediante las nociones de categoría central y límite) ayuda a comprender desde lo teórico las concepciones que subyacen a las prácticas de las personas en tanto hombres o mujeres (o cualesquiera otras nociones). Desde aquí, la desnaturalización de la masculinidad es irrestricta. Como psicólogo social, me parecen más asequibles y útiles las posturas socioculturales del análisis de la identidad, así como la construcción imaginaria de ésta a partir de categorías centrales y límites.

La identidad de género y su adquisición

Para algunos autores de la identidad de género, el proceso de adopción de ésta tiene dos facetas: el descubrimiento de los roles de género y la discriminación en el ejercicio de éstos, según se trate de un niño o de una niña. La familia y los grupos de amistades son los ámbitos de mayor influencia para la evolución y socialización de los infantes. Dado lo anterior, se pretende que los niños adquieran aquellos comportamientos que la sociedad considera más adecuados para su sexo, es decir, las niñas, lo relacionado con el área de la afectividad y los varones los comportamientos que tienen que ver con la independencia y la agresividad. En este orden de ideas, Siegal reportó en 1987 que es el miembro varón de la pareja quien ejerce una mayor diferenciación en sus prácticas parentales, según sea hijo o hija. Aunque existen posturas que explican esto de manera diferente –como la de Herdt, 1992–, no son retomadas puesto que se trata de estudios en sociedades con características muy disímiles a la de este trabajo.

Fernández (1987) y Barberá (1998) explican que el comportamiento diferencial que realizan los padres se debe quizá a la mayor

presión social que reciben los varones para adecuar su comportamiento a los roles de género, recibiendo sanciones sociales más fuertes y consistentes en caso de violar las normas basadas en el género. Al respecto, menciona que desde el momento del nacimiento, los adultos muestran una serie de sesgos perceptivos, esto es, que elaboran expectativas basadas sólo en el sexo del bebé. A partir de esto los padres aplican lo que es el reforzamiento diferencial, comportándose de manera diferente con niños que con niñas y es desde este momento que los niños interiorizan aquellas cualidades que la sociedad espera de ellos. Desde los dos años, los padres comienzan a ser más claros y frecuentes en cuanto a sus comportamientos diferenciales, según los roles de género. Lo anterior indica que son ellos quienes desempeñan el papel de enseñar a sus hijos dichos roles. De acuerdo con la educación recibida en el hogar, los niños y las niñas se perciben como grupos distintos, por lo tanto, sus objetivos sociales hacen que cada grupo busque contextos en dónde poder alcanzarlos y ensayar aquellas conductas más aceptadas para su respectivo grupo.

Autores, como Díaz-Guerrero (1986), afirman que cada cultura –al construir el marco de referencia y motor del individuo– parte de una serie de premisas histórico-socio-culturales entendidas como las tradiciones respecto de los valores, creencias, pensamientos y acciones. Lo cual puede llevar a pensar que la adquisición y desarrollo del género es un proceso multifactorial en el que intervienen el sexo, la edad, la clase social, la maduración e inteligencia, la familia y los grupos de pares, por mencionar algunos. Sobre esto último, cabe destacar que la influencia de los pares puede hacer que el adolescente asuma modificaciones y reconsideraciones acerca de su imagen corporal, su manera de hablar, entre otros, tal como lo señalan los teóricos del conductismo social (Bourhis y Leyens, 1996).

Según Spence *et al.* (1975), la identidad de género es el componente del autoconcepto que se adquiere más temprano, es el más central y el de mayor capacidad organizativa, debido a la relevancia que le concede la sociedad a todo aquello relacionado con el sexo.

Siguiendo esta idea, derivado de las aportaciones de Tajfel y Turner (1986), se ha dicho que la comparación social influirá en la conformación de la identidad social, que estos autores definen como la parte del autoconcepto de una persona que se deriva de la percepción de su pertenencia a una categoría social (como es el género). Es decir, es el sentido psicológico de concebirse como miembro de un grupo.

En otras palabras, se entiende por identidad social a la imagen personal derivada de las características extraídas del grupo de pertenencia. Así, la identidad de género, como proceso de comparación social, se activa y gesta al interactuar con personas tanto del mismo sexo como del otro, además de que depende de las características del contexto en el que se desarrolla.

Weeks (1998) señala que las identidades de género son sumamente ambiguas, aunque al parecer las necesitamos debido a la armonía y coherencia interior que nos proporcionan, amén de un sentido de ubicación en lo público y en lo privado que se desprende de ellas. Asimismo, Weeks (1998) afirma que las identidades de género nos perturban gravemente, pero a la vez las defendemos y cuestionamos sin cesar. Tanto Díaz-Guerrero (1986) como Weeks (1998), indican que las identidades de género no son hechos dictados por la biología de las personas, sino que son fenómenos de índole cultural, histórica y política. Por último, Weeks comenta que los modelos de identidad de género tienen límites muy rígidos, no obstante que están en un proceso de cambio constante. En este sentido, las vivencias de personas transgénero y transexuales develan las dolorosas implicaciones de transgredir las normas de la masculinidad (hegemónica) públicamente incluso cuando su condición pueda ser vista también como una negociación con la masculinidad hegemónica para generar otras masculinidades (Cáceres y Jiménez, 1998 y González, 2001) que al fin comparten algunos elementos con la hegemónica (como se plantea en *Ser hombre joven*).

En relación con la población mexicana Ramos (1951/1984), Paz (1950), Portilla (1966) y Bartra (2002) señalaron algunos aspectos

que ayudan a pensar en las diferencias entre ser hombre en la ciudad y serlo en contextos rurales. Los estereotipos del “pelado” y el “apretado”, por ejemplo, han sido estudiados como característicos del contexto urbano de la Ciudad de México, sobre todo para contribuir a la comprensión de las relaciones de poder entre clases. Más aún, dentro de la capital del país han existido distintas expresiones de lo masculino enmarcadas, quizá, en lo que hoy es considerado subcultura o tribus, tales como el pelado, el *punk* o el “graffitero”, todas ellas ejercidas por hombres jóvenes.

La construcción imaginaria de la identidad de género

Serret (2001) explica que la identidad se encuentra inscrita en un orden simbólico de estructuras binarias compuestas por una categoría central y una límite, que es un concepto fronterizo debido a su construcción desde diversas perspectivas y disciplinas (psicología, sociología, antropología, entre otras). La primera categoría (central) generalmente se define a partir de lo tangible y en términos positivos, mientras que la límite se define por la negación de la categoría central.

Aunque las identidades han sido y pueden ser estudiadas más allá de comportamientos y discursos, las identidades colectivas, dice Serret (2001), pueden ser vistas como la puesta en común de una misma ilusión imaginaria. Afirma que la identidad sólo existe en actos, prácticas; pero en la medida en que es puesta en discurso, o en otras palabras, al haber identidad, existe un discurso del que se derivan prácticas y viceversa. En su aplicación al análisis de la identidad de género, Serret (2001) argumenta que los términos hombre y masculinidad son siempre categorías centrales, mientras que mujer y feminidad son límites.

Al reflexionar sobre la masculinidad y las sexualidades periféricas, Fonseca (2006) destaca el uso de la noción de límite para el estudio de la sexualidad (comportamientos sexuales permitidos y

prohibidos, así como relaciones interpersonales); comenta cómo las mismas prácticas pueden significar diferente según la edad y el sexo de quienes la ejerzan, por mencionar algunos aspectos. Así, por citar un ejemplo, el comportamiento sexual coital es juzgado positivamente sólo si se es adulto, heterosexual y joven; mientras que éste es calificado como indeseable para los menores de edad y los ancianos. Esto puede ser complementado con el trabajo de Gil (2006) donde aplica el triángulo culinario de Lévi-Strauss (1968) para el estudio del proceso de construcción de la masculinidad, de lo que deriva tres categorías constituyentes de dicho proceso: el héroe u hombre *crudo*; el patriarca u hombre *cocido*; y el monstruo u hombre *corrupto*. Basado en ello, Gil (2006) afirma que el yo masculino está internamente dividido en las tres categorías mencionadas, de lo cual se desprenderán prácticas que corresponden a cada uno y que pueden coexistir en tiempo y lugar.

CAPÍTULO 2

LOS ESTUDIOS SOBRE MASCULINIDAD

Hombre soy, y nada humano me es ajeno.

Publius Terentius Afer

Utilizado y descrito por autoras como Rubin (1975), Conway, Bourque y Scott (1987) y Scott (1986), el término género probablemente ha sido una de las categorías más empleadas en investigaciones sociales de las últimas décadas. Si bien es cierto que Simone de Beauvoir (1947/1981, 1947/1982) señaló de manera magistral las diferencias e inequidades entre hombres y mujeres, fue con Scott que se dejó delimitada la categoría género para su incorporación al trabajo académico (Lamas, 1995). Cosa distinta sucede con los estudios de juventud, que son de muy reciente aparición (ca. 1970, 1980), a pesar de que la trayectoria del término se remonta mucho más atrás en la historia de la humanidad (Pérez, Valdez y Suárez, 2008; Cueva, 2006).

Antes de comenzar con este recorrido por la historia de los estudios de género y su relación con los de masculinidad y juventud, es pertinente hacer mención de algunas. Como se verá en páginas

siguientes, los estudios de género tienen su origen en los movimientos políticos de izquierda, concretamente de la izquierda feminista. Éstos tenían como propósito reivindicar la posición social (política, económica, educativa, entre otras) de las mujeres hasta lograr colocarlas en igualdad de derechos y oportunidades frente a los hombres.

Diversas disciplinas han contribuido al campo de conocimiento de los estudios de género, entre ellas sociología, antropología, historia y psicología. Las tres primeras han buscado explicar los elementos y procesos subyacentes a la discriminación de las mujeres y su visión de diferentes en relación con los hombres. Por su parte, la psicología ha mantenido dos grandes cauces para la investigación en materia de género: el psicométrico (que subraya las diferencias comportamentales por sexo) y el comprensivo (interesado en el análisis de las vivencias y realidades en los ámbitos personal, social y colectivo).

Al parecer, la visión psicométrica es la que aún cuenta con la mayoría de teóricos dentro de la psicología, pues abundan estudios que pretenden construir clasificaciones y medir características asociadas con el género de las personas descomponiéndolo en conductas denominadas “roles sexuales”. Desde esta posición incluso se ha llegado a establecer intervalos, escalas y hasta normas para distintas poblaciones (Lara, 1993; Alonso, 2000; Díaz, Rocha y Rivera, 2004). Como se verá más adelante, es difícil encontrar investigaciones relativas al género identificadas como psicológicas que no se encuentren hechas desde la visión psicométrica. ¿Será que los psicólogos se resisten a adoptar una posición crítica en torno a esta temática? ¿Quizá se trate de un asunto de hegemonía? Lo cierto es que la postura de las diferencias por sexo es muy conservadora en tanto que puede llegar a naturalizar y legitimar los estereotipos de género, pues el sólo término induce a pensar en que los comportamientos (roles) son inherentes al sexo de las personas y no a un conglomerado de atributos social y cultural. El presente estudio se aparta de dicha postura.

Desde una perspectiva ya sea de corte comprensivo interpretativo o crítico, los estudios de género se han enfocado más en los significados relativos a las masculinidades y feminidades, así como a la comprensión de los problemas sociales que muestran matices claramente distintos según se trate de hombres o mujeres. Con esta visión antropólogos, sociólogos y psicólogos sociales, entre otros, han producido diversos trabajos que han llegado a impactar los planos académico, educativo y político. Tal es el caso de la incorporación de la perspectiva de género en disciplinas como la economía y medicina; la inclusión de algunos conceptos o materias en planes y programas de estudio de educación básica y universitarios; así como la formulación de leyes y creación de instituciones dedicadas a reducir la desigualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, y otros marcadores sociales.

El tema del género y la juventud es, de entrada, incómodo para su análisis y para su discusión debido a su complejidad y a que implica cuestionar puntos neurálgicos de algunos supuestos en ciencia, del *statu quo* y de muchos argumentos morales –de los cuales no escapa fácilmente quien se dedique a la investigación científica– que señalan los atributos deseables en hombres y mujeres tanto como en los jóvenes, *e.g.* la obediencia a los padres, no tener varias parejas sexuales, ser heterosexual (aunque no son atribuciones exclusivas para los jóvenes). Más aún, estas letras habla del ser hombre joven, lo cual implica que existen nociones de ser y de hombre joven que habrán de quedar definidas, sobre todo, por tratarse de una postura que intenta ser comprensivo-interpretativa.

El interés de las mujeres por comprender su situación histórica en relación con los hombres hizo cada vez más necesario estudiar sus masculinidades e identidades, quienes a su vez, comenzaron los estudios de los hombres ante la influencia del feminismo expresada o ejercida por sus colegas o parejas mujeres. Olavarría (1998) apunta que, en nuestros días, pueden distinguirse dos grandes líneas en los estudios de género desde las posturas feministas. Una que intenta balancear o invertir el sesgo ginecocéntrico de los estudios

de género concentrada en el estudio de la sexualidad, las prácticas reproductivas masculinas y la emergencia de las identidades *gay* y *queer* (que intenta resignificar términos peyorativos que aluden a la condición homosexual, por ejemplo, y erradicar prejuicios relativos al género y la convivencia social). Una segunda, vertida a la comprensión de las identidades masculinas locales y los cambios en ellas a causa de la modificación de las relaciones de género. Esta última vertiente es compartida, aunque con matices, por diversos autores de estudios sobre masculinidad, Kaufman (1989), Bourdieu (1998), Connell (2000, 2003), Kimmel (2003) y Seidler (2006b); amén de los que en México han trabajado en esa línea con diferentes poblaciones y temáticas Huerta (1999), González (2001), Montesinos (2002) y Ramírez Rodríguez (2005), por citar algunos.

Según parece, tanto las propuestas teóricas feministas como los estudios de género, presentan algunos acuerdos que potencian la investigación sobre las relaciones sociales y la identidad masculina, de particular interés para esta obra. Quizá la aportación más notable de los estudios de la mujer sea el señalamiento de un orden social sustentado en las atribuciones que remarcan la diferencia sexual (Montesinos, 2002). Sin dejar de lado el énfasis puesto en la subordinación, el uso y apropiación del cuerpo y los discursos de la igualdad y de la diferencia, surgidos de dichos trabajos.

En este sentido, la categoría género ahora forma parte de uno de los principales cortes analíticos de la realidad social, junto con la clase, y la raza (Kimmel, 1992), a las que puede sumarse la orientación sexual. Ello porque, amén de ser categorías relacionales, en los estudios sobre la identidad femenina está presente la masculina, puesto que éstas han sido definidas en mutua oposición. Según Montesinos (2002), hay dos discursos feministas que conceptúan el ser mujer: el de la igualdad y el de la diferencia. En este orden de ideas, Magda Catalá (1983) señala que ambos coinciden en que la feminidad y la masculinidad son construcciones socioculturales y, por tanto, históricas, cuyas formas de representación simbólica sufren variaciones a través del tiempo y del espacio, pero mantienen la oposición como

constante. Dicha condición social define a lo femenino a partir de una posición negativa, vista desde lo masculino (mujer es una categoría límite y hombre, una central), lo que puede denominarse androcentrismo. En otras palabras, ser hombre se define en positivo mientras que ser mujer es todo lo que no es ser hombre y, a la vez, el límite entre hombre y no hombre (Serret, 2001).

Muchos de los estudios de género coinciden en la incorporación del poder para el análisis de las relaciones sociales, mismas que son jerárquicas, basadas en la diferencia sexual y donde a las mujeres se les ha asignado un lugar subordinado en relación con el varón (Bourdieu, 2005). En general, refieren con frecuencia a la idea del patriarcado subyacente en las diversas formas de organización social que mantienen a los hombres en un lugar de privilegio y de dominio sobre las mujeres. Cabe señalar que se habla de estudios en sociedades occidentales contemporáneas, mismas donde las transformaciones derivadas de la existencia de mujeres en el poder cuestionan o provocan crisis en la identidad masculina, o mejor dicho, de las formas de representación y simbolización de la masculinidad (Montesinos, 1995). En estas sociedades se ve cada vez a más mujeres ocupando lugares antaño exclusivos de los hombres, como puestos de alto rango, por ejemplo.

Tratando de responder a la interrogante de qué es ser mujer, varias autoras (Catalá 1983; Basaglia, 1985; Alcoff, 1989; Martínez, 1994; Schneider, 2003) coinciden en señalar que dicha conceptualización se ha realizado a partir del cuerpo femenino, basándose en su función reproductiva, de la que se deriva la idea de mujer igual a madre (y conceptos como el de madre-esposa ampliamente estudiado por Lagarde, 1992). A su vez, la de ser hombre mucho tiene que ver con el cuerpo masculino y su capacidad de penetración. Los estereotipos y roles de género (relacionados con la maternidad y las labores domésticas) asignados culturalmente a las mujeres han sido considerados *atributos naturales* en la justificación patriarcal; entre los que señala Burin (1993) destacan: ser amorosa, altruista, dedicada y desprendida, lograr su realización personal a través de otros

–generalmente hombres– ya sea el padre, los hermanos, el esposo o los hijos.

Así, en torno al ser mujer y ser hombre (el uso de los términos “ser”, “ser hombre” y “hombre joven” se comenta más adelante) Catalá (1983) señala que mientras el ideal de mujer remite al propio cuerpo –en tanto madre–, el de hombre se refiere a un ser racional que deja de adorar un tótem y encuentra en sí mismo su razón de ser (no se pierda de vista el elemento racional). Esto coincide con lo dicho por Huerta (1999), en el sentido de utilizar el cuerpo como un medio para demostrar hombría. A la vez, esto refuerza la propuesta de Seidler (2000) en el sentido de que los hombres buscan tener siempre la razón caracterizada por el autocontrol y opuesta a la emocionalidad.

Resumiendo, los estudios de género tienen su origen en el movimiento feminista que si bien fue inicialmente de índole política, generó una intensa actividad académica que hoy no cesa. Aun cuando existen matices en las posturas analíticas en torno a los puntos de interés de los estudios de género, su esencia radica en señalar la inequidad social relativa a las distinciones construidas sobre la diferenciación sexual, sin dejar de lado otros aspectos como raza, nacionalidad y clase social, por mencionar algunos. En medio de este campo nutrido de hallazgos, opiniones y visiones, surgen recientemente los estudios sobre masculinidad.

Para adentrarse en el estudio de la masculinidad, es importante conocer los aportes de los estudios sobre las mujeres que se derivaron del feminismo. Dicha corriente, según Lamas (1986), surge al criticar el pensamiento social patriarcal que consideraba lo masculino como lo universal frente a lo invisible de lo femenino. En general, los trabajos feministas y los de postura crítica (Saltzman, 1978; Kitzinger, 1997; Wilkinson, 1997) hacen un serio cuestionamiento al *statu quo*, en medio de una sociedad donde las mujeres estaban en gran desventaja.

Probablemente, los estudios de Beauvoir (1947/1981, 1982) acerca de la mujer y sus relaciones con los hombres en los diversos

ámbitos constituyen un trabajo muy amplio sobre el tema, en el que el principal señalamiento es la discriminación y desconocimiento del que ha sido objeto la mujer por parte de una sociedad falocéntrica. El feminismo reflejado en los esfuerzos de Simone de Beauvoir, buscaba responder a interrogantes tales como si en alguna sociedad las mujeres no fueron objeto de dominación por parte de los hombres, si había culturas o civilizaciones en donde tuviesen una posición de poder sobre ellos. Desde esa postura, el resultado de la diferenciación entre los hombres y las mujeres se traduce en situaciones de desigualdad y jerarquía, en un tipo de relación social donde el poder lo sustentan los varones y éste abarca la toma de decisiones con impacto en la vida social, el ejercicio de la ciudadanía y la ejecución de actividades laborales (lo público); mientras que para las mujeres se delimita un espacio dentro del hogar (lo privado) en la crianza de los hijos y el cuidado de su esposo y los enfermos, que incluye a ellas mismas. Lo anterior es visto como una construcción social de dominación que tiene como base las diferencias fisiológicas sobre las que fueron creados los géneros en términos de relaciones jerárquicas entre hombres y mujeres (Jaggar, 1983; Cooper, 1988; Amorós, 1997).

Entre los orígenes del feminismo, se acostumbra mencionar el episodio en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) del 10 de diciembre de 1948, cuando su Asamblea General adoptara y proclamara la Declaración Universal de los Derechos Humanos, así denominada por la iniciativa de las cuatro mujeres delegadas plenipotenciarias (República Dominicana, Brasil, Estados Unidos y China), quienes propusieron que se llamara “de los Derechos Humanos” y no “del Hombre”, para incluir a las mujeres. A partir de esa fecha, han sido múltiples y de muy diversa índole los encuentros en el marco internacional que versan sobre lo que se ha definido en el discurso como “la eliminación de todas las formas de discriminación contra las mujeres”. Entre muchos otros eventos impulsados de alguna manera por los movimientos feministas, podemos citar: la Convención de las Naciones Unidas sobre la Eliminación de

Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer ([CEDAW] por sus siglas en inglés); la Conferencia Internacional sobre la Población y Desarrollo en El Cairo, efectuadas en 1979 y 1994, respectivamente; así como las conferencias mundiales sobre la mujer. Estos foros coinciden en denotar la necesidad de estudiar los diferentes contextos de la participación de los hombres en los aspectos de población y en el desarrollo de la equidad de los géneros Instituto de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer([INSTRAW] por sus siglas en inglés, 2003).

Actualmente, cuando se habla de “estudios de género” como sinónimo de “estudios de las mujeres” lo que se está explicitando, según Barbieri y Oliveira (1987), no es que haya un conocimiento de mujeres y uno de hombres, como se asentaba en los primeros informes feministas. Las investigaciones con perspectiva de género asumen que dichas presunciones están entrelazadas en la creación de nuestra cultura, que es preciso ponerlas de manifiesto y subsanarlas para liberar a la cultura de las inequidades que los sesgos de género le han impuesto.

Respecto a lo anterior, Laclau y Mouffe (1985) afirman que los estudios de las mujeres son ante todo multidisciplinarios, pues lo que los define no es su objeto de análisis, ni la existencia de un sujeto empírico diferenciado –las mujeres–, como quiere el esencialismo, sino el recurso de un nuevo criterio de lectura, que tiene en cuenta la diferencia entre los sexos. Comentan estos autores que la introducción de la llamada perspectiva de género, permite una visión nueva de lo analizado en dichos estudios, lo que origina un conocimiento diferente, que reconoce la *sexuación* del saber. Es decir, evidencia que existen formas sexuadas de la cultura, además, pone de manifiesto la realidad de las tensiones resultantes del estatus diferencial entre hombres y mujeres (género). En concordancia con Barbieri y Oliveira, aluden a la relación dialéctica entre los sexos, por lo tanto, no sólo al estudio de la mujer y lo femenino, sino de hombres y mujeres en sus relaciones sociales; de ahí su preferencia por el término “estudios de o con perspectiva de género”.

En otras palabras, la finalidad de incorporar la perspectiva de género a las investigaciones sociales es entender el espacio social como un lugar compartido entre ambos sexos, cuyo comportamiento está dado por la cultura. Dicha intención fundamenta el concepto de género, mismo que implica una visión relacional y que plantea que los estereotipos femenino y masculino son una construcción social y cultural sobre la base de la diferenciación sexual (Laclau y Mouffe, 1985 y Barbieri, 1996). En años recientes, esta postura incorpora el término sistema sexo-género (Barbieri, 1996; Lamas, 1995; Izquierdo, 1998) para señalar que los significados de ser hombre y ser mujer, se entienden como una pauta cultural susceptible de modificación y que significan cosas distintas en lugares diferentes, lo que refuerza la idea de que la situación y la posición de hombres y mujeres no está definida biológica sino culturalmente, que las características masculinas o femeninas tienen que ver con procesos socioculturales e individuales de adquisición del género (Barbieri, 1996).

Ahora bien, como lo señalan Laclau y Mouffe (1985) la especificidad que ofrecen los estudios de género se debe al hecho de que irrumpen de manera definitiva en el campo denominado construcción de sentido. Lo hacen no sólo para dotar de contenido la tipificación de los roles, estereotipos e identidades de género y las particularidades de cada caso en estudio, sino para denotar que lo social es lo que cobra sentido constantemente, como un espacio no saturado y en permanente resignificación, donde distintos discursos se disputan la hegemonía, intentando detener el flujo de las diferencias y tratando de constituir un centro. Sobre este punto cabe mencionar que los planteamientos feministas, aquellos que reconocen sus aportaciones en el estudio de las masculinidades, presentan como un principal eje analítico la noción preconstituida sobre la opresión y desconocimiento de las mujeres como seres humanos (Beauvoir, 1981) y el poder como marcador de las relaciones establecidas por los hombres (Bourdieu, 2005). En este sentido, la condición de ser humano es limitada para las mujeres en tanto que no

se les permite realizar las mismas prácticas que a los hombres y, las que les son asignadas, son consideradas inferiores en muchos sentidos. Las relaciones que establecen los hombres son configuradas desde el no ser mujer y el desprecio de lo considerado femenino (en lo cual los hombres jóvenes no son una excepción). Es el poder la característica de la masculinidad hegemónica *per se*, con esto puede explicarse los diversos modos de ejercicio del poder de los hombres que van desde las formas más sutiles de violencia (como el control del dinero y la expresión del afecto) hasta las más burdas (como los gritos, los golpes y la violación sexual).

Desde la perspectiva de género, en el estudio de las relaciones de género o de asuntos relacionados con esta categoría, se ha tratado de incorporar diversos ejes analíticos a partir de los cuales ésta se produce, como el momento histórico, las instituciones, las prácticas, el sistema de significados u orden simbólico, entre muchos otros. Por lo tanto, los estudios con perspectiva de género cada vez son más diversificados y multi e interdisciplinarios; los hay tanto en sociología como en psicología, economía, ciencias políticas, estudios del desarrollo, entre muchos otros. Los alcances de las aplicaciones de la perspectiva de género comienzan a permear en campos como el laboral, donde en apariencia las discriminaciones y la opresión hacia las mujeres ya estaban resueltas. Cooper (2006) sostiene que las políticas de salarios iguales por trabajos iguales deben sustituirse por políticas de iguales salarios por trabajos ponderados iguales (por ejemplo, médico y enfermera), además de considerar el papel de las nuevas tecnologías como instrumentos que acrecientan el dominio masculino (Cooper, 1988).

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LOS ESTUDIOS DE MASCULINIDAD

La producción académica de muchos de los principales autores sobre masculinidad, incluye en lo general: la perspectiva de género,

la reflexión sobre el modelo de masculinidad dominante y una posición proclive a la transformación de las relaciones de género y de las masculinidades; de ahí su importancia en la investigación científica.

Desde aquí, la masculinidad puede entenderse como el conjunto de prácticas sociales, culturales, políticas, económicas, entre otras, mediante las cuales los hombres son configurados genéricamente. A partir de esto, se reconocen a sí mismos y son reconocidos como hombres. Esta postura incorpora la noción de diversidad y propone hablar de masculinidades y no de una sola, considerando contextos y realidades diversas, en las que intervienen factores como las culturas, clases, etnias, sexualidades, lenguas, modalidades y niveles escolares, laborales, entre muchos otros. Los planteamientos de estos autores son esbozados a continuación.

Para Kaufman (1989), los hombres construyen su identidad sobre los ejes de poder y dominio (lo que coincide con Bourdieu, 2005), lo que es, al mismo tiempo, una fuente de temor y dolor para ellos. Comenta que esto genera en los hombres un gran sufrimiento emocional debido a la represión de las emociones y al esfuerzo constante por colocarse en un lugar de dominio y demostrar poder. Debido a que los hombres tienen que actuar con límites en la esfera emocional relativos al miedo, la tristeza y la ternura, se constituye una fuerte presión que puede generar violencia y serias dificultades para verbalizar necesidades y afectos. Quizá de aquí se derive la “característica” violencia de los hombres y, a la vez, la permisividad social hacia ellas en cuanto a su “expresividad”.

Burin (1993, 2004) comenta que el malestar de los hombres, expresado en la violencia que ejercen hacia los demás, radica en la construcción de su subjetividad (erigida en el poder y la violencia) y los estados de crisis derivados de la identificación con el género masculino (que los pone a prueba frecuentemente). Apunta que aprenden a vivir en constante demostración de su masculinidad, primero hacia los otros hombres, y luego hacia sí mismos. Como pruebas de su masculinidad han de exhibir su heterosexualidad,

el dominio sobre las mujeres y otros hombres incluso utilizando la violencia. Burin promueve trabajar por la reestructuración de la subjetividad masculina.

Corsi (1995) plantea que el centro de la masculinidad dominante es la restricción emocional, puesto que en el hombre son signos de feminidad que deben evitarse (por considerar ésta inferior a la masculinidad). De manera constante se tiene la idea de que el pensamiento racional y lógico del hombre es la forma superior de inteligencia (lo que coincide con Seidler, 2000, 2006b), desde luego, ajena a las mujeres (Corsi, 1995). Autores como Bonino (1995) proponen que es necesario reconstruir la normalidad masculina (basada en la dominación, la heterosexualidad y la racionalidad) para transformar los esquemas a partir de los cuales se aborden los sufrimientos en las relaciones interpersonales donde se implican los hombres.

Desde mi perspectiva, dicho sufrimiento se relaciona con lo propuesto por Bourdieu (2005) en *La dominación masculina*, en el sentido de que ésta –entendida como un constante ejercicio de poder hacia las mujeres y hacia otros hombres: los más jóvenes, los novatos, negros, pobres y viejos, por ejemplo– es un distintivo nodal de la masculinidad hegemónica en general, también presente en mayor o menor medida, en las masculinidades diversas. Este ejercicio constante del poder forma parte de múltiples prácticas culturales que caracterizan a los grupos de hombres, tales como las pruebas de valentía (como entre cuerpos policiales), las de heterosexualidad (entre amigos) y otras tantas que son patentes en los contextos donde ellos se encuentren.

En otras palabras, en la construcción de la identidad masculina se parte de la idea de que, mientras la masculinidad se construye y hay que demostrarla continuamente, la feminidad no y se la define en oposición a la masculinidad. Desde aquí, la masculinidad es la serie de mecanismos socioculturales utilizados para demostrar lo que otrora se denominaba ser hombre “de verdad” (Barragán, 2004). Aunque ya se hizo mención sobre algunos aspectos generales

de esta postura, enseguida se apuntan otros muy ligados con el estudio de las masculinidades.

DE LA MASCULINIDAD Y SUS CORRELATOS

Entender la masculinidad como una serie de atributos socio-culturales vinculada con los hombres para indicar cómo han de ser para incluirse legítimamente en dicha categoría, resulta de utilidad para estudiar la conformación de la identidad de los hombres. Esto, si se parte de que el género es un conjunto de atribuciones psicosocioculturales dirigido hacia uno u otro sexo (parafraseando a Scott, 1986; Barbieri, 1992; Lamas, 1995). Desde esta perspectiva, hay entonces dos géneros hegemónicos: el masculino y el femenino, mismos que se componen de diversas conductas, ideas y expectativas o estereotipos. No obstante, existen perspectivas que han señalado, desde una mirada de complejidad, la necesidad de reconocer la coexistencia de varios sexos y géneros así como de utilizar términos mucho más específicos para describir los aspectos sociales que suelen analizarse desde la categoría “género” (Fausto-Sterling, 1993 y 1994; Hawkesworth, 1997).

Según el DRALE “masculinidad” es la cualidad de masculino, lo relativo al ser que está dotado de órganos para fecundar, así como sinónimo de varonil y enérgico (DRALE, 2001). Mientras que la “feminidad” se define como lo propio de las mujeres, a los seres que tienen órganos para ser fecundados y un calificativo para quien posee los rasgos propios de la feminidad (DRALE, 2001).

Por otra parte, al localizar el término “hombre” se lo define como un ser animado racional (varón o mujer); como el varón llegado a la adultez y como el individuo que posee las cualidades consideradas masculinas por excelencia (*e.g.*, valor, firmeza). En tanto que “mujer” es definida como la persona del sexo femenino (con lo que se establece una relación circular al definir la feminidad como lo propio de ellas), así como la mujer que ha llegado

a la edad adulta (DRALE, 2001). Nótese en ambas definiciones la ausencia de características *propias* de las mujeres. En un diccionario de psicología podemos encontrar que “hombre” es el género de animales que pertenece a la clase de los primates y posee lenguaje, civilización, uso y elaboración de utensilios (Warren, 2001). Mientras que remite la masculinidad a un estado de posesión de caracteres machos y refiere al género (Warren, 2001).

Razón, poder, heterosexualidad y represión de las emociones

Tratando de dar cuenta de la aparición de diversas masculinidades en el actual contexto global, tales como las marginadas y subordinadas, hegemónicas y cómplices, Connell (2003) plantea que hay que estudiar las relaciones de género y las prácticas sociales mediante el modelo de los estudios de género basado en tres grandes ejes: las relaciones de poder, las de *catexis* (asociación de energía psíquica con ideas, personas u objetos) y los modos de producción. A este respecto, Kimmel (2003) señala que los privilegios de género, raza y clase son universales, pero si se desea que los hombres resignifiquen la masculinidad, primero será necesario hacerla visible para ellos, puesto que les resulta invisible y está asociada con el poder y los privilegios.

En sus estudios sobre la masculinidad, Seidler (2000) plantea la razón como el principal eje conductor de la vida de los hombres: se es hombre siempre que se demuestre “tener la razón”. Para él, la razón que poseen los hombres implica un pensamiento descorporalizado y desconectado de la vida emocional (esto último concuerda con los planteamientos antes citados), donde lo emocional es visto como inferior y femenino (lo que coincide con Kaufman, 1989; Corsi, 1995 y Bonino, 1995), de ahí su carácter peyorativo para los hombres. Aunque se profundizará más adelante sobre este aspecto, porque el poder y la razón no son las únicas dimensiones a considerar en el análisis de las masculinidades, sino otras como las culturas, los cuerpos y las relaciones amorosas.

A decir de Seidler (2000), es posible observar alrededor de la masculinidad algunas ideas que en mucho la definen, a saber:

- a) La heterosexualidad como una relación de poder en la sociedad y como una orientación sexual legítima, descartando la validez de otras formas de orientación sexual.
- b) La erección como una afirmación del poder.
- c) El prejuicio de que los hombres son malos y sinvergüenzas, la consecuente exigencia del autocontrol de las emociones (porque si no, harán cosas que les pesarán).

Incluso, menciona otras concepciones explicables desde aquí, como la que reza que los hombres son violadores en potencia, complacidos de sus compañeras, en constante competencia entre ellos, características por demás contradictorias. Seidler (2006b) señala el malestar en que se hallan los hombres derivado de reprimir o controlar sus emociones por el constante miedo a hacer algo *malo*, de ahí la importancia de enaltecer la razón como una cualidad masculina. En pocas palabras, se continúa reforzando la disociación entre emoción y razón en los hombres.

Además, recientemente Seidler (2006c) agrega que el actual sistema socioeconómico ha llevado tanto a hombres como a mujeres a identificar la expresión de las emociones como signo de debilidad y dependencia, amenazantes de su identidad como seres autónomos. Esto pone cierto matiz de equidad entre ambos sexos pero se adiciona a la complejidad de las relaciones de género. ¿Cómo son vistos por sus subordinados un jefe o jefa que muestren ternura o expresen su llanto? ¿Será igual según se trate de un hombre o de una mujer?

Si se considera la masculinidad desde una óptica sociocultural, las sociedades hegemónicas, mediante sus procesos colonizadores, han impuesto sus modelos de masculinidad a los conquistados (Seidler, 2006c), quienes hacen esfuerzos por reproducirlas. Aquí, las nociones de *metrosexual* y *gay* pueden quedar como ilustración, puesto que ambas provienen del mundo anglosajón (Simpson,

2002/2008 y González, 2001) y marcan estereotipos que son vistos como ideales y reproducidos en el tercer mundo por muchos hombres jóvenes, especialmente en las grandes ciudades que se caracterizan por la difusión de estilos de vida asociados con el consumo de determinadas marcas.

Diversos autores (Beauvoir, 1982; Bourdieu, 2005; Seidler 2006; Connell, 2003) han señalado, en forma contundente y muy a su estilo, que la masculinidad y el ejercicio del poder están estrechamente ligados, no sólo en la dominación de las mujeres sino de todos aquellos hombre *feminizados* (enfermos, ancianos, homosexuales, jóvenes, ignorantes y pobres, entre muchos otros). De ahí que ser hombre esté basado en la idea de un hombre en el poder, con poder y de poder; como diría Kimmel (1997), con esto se justifica su dominio no sólo sobre las mujeres sino también sobre los otros que no concuerden con dicha noción. Sin embargo, autores como Lomas (2004) aportan evidencias aparentemente contrarias a esto, al señalar que, al menos en España, otras maneras de ser hombre comienzan a emerger, ante todo en contextos de niños escolares, caracterizándose por buscar la convivencia, la igualdad pero siempre destacando la diferencia con las mujeres (que, entre otras cosas mantiene la disociación razón/emoción). No obstante, la heterosexualidad continúa siendo un marcador de la masculinidad, reforzada no sólo por los pares, sino por el personal docente y hasta por los libros de texto que siempre muestran ejemplos de parejas hombre-mujer, dando por cierto un origen biológico de esta orientación sexual.

Respecto de la heterosexualidad, no sólo Seidler (2000), sino también Connell (2000, 2003) y otros autores latinoamericanos como Cáceres, Salazar, Rosasco y Fernández (2005) señalan que existe un vínculo muy fuerte entre las nociones de masculinidad y las relaciones sexuales y de pareja siempre definidas entre hombre y mujer. Cáceres *et al.* (2005) concluyen que los hombres peruanos de clase media se ven afectados en su salud sexual debido al ejercicio de prácticas: violentas legitimadas por la masculinidad, tales

como relaciones sexuales con múltiples parejas, de violencia de género, el sexo por compensación con otros hombres (en ausencia de mujeres) y bisexuales clandestinas. Dicha afirmación puede ser aplicable a los hombres mexicanos y, probablemente, a los de otros países, en tanto que parece ser que los modelos de masculinidad hegemónicos comparten el ejercicio de la violencia, entre otras características. Esto se explica debido a que la masculinidad hegemónica, considerada como el modelo de ser hombre, exige ciertas formas de comportamiento –las de corte heterosexual y muchas prácticas violentas (Rich, 1980 y Wittig, 1980)– y prohíbe otras, generalmente asociadas con lo femenino y contrarias a las exigidas (Connell, 2000).

En este orden de ideas, Montoya (1988) establece que hay cuatro atributos que forman parte de la masculinidad hegemónica en países latinoamericanos, a saber:

- 1) La heterosexualidad obligatoria.
- 2) El ejercicio de una ocupación remunerada.
- 3) Ser adulto.
- 4) Ser agresivo y capaz de ejercer la violencia.

Algunos de estos incisos se encuentran mencionados en los hallazgos de Forbes (2003); Kimmel y Mahler (2003); Richmond y Levant (2003); Pascoe (2003); Renold (2003), y Rust y McCraw (1984).

Adosadas con la heterosexualidad, los comportamientos de violencia, riesgo, desafío y reto han sido señaladas como constitutivas de la masculinidad.

En México, por ejemplo, Vega y Gutiérrez (2004) estudiaron el tema de la masculinidad con una población de niños y jóvenes, en relación con la prostitución infantil y la situación de calle. Dicho trabajo presenta el concepto de masculinidad con un enfoque de corte psicosocial, con entrevistas en profundidad, de donde se inferen algunas definidoras de dicho término. Entre los resultados que mencionan se hallan importantes asociaciones entre ser

hombre y tomar riesgos, así como no aceptar públicamente contactos sexuales con otros hombres.

Hernández (2005), en su trabajo con jóvenes que viven en la calle, encontró también que los modelos de hombre que manifiestan están relacionados con ser heterosexual, proveedor, protector y caballeroso. No obstante, las imágenes que reportan en su cotidianidad son, más bien, opuestas, y se refieren a hombres machos, que maltratan y abandonan. En el caso de la caballerosidad, ésta sigue siendo un valor deseable entre la sociedad mexicana; sin embargo, su sentido último es evidenciar la “debilidad” de las mujeres, pues subyace la idea de que ellas son inferiores a los hombres.

Clare (2006) comenta la importancia que tiene la organización económica mundial en el modo en que hombres y mujeres se relacionan, así como su impacto en la construcción de su identidad. Señala que la humanidad se encuentra en el principio del fin del control masculino, donde, además, las prioridades están más relacionadas con el consumo y la producción que con la convivencia y el amor, lo cual aumenta la violencia, discriminación e inequidad. Los hombres se enfrentan, a decir de Clare, a una situación harto conflictiva, donde existe un ideal de hombre (hegemónico, desde luego) difícilmente alcanzable para los jóvenes en las condiciones de competencia e inequidad vividas en esta globalización, con la consecuente violencia que se requiere como medio para sobresalir.

Por su parte, Kimmel (2003a) resalta que la globalización modifica las concepciones en torno a las masculinidades, lo que reestructura el campo en que las masculinidades locales y globales se encuentran articuladas, con la consecuente transformación del estilo de vida de los hombres. Según este autor, las políticas globales y los procesos económicos afectan de tal manera a los hombres de clase media baja, que varias de sus reacciones políticas se centran en importantes esfuerzos hacia la restauración del patriarcado público y doméstico, lo cual se encuentra implicado en el surgimiento de grupos (violentos) de extrema derecha tanto en Europa como en Estados Unidos de América. Dichos grupos, menciona Kimmel

(2003a), despliegan masculinidad como capital simbólico y como recurso ideológico (a través de los medios de comunicación masiva), con el fin de entender y explicar su condición, también como un elemento retórico para problematizar las identidades de aquellos contra quienes creen combatir y como un recurso para reclutar a jóvenes en situaciones similares.

Respecto a la violencia

La violencia masculina ha sido analizada en diversas poblaciones y escenarios, incluso en obras literarias, como en el trabajo de Pedro G. Koo (2003), quien analiza textos de Manuel Puig (Argentina), Mario Vargas Llosa (Perú) y Pedro Juan Gutiérrez (Cuba) para estudiar la representación y construcción de imágenes masculinas que transgreden y deconstruyen los modelos hegemónicos de masculinidad. A decir de Koo, la corrupción moral y física, así como la violencia se vuelven los símbolos de lo que llaman esta nueva hipermasculinidad, misma que se coloca como un horizonte en la vida de los jóvenes. Aunque dichos símbolos no son exclusivos de la época actual.

En el trabajo de Kimmel y Mahler (2003) se encuentra algo similar a lo señalado por Forbes (2003) y Richmond y Levant (2003). Al estudiar las causas de los disparos ocurridos en las escuelas entre 1982 y 2001, estos autores encontraron que los jóvenes que abrieron fuego contra sus compañeros eran constantemente cuestionados sobre su masculinidad. Por lo tanto, señalan contundentemente, que la homofobia (discriminación de las personas homosexuales) y la masculinidad están ligadas.

Por su parte, Pascoe (2003) apunta que los grupos de jóvenes definen la masculinidad en torno a competencia, éxito heterosexual y dominación, y sugiere que pueden tomarse dichos términos como tipologías de masculinidad. Afirma que pueden manipular el concepto de la masculinidad para influir en muchachos con menor

grado de ésta. En otras palabras, al parecer, entre ellos hay varios tipos de definiciones de la masculinidad y cada sujeto usará uno u otro enfoque según le convenga, como menciona Smiller (2004). Así, la masculinidad puede adquirir significados o matizar los que ya la conforman según los intereses de quien la enuncie. Como ejemplo, pensemos un momento en los *mayates*, que son hombres que mantienen relaciones sexuales y hasta de pareja tanto con mujeres como con hombres, pero que nunca permiten ser penetrados por considerarlo “denigrante” (Córdova, 2003).

Renold (2003) en un trabajo relacionado con la masculinidad-feminidad en estudiantes del sexto grado de primaria (11 años), encontró que entre los chicos existen masculinidades heterossexualizadas. Al explorar los mecanismos que regulan la heterosexualidad y, en particular, las interconexiones entre ésta con la homosexualidad y la masculinidad hegemónica, Renold observó que los chicos construyen su masculinidad a partir de la integración de una compleja y contradictoria heterosexualidad. Dicho de otra manera, la masculinidad está ligada con la heterosexualidad (hallazgo señalado por los autores ya citados) y esta última, a decir de Renold, con proyecciones públicas de fantasías (hetero) sexuales, imaginaciones de futuros heterossexuales, objetivaciones (representaciones) misóginas de chicas y mujeres, y actuaciones homofóbicas y anti-*gay* hacia los jóvenes, así como formas sexualizadas de asedio hacia las chicas.

No son pocos los autores que han estudiado –con población adulta, en diferentes años– y señalado de manera reiterada la violencia en sus diversas expresiones, como una facultad muy relacionada con la masculinidad, incluso en grupos con características sociodemográficas muy diferentes; entre éstos se encuentran Montoya (1988), Ramírez (2005), Manzelli (2005), Ramírez (2003) y el propio Seidler (2000). Este último señala que la violencia ejercida por los hombres suele ser el resultado de la presión en que se encuentran al reprimir sus emociones. También es importante señalar que la violencia es vista como un medio de autoafirmación

inherente a los hombres y, para muchos, como el principal indicador de que se es hombre.

Por su parte, Ramírez (2003) concluye que los hombres violentos han padecido, presenciado o aprendido durante la infancia distintas formas de violencia, al mismo tiempo que relaciones de poder/subordinación (entre hermanos mayores, padres, pares y vecinos, por ejemplo). Aprendieron que la intimidación y el miedo son los recursos para hacer funcionar la autoridad lo que, a la vez, los mantiene en el sistema de privilegios masculinos. En tanto, Ramírez (2005) señala que los hombres han incorporado la violencia como un elemento propio de un modelo de masculinidad, lo cual es importante para ser un varón respetado en su contexto. Dicho respeto debe ser ganado mediante una prueba constante. Al parecer, el reconocimiento social de la masculinidad está fundado en el control del cuerpo, del dolor y de las emociones para lograr el temple, lo cual, puede decirse, está reconocido por la sociedad en general, pues hay una valoración diferenciada en el uso de la fuerza física.

En cuanto a la violencia sexual, Manzelli (2005) afirma que ésta, en su modalidad de coerción sexual, es vista como un juego por los varones adolescentes argentinos porque hay una relación entre la autolegitimación masculina y la expresión de la sexualidad por medio de la acumulación de experiencias sexuales con mujeres. Otro de sus hallazgos es que, al parecer, los varones no consideran la posibilidad de ser sujetos de violencia sexual.

Hasta este punto quedan expuestos algunos de los trabajos más recientes sobre masculinidad y jóvenes, incluyendo los que tienen mayor relación con el tema que se propone; así como varias posturas teóricas en torno al género. Como puede verse, son diversos los enfoques de masculinidad y feminidad con que abordan sus problemas de investigación.

Es importante resaltar la similitud de los hallazgos de Vega y Gutiérrez (2004) con el comportamiento que Forbes (2003) señala como parte de la norma convencional de masculinidad, *i.e.* la

violencia y asunción de riesgos. Aunque ambos trabajaron con población joven, ninguno presenta como objeto de su investigación el significado de la masculinidad en los jóvenes, ni lo que para ellos implica ser hombre o si se consideran como tales. El aspecto heterosexual como definidor de la masculinidad es una constante en la gran mayoría de los hallazgos.

Sobre este asunto de las constantes puede ser de ayuda considerar los cuatro ejes articuladores de la masculinidad que propone Badinter (1993), a saber:

1. No ser afeminado: el hombre ante todo deberá demostrar que no es un bebé, no es una mujer ni un homosexual; obviamente, no debe mostrar ninguna conducta afeminada.
2. Ser una persona importante, puesto que la hombría se mide por el éxito, el poder y la admiración que causa en los demás. Se considera como trabajo masculino el producir, en tanto que lo femenino es la reproducción (nuevamente resaltan las mujeres como categoría límite).
3. Ser fuerte como el roble, lo cual implica reprimir los sentimientos y exaltar la fortaleza física.
4. Ser el más fuerte de todos a costa de lo que sea. Hay que estar dando muestras públicas de la masculinidad y no de la afectividad.

Badinter y Seidler coinciden en señalar el problema de la expresión de la afectividad como uno de los orígenes de los conflictos identitarios de los hombres; de ahí que Seidler (2006b) apunte la transformación de las masculinidades quizá como necesaria para una sociedad con menos sufrimiento.

Pensemos en los modelos que han señalado y descrito autores como Paz (1950), Ramos (1951/1984), Portilla (1966) y Bartra (2002), al hablar del mexicano. Comentan que el pelado, por ejemplo, sólo se permite expresar sus sentimientos bajo el pretexto de estar ebrio, pues de otra manera incurre en una flagrante violación

a los cánones masculinos. ¡Cuántas canciones mexicanas hablan del sufrimiento de los hombres (generalmente causado por amar a una mujer)! Y sólo estando borrachos se los ve llorar y se los oye hablar de su dolor.

Lo anterior se explica si tomamos en cuenta los planteamientos de Rich (1980) y Wittig (1980) en el sentido de que históricamente la visión de la homosexualidad como pecado, enfermedad o desviación apenas tolerada se ha basado en argumentar que la heterosexualidad es *el* estado normal de las personas (y elemento constitutivo de la masculinidad). En 1980, Adrienne Rich cuestionó esa idea y afirmó que la denominada heterosexualidad es, en realidad, “heterosexualidad obligatoria”, la propuso como un concepto y una institución que garantizan un modelo de relación social entre los sexos, en el cual el cuerpo de las mujeres es (y debe ser) siempre accesible sexual y socialmente para los hombres, bajo las reglas que éstos impongan (Mogrovejo, 2001).

Rich sostiene que la heterosexualidad no es una opción, ni una preferencia sexual, pues ello no es posible donde una forma de sexualidad es hegemónica. Afirma que las otras no son realmente opciones libres, sino vivencias dolorosas resultado de luchas contra formas fundamentales de opresión sexual social. Esto no implica que la heterosexualidad en sí misma sea opresiva sino, que es obligatoria social y políticamente (Mogrovejo, 2001).

Por su parte, Wittig (1980) agrega que la mentalidad heterosexual no es capaz de imaginar una cultura, una sociedad en donde la heterosexualidad no ordene, no sólo en todas las relaciones humanas, sino la producción de conceptos y todos los procesos que eluden la conciencia (Mogrovejo, 2001). Si se entiende de esta forma a la heterosexualidad (como sistema político dominante y constitutiva de la masculinidad hegemónica) puede explicarse que la resistencia o inadaptación a ella acarree castigos sociales muy severos (como los mencionados en las investigaciones citadas). Bajo esta premisa, la masculinidad (hegemónica) es igual a la heterosexualidad. Por ejemplo, aun cuando se hable de “respeto” a los

derechos de las personas homosexuales, los términos para referirse a ellas (incluyendo la misma palabra homosexual) son utilizados como insultos entre quienes se dicen heterosexuales. Cabe señalar que el ejercicio de la violencia en sus diferentes modalidades es, lamentablemente, un marcador distintivo de la masculinidad hegemónica y mucho se relaciona con los eventos de la vida de los hombres, incluso con su muerte.

HACIA UNA VISIÓN COYUNTURAL DE LA JUVENTUD Y LA MASCULINIDAD

Desde mi perspectiva, para el sistema social la masculinidad hegemónica es el modo legitimado de ser hombre. Aunque existen diversificaciones de este modelo, todas las masculinidades se articulan en él. Las nuevas masculinidades (Segarra y Carabí, 2000) que propugnan por la transformación de los aspectos nocivos del modelo hegemónico están aún inmersas en el proceso de construcción y realización de sus búsquedas y propuestas.

Tanto en la masculinidad hegemónica como en otras, difícilmente se encuentra la realidad de los hombres jóvenes. Al parecer, algunas de las características de este modelo siguen asociándose con la idea de ser hombre: heterosexualidad y fuerza física, por ejemplo. Estos dos asuntos salen a flote cuando se trata de hombres homosexuales o dedicados a alguna actividad “poco masculina” (e.g., ser estilista). Más aún, existen oficios feminizados donde las instituciones formadoras, las profesionistas y los usuarios del servicio no aceptan aún la participación de hombres, tales como maestra de jardines de niños, asistente educativo y otras similares.

Se percibe una serie de aparentes cambios en los conceptos de masculinidad que, fundamentados seguramente en estrategias de mercadeo, se anexan a los ideales identitarios masculinos. Tal es el caso del metrosexual, ideal de hombre orientado al cuidado meticuloso de su apariencia y que, entre otras cosas, hace ejercicio

regularmente, se viste cuidando detalles de combinación de marcas, colores y texturas, además de ejercer modales “de buen gusto” (Simpson, 1994 y 2002). Por otra parte, como lo señalan Hernández (2005), Clare (2006) y otros autores, existe una oposición entre el ideal de hombre y lo que se practica en la cotidianidad, pues muchos ya colaboran en las tareas domésticas y la crianza de los hijos aun cuando reproduzcan el discurso hegemónico (que va en contrario).

Las masculinidades son, entonces, modelos, posibilidades de ser hombre que surgen y son mantenidos por los grupos humanos, a veces distantes de las nociones de juventud (como se verá más adelante). Algunas masculinidades son colocadas en y desde la hegemonía y promovidas como mejores o más deseables o legítimas en relación con otras, sin importar que exista contraposición entre ellas; al respecto se encuentran los estudios de Hernández (2005) y Vega y Gutiérrez (2004) en su trabajo con jóvenes de la calle, Valladares y Crisanty (2002) en los conceptos de novio y amigo de jóvenes yucatecos, por mencionar algunos. Todos éstos, aun cuando existen ciertas variaciones en el modo de ejercer la masculinidad (por muchas que sean), convergen con la hegemónica al reproducir alguna(s) de su(s) característica(s): ser proveedor, protector y heterosexual, por ejemplo.

Hablar de masculinidad (hegemónica) refiere a ese modo legítimo de ser hombre (adulto) y es siempre heterosexualizada; se caracteriza por tener permitido el uso de la fuerza física, la violencia y el control (represión) de las emociones. Implica marcar constantemente la diferencia con las mujeres, quienes son subordinadas de uno u otro modo (aunque sea en el plano del pensamiento) y, desde luego, el ejercicio de la razón y la violencia.

Sobre estos aspectos, las investigaciones de corte psicométrico si bien han coincidido en sus hallazgos, han contribuido poco a la comprensión de las experiencias, de las múltiples realidades cruzadas por el género (sobre todo, por estar centrados en el desarrollo de instrumentos de medición en la materia). Los trabajos con esta perspectiva presentan el peligro de adjudicar origen biológico

a sus resultados debido a la falta de reflexión sobre los procesos históricos, sociales, culturales y psicológicos que subyacen al dato numérico. Entre otros, destacan autores como Bem (1974 y 1985); Hall y Halberstadt (1980); Rust y McCraw (1984); Beaty (1995); Betz (1995); Carrillo, Cortés, Flores y Reyes (2000); Díaz-Guerrero, Helmreich y Spence, (1981); Rocha (2000); Valladares *et al.* (2002); Richmond y Levant (2003); Forbes (2003); Udry y Chantala (2004); García-Villanueva, Meza y Rodríguez (2004); Díaz, Rocha y Rivera (2004); por mencionar algunos.

En concordancia con Seidler (2006a), en este momento de cambios, redefiniciones, crisis y deconstrucciones en las masculinidades, es urgente propiciar una verdadera transformación de las masculinidades. Lo que implica algo mucho mayor que un cambio; es transitar de una forma a otra, más como una metamorfosis que como un cambio o serie de cambios. ¿Hacia dónde transformarlas? Sin duda, el horizonte de las aristas que han configurado las nociones de lo masculino (poder, razón, heterosexualidad, violencia...) es lejano. El rumbo podría ser lograr una sociedad en la cual lo importante no sea ser hombre sino ser humano, donde el horizonte de los hombres/jóvenes no sea llegar a ser hombres/adultos.

En resumen, la investigación en materia de masculinidad y jóvenes señala que éstos aprenden a ejercer desde muy temprana edad aspectos distintivos de la masculinidad hegemónica: demostrar heterosexualidad, rechazar lo homosexual, tener novias (bonitas, preferentemente) y recurrir a la violencia física para ejercer poder sobre otras personas. Un punto que no debe quedar fuera de foco es la presión que los grupos ejercen sobre los varones para que adopten los comportamientos considerados masculinos pues, si bien esto ha sido mencionado respecto a preadolescentes, también se puede observar entre grupos de hombres jóvenes de diversa índole (deportivos y delictivos, por ejemplo). Por último, las masculinidades aparecen en su mayoría como una negociación que hacen algunos grupos de hombres con la masculinidad hegemónica para ejercerla, que como distintos modos de ser.

CAPÍTULO 3

EL ESTUDIO DE LA JUVENTUD

*La juventud es una embriaguez perpetua:
es la fiebre de la razón.*

La Rochefoucauld

De acuerdo con Medina (2000), la comprensión de la complejidad social y cultural ha obligado a cuestionar la forma de pensar y teorizar sobre los sujetos sociales dejando de lado modelos dominantes en la producción académica y proponiendo nuevos (como pretendo con esta obra). Él plantea que el mundo joven latinoamericano es una realidad social de finales del siglo xx y principios del xxi, marcada por su diversidad y emergencia. Insiste en que los paradigmas prevalecientes en la investigación científica han propiciado el escaso conocimiento en materia de juventudes debido a que han generado imágenes juveniles muy alejadas de sus realidades sociales y sus universos simbólicos. También conocidos como estudios de juventud, se trata de trabajos que reflejan intereses sobre una población que antaño no era llamada así. En México y algunos otros países europeos, durante la segunda mitad del siglo xx (Pérez

y Urteaga, 2005) surgieron diversas investigaciones en torno a los jóvenes que han llegado a formar parte de las líneas de estudio en el quehacer de las ciencias sociales. No obstante, en algunas disciplinas aún son pocos los trabajos de esta índole y en otras no existen (García de A., 2005). Más todavía, según Pérez y Urteaga (2005) los especialistas en el tema datan de hace 10 o 20 años apenas y la mayoría de las investigaciones que se han hecho están centradas en la problemática y prácticas inmediatas. A finales de la década de 1980 aparecieron muchos estudios sobre los “chavos banda”, así como han surgido otros en torno a los movimientos estudiantiles universitarios (Rochín, 2002), los rockeros (Morín, 2002), los graffiteros (Sánchez G., 2002), quienes se tatúan (Nateras, 2002) y los que ejercen violencia (Ramos, González y Bolaños, 2002), entre otros.

A decir de Medina (2000), pueden considerarse dos grandes clasificaciones de los estudios de juventud: aquéllos que versan sobre la construcción del conocimiento de lo joven y las que pretenden conocer una realidad juvenil específica. Estas últimas constituyen, quizá, la mayor parte.

En general, las investigaciones en materia de juventud abordan, entre otras, líneas como la socialización religiosa de los jóvenes en México (Navarro, 1998); juventud y medios de comunicación (Urzúa, 1998; Bueno, 2005); la vida universitaria (Casillas, 1998); globalización y participación social y política de los jóvenes (Serna, 1997); los espacios para la vida nocturna (Malbon, 2000) y su relación con la introducción de la perspectiva de género lo que pretendo explorar en este trabajo.

ALGUNAS NOCIONES

De acuerdo con el DRALE, joven es un adjetivo que refiere a los primeros tiempos de algo, tener poca edad y quien se halla en la juventud. Sobre ésta da la definición de una edad que se sitúa entre la infancia y la adultez, que corresponde al estado propio de la per-

sona joven. Asimismo, se la define como un colectivo que incluye a los jóvenes, y como energía, vigor y frescura (DRALE, 2001). En esta definición son notables dos características: la noción desarrollista que las soporta (al establecerla entre infancia y adultez) y la congruencia con adjetivos que definen la masculinidad hegemónica al citar como sinónimos de este término la energía y el vigor:

Juventud. (Del lat. *iuventus*, *-ūtis*).

1. f. Edad que se sitúa entre la infancia y la edad adulta.
2. f. Estado de la persona joven.
3. f. Conjunto de jóvenes.
4. f. Primeros tiempos de algo. Juventud de un astro, del universo, del año.
5. f. Energía, vigor, frescura.
6. f. pl. Rama juvenil de una formación política, religiosa, etc. (DRALE, 2001, p. 1333).

Para Lutte (1991) la primera referencia al joven en cuanto a sus características legales quedó plasmada en el derecho romano (hace más de 2000 años), lo cual puede ser leído en la *Lex Pleatoria*, que establece acción penal contra aquel que abusara de la inexperiencia de un joven (menor de 25 años) en un negocio jurídico. Para Feixa (1998), fue Stanley Hall, en 1904, el primero en generar un documento académico relativo a la juventud, al que denominó *Adolescente*. A quien se le debe la noción de adolescencia como una etapa de crisis, tránsito de la dependencia infantil a la inserción social, entre otras características que incluso Chávez (1928) retoma en su célebre ensayo sobre la adolescencia.

En términos cronológicos puede decirse que siempre ha habido jóvenes, pero el concepto de juventud está inmerso en un complejo debate. A decir de Pérez y Urteaga (2005), para muchos estudiosos de la juventud, ésta no tiene límites de edad, porque es una actitud. Pérez y Urteaga (2005) la definen como el periodo de semi-independencia y de formación que prepara para la adultez. Remarcan

que, con las dinámicas sociales de la actualidad, las políticas públicas y la iniciativa privada, además del advenimiento de las nuevas tecnologías, es cada vez más difícil llegar a definir la juventud.

Reguillo (2000) señala que la juventud, tal como se la conoce actualmente, se genera a raíz de la posguerra, pues se dio un nuevo orden internacional que conformó una geografía política en la que los vencedores accedieron a estándares de vida inéditos e impusieron sus estilos y valores (asunto muy estudiado por especialistas en globalización). La noción de juventud, como se entiende ahora, se forjó durante más o menos un siglo (Pérez y Urteaga, 2005; Cueva, 2006), lo que hoy se sabe debido a los esfuerzos de historiadores y otros científicos interesados en hacer la historiografía del concepto (García de A., 2005).

En este sentido, Reguillo (2000) sostiene que la juventud es un estado y no una transición, ni metamorfosis. La proposición de estado se refiere a que los jóvenes viven su presente como ancla de su ser y su hacer; mientras que el Estado y otras instituciones los definen como sujetos en formación y desarrollo. Ese anclaje está reforzado por el mercado aprovechando la condición de consumidores (de los jóvenes), un ejemplo de esto bien puede ser el asunto del metrosexual que destaca la apariencia física juvenil como su principal característica. Desde mi punto de vista (el sostenido en esta investigación), la juventud vista como estado es una categoría que, aunque de reciente uso (Cueva, 2006) es muy útil en el análisis de la realidad social y bien puede adosarse con otras para enriquecer las miradas teóricas.

Algunos (des)acuerdos legales en torno a la juventud

Al parecer, la complejidad que enmarca al concepto de juventud es tal que existen problemas de consenso para hablar de los jóvenes en el ámbito de lo legal, no sólo nacional sino internacional. La ONU, (2006), define a los jóvenes como las personas que se encuentran

entre los 15 y 24 años de edad. por lo que considera niños a las personas menores de 15 años. Sin embargo, la Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño los define hasta la edad de 18 años. Dentro de la categoría de juventud, la ONU distingue entre los adolescentes (13-19) y los adultos jóvenes (20-24 años). Pero el asunto se torna más complicado al considerar las diferentes legislaciones de los países de América Latina que varían mucho en esta definición (CEPAL, 2008).

La definición y los matices operacionales del término *juventud* varían no sólo de país a país, sino incluso entre las entidades que los integran, dependiendo de los factores socioculturales, institucionales, económicos y políticos específicos. Tal es el caso de nuestro Gobierno Federal y el de la Ciudad de México, como se explica enseguida.

En 1998 se decretó la Ley del Instituto Mexicano de la Juventud, en la que se establece que la población objetivo de sus acciones es la comprendida entre los 12 y los 29 años de edad (Orden Jurídico Nacional [OJN], 1998). Para mayo de 2000 entró en vigor en México la Ley para la Protección de los Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes, que incluye varios de los derechos que tiene dicha población, tales como a la no discriminación; ser protegidos en su integridad, su libertad; contra el maltrato y el abuso sexual; la salud, la educación, el descanso y el juego, entre otros (OJN, 2000).

En el año 2000, el Gobierno de la Ciudad de México decretó las leyes de *Las y los Jóvenes* y de *Las y los Niños del Distrito Federal* (Gobierno del Distrito Federal [GDF], 2000). En la primera podemos leer la siguiente definición de joven: “Sujeto de derecho cuya edad comprende el rango entre los 15 y los 29 años, identificado como un actor social estratégico para la transformación y el mejoramiento de la ciudad” (GDF, 2000). Uno de sus objetivos es lograr que los jóvenes puedan adquirir conocimientos prácticos sin suspender sus estudios, entre otros varios.

En concordancia con Domínguez (2003), las leyes mencionadas contienen definiciones de joven basadas en la edad, lo que origina

el problema consensual para hablar de ellos, en este caso en el inicio de dicha etapa. Este conflicto es internacional, como la misma ONU reconoce (2006). Para fines de esta investigación, en cuanto a edad de los jóvenes, será considerada la definición que parte de los 15 y termina a los 29 años.

La juventud alargada

La creación de nuestro sistema educativo actual que fue extendido de forma considerable en su número de años de estudio hasta componerse por la primaria, secundaria y preparatoria (desde 1921, aproximadamente), hizo que la edad escolar juvenil llegara hasta los 18 años¹ (al concluir la preparatoria). Fue cada vez más necesario, sobre todo en sociedades de primer mundo, que los jóvenes fuesen retenidos más tiempo en la escuela (Reguillo, 2000). De esto se desprende la proposición de Pérez y Urteaga (2005) respecto de que la escuela es la gran creadora de juventud, pues al exigir la extracción de los jóvenes de su seno familiar y reunirlos en un espacio, clasificándolos por edades, éstos conviven y juntos van generando ciertas formas y prácticas sociales, políticas y económicas (dando lugar a culturas propias).

¹ Aquí pueden exponerse algunas cifras sobre la educación en México: a comienzos de la vida independiente (*ca.* 1810), de acuerdo con Martínez (1973) la población alfabeta era de “sólo 30 000, de un total de 4 800 000 adultos, esto es, el analfabetismo se presentaba en el 99.38% de los habitantes del nuevo país” (p. 514). Para la época del Porfiriato, el contexto general mejoró y se ha calculado que “el dato más aproximado [porcentaje de matrícula respecto de la población entre 5 y 15 años] indica un nivel de 23%” (Martínez, 1973, p. 541). No obstante, el alfabetismo y la educación se incrementaron marginalmente para principios del siglo XX: aunque las escuelas crecieron durante el régimen porfirista, “en el periodo de mayor expansión la capacidad del sistema, en lo concerniente a la población que debería de ser atendida, fue inferior al 40%. Al finalizar la primera década del siglo, el saldo del analfabetismo era alarmante: 85% de la población” (Loyo, 1990, p. 301-302). En términos generales, puede hablarse de un incremento constante del alfabetismo y de la escolaridad, desde la Independencia hasta nuestros días, sobre todo en las áreas urbanas, con preferencia en la Ciudad de México.

Lo anterior puede explicar, en parte, no sólo la existencia de grupos, identidades y culturas juveniles, sino por qué hay muchas personas que a los 35 años no han salido de la casa familiar, nunca han tenido un trabajo permanente y siguen estudiando su posdoctorado o están en proceso de titularse o “terminando la escuela”, por lo que aún dependen de sus padres. Así, en tanto que en otras épocas (como en el siglo XIX) se pasaba de niño a adulto casi de un día para otro (Necochea, 2005), ahora la juventud se ha convertido en una de las más largas etapas de la vida. El periodo de juventud ha sido alargado. Desde luego, esto es aplicable a contextos urbanos y no necesariamente al medio indígena, ni comunidades que han permanecido en la exclusión social.

Respecto del alargamiento de la juventud, Barceló (2005) menciona que hace 100 años la idea de la juventud en nuestro país era un concepto vago que apenas comenzaba a tomar forma. Los jóvenes no existían como hoy se les concibe, estaban fuera de las políticas y del análisis científico, al no figurar como categoría sociológica. Se sabe, según esta autora, que durante el periodo del Porfiriato y principios del siglo XX, los niños urbanos, tras una corta infancia, al cumplir ocho años se ponían el sombrero, como en una suerte de mayoría de edad, que marcaba su iniciación en las responsabilidades de adulto, como trabajar y mantenerse a sí mismos, para luego hacerlo con la familia que decidieran formar.

CONCEPCIONES DE LA JUVENTUD

Medina (2000) comenta que en términos sociohistóricos y culturales hay una costumbre por conceptuar a los jóvenes como sujetos de cambio, vinculándolos con la rebeldía, la transgresión y el cuestionamiento del *statu quo*. Esta imagen aparece en las primicias de los apuntes latinoamericanos sobre juventud, entre los que destacó Rodó (1900, en Medina, 2000), quien señaló que la juventud “ilustrada” tenía a su cargo dirigir el proceso de transformaciones que implicaba la modernización de las sociedades.

Feixa (1998) insiste en señalar que los atributos de la juventud dependen tanto de los valores asociados con esa edad como de los ritos que marcan sus límites; amén de la noción general compartida de tránsito a la adultez, marcada por los cambios biológicos. Desde luego, los procesos históricos y económicos han resultado determinantes en la existencia de la juventud como grupo social y categoría; de ahí que no fuera sino hasta principios del siglo xx que los jóvenes pasaron a tomar un lugar en la sociedad como agente activador de la industrialización y modernización, necesarias para el crecimiento económico (Valenzuela, 2002).

Medina (2000) apunta que existen dos imágenes de la juventud, la conservadora (del joven integrado o en “el buen camino”) y la que la identifica con un problema social. Sobre la primera señala que algunas de sus características son: ser funcional al discurso hegemónico y desarrollar competencias para poder disponer del máximo capital social y cultural cuando sea parte de los adultos (los que interesan en esta obra). La segunda imagen corresponde con los grupos de menores recursos y oportunidades, que son mayoría en nuestra sociedad. De igual modo, señala que la juventud en sí misma no tiene atributos sociales constituyentes, sino que existe en un periodo de moratoria entre la niñez y la adultez, lo cual la coloca en un *no lugar*. Sobre esto último se tratará más adelante.

Juventud y divergencia

Autores como Hernández (2005), Pérez (2000) y Reguillo (1993, 1997) señalan que la mayoría de los grupos juveniles han sido reprimidos y perseguidos de alguna manera por las policías, a causa de que ellos son quienes articulan buena parte de los principales movimientos culturales y políticos. De esto se desprenden calificativos que hoy suenan característicos del concepto de joven, tales como oposición, rebeldía e inmadurez. Así, a los jóvenes se les educa, castiga, reprime, orienta y encarcela por “obvias” (Reguillo, 1993)

razones (políticas y de conflicto con la autoridad). Como ejemplo de esto, baste consultar los marcos legales de América Latina en torno a los jóvenes, que en la última década han reducido la edad de imputabilidad en muchos casos hasta los 12 años ante la preocupación por frenar el aumento de jóvenes delincuentes (CEPAL, 2008).

El concepto de joven varía, según Valenzuela (2002), dependiendo del estrato o clase social en que se enfoque. Así, los jóvenes de clase alta y media son representados como estudiosos, limpios, monógamos y respetuosos de la ley; en tanto que los pobres son vistos como violentos y criminales. Estos rasgos que identifican y discriminan a los jóvenes por su posición socioeconómica pueden ser aprendidos y reproducidos por ellos. En medio de una sociedad en la que la modernidad permea hasta los asuntos menos pensados (Bauman, 2004), el factor económico resulta fundamental para la configuración de las identidades personal y social.

La juventud puede ser vista como una resultante del proceso de modernización de los países, iniciado tras la Segunda Guerra Mundial, donde las zonas urbanas crecen sin cesar por la migración constante de la gente del campo a las ciudades, quienes van en busca de una mejor calidad de vida. En oposición a lo que los promotores de la modernidad planteaban, estos procesos de urbanización e industrialización han traído problemas de desarraigo, pobreza, marginación, desempleo, vivienda y salud, ya característicos de las ciudades. Todo ello ha implicado el surgimiento de nuevas identidades y formas de interacción, de las que son ejemplos las culturas y tribus juveniles a que se refieren autores como Reguillo (1993, 1997), Pérez (2000), Hernández (2005), Morín (2002) y Nateras (2002a), por mencionar algunos.

Entre otras características atribuidas a la juventud, podemos mencionar las que se refieren a la rebeldía, la impetuosidad y los deseos de mejorar, mismas que son inscritas en una exaltación de la individualidad y las prácticas de consumo, propias de la modernidad (Touraine, 2005). En torno a esto, es importante resaltar el papel de los medios de comunicación en la difusión y generación de

pautas y modelos para los diferentes grupos sociales, donde vender es el objetivo subyacente (Heath y Potter, 2005). En este contexto, de una modernidad donde el sujeto individual sólo puede serlo mediante el poder adquisitivo, los jóvenes se tornan importantes en tanto sujetos de venta-consumo y producción (Covarrubias, 2002; Bauman, 2004 y 2005) y no sólo por diferir de manera colectiva y singular del resto de la sociedad, como plantea Brito (2005).

SER HOMBRE JOVEN

En este punto quiero coronar este entramado haciendo notar la necesidad de utilizar la categoría *hombre joven* en medio de un mundo que considera a los jóvenes en el plano de lo *crudo* –como dice Gil (2006)– para algunas cosas, como el ejercicio de puestos de mando o de responsabilidades “de adulto”, incluyendo las de autocuidado y decisión razonada. Estar “muy verde” o inmaduro suele ser la justificación para que otros decidan por los jóvenes a qué tienen acceso y a qué no, ya sea que se trate de un castigo, premio, conocimiento o actividad. Dicha justificación, así como el reconocimiento de sus derechos, será negada en la medida en que se requiera del joven para alguna actividad donde convenga verlo en contrario (Lutte, 1991; Nauhdart, 1997).

Utilizar el término *hombre* remite de inmediato a características que no se le reconocen a los jóvenes (*e.g.*, proveeduría y protección, por mencionar algunos) además, se es hombre de manera legitimada socialmente, sólo mediante las masculinidades. El término *joven* refiriendo a los varones parece más cercano a lo femenino que a lo masculino, en el sentido de que suele asociársele con cualidades frecuentemente usadas como descriptores de lo femenino: una falta de control emocional y fragilidad (Medina, 2005) que, además, conforman cualidades de baja jerarquía social. Además, también se le asocia con ideas relacionadas con el machismo, como el desprecio por las mujeres (vistas como objeto sexual) y la acumulación

de coitos, entre otras. En concordancia con Montesinos (2005) y Seidler (2006b, 2006c), la existencia de este problema quizá se deba a que los modelos de masculinidad están en redefinición y aún no se tiene un concepto de hombre que no remita al hegemónico y relacionado con la adultez. Parafraseando al propio Seidler (2006c), insisto en subrayar que hay que transformar las masculinidades (entendidas como modelos de hombre) para erradicar los problemas de afectividad, violencia y discriminación (entre muchos otros) relativos al ejercicio de lo masculino.

Finalmente, estas características de la juventud (por tanto, de los hombres jóvenes) tan paradójicas y complejas son propias de aquello que se encuentra en un “no lugar”, entendido éste como un espacio formado por el cruce de circunstancias, pero que no tiene el reconocimiento, ni las características de un lugar –el lugar es un espacio de identidad, relacional e histórico– (Augé, 2002). Retomando este concepto de Augé y haciendo un ejercicio de extensión del plano físico de los lugares hacia el simbólico de las relaciones humanas, los jóvenes en general se encuentran en un no lugar, en tanto que se les considera importantes como agentes de producción y consumo, pero no así en materia de los derechos y garantías que sí tienen los adultos (aunque las sanciones también sean para éstos). Baste citar como ejemplos los requisitos para ser presidente, gobernador o director general de una organización o profesor universitario, inclusive pues hacen énfasis en superar los 30 o 35 años de edad (o ponen condiciones que no son alcanzables antes de esas edades). Al parecer, las razones de esto remiten a la supuesta inmadurez e inexperiencia de los jóvenes: están crudos o muy verdes, utilizando términos de Levi-Strauss (1968).

Quienes se encuentran en el no lugar a veces tienen voz, a veces tienen voto, en ocasiones son cruciales para el desarrollo de un país o de una organización, pero los criterios con los que son reconocidos y no, resultan complejos de explicar. *Las llamadas “minorías” se hallan en un no lugar, sean indígenas, personas homosexuales, madres y padres solteros, personas discapacitadas, ex convictos,*

sexoservidores y, desde luego, los jóvenes, los ancianos y los niños. Según convenga, son llamados a votar por tal partido o a apoyar a tal gobierno o, incluso, a impulsar el cambio.

Así, los hombres jóvenes se encuentran en una fase de doble tránsito. Por un lado miran la adultez como horizonte y, a la vez, la cualidad de hombre. Ambas nociones implican un ejercicio de constantes demostraciones que, si bien no son todas, en mucho coinciden con las exigencias de la masculinidad hegemónica para ser considerado hombre –heterosexualidad, ejercicio del poder e independencia, por ejemplo–, en este sentido, autores como Renold (2003), comentan que esto es demandado a los varones desde la infancia.

Es precisamente en el reconocimiento de este doble tránsito donde se hace patente la necesidad de utilizar la categoría hombre joven para su estudio dentro de un mundo que, en forma tajante, suele considerar a los jóvenes (hombres y mujeres) como inmaduros, crudos y rebeldes o trabajadores, inteligentes y productivos, según convenga a los intereses de quienes están en el poder. Es importante destacar que esto sucede también con las mujeres quienes, además, pueden dedicar toda su vida a reclamar igualdad y equidad para conseguir sumar obligaciones a las derivadas de sus roles y estereotipos de género y, eventualmente, una “posición de hombre” que deberán defender mientras la conserven (por no ser “legítimas poseedoras de ella). Los hombres jóvenes transitan hacia la condición de hombre (estrechamente vinculada con la adultez y la masculinidad hegemónica) mediante las masculinidades, que son posibles debido a las múltiples prácticas realizadas por ellos (ver figura 1). En otras palabras, tal parece que los hombres jóvenes “maduran” en tanto se “desfeminizan”, pues la condición juvenil está feminizada. Esto mediante la asunción de roles tipificados como masculinos: casarse, tener hijos, trabajar, por ejemplo.

Figura 1. Relación entre el ideal de adultez, las masculinidades y las prácticas como hombre joven

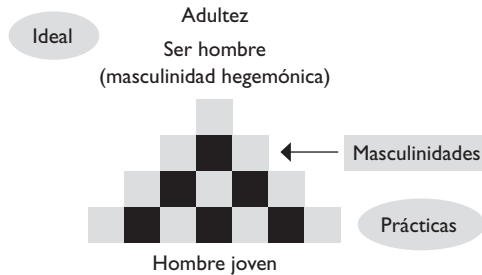


Figura 1. La noción de hombre está íntimamente relacionada con la masculinidad hegemónica, de tal modo que en las masculinidades pueden ser halladas algunas de las características de ésta. Los hombres jóvenes, en su tránsito a la adultez y condición de hombre, ejercen en sus prácticas diversas formas de masculinidad y juventud.

De la misma forma, se ha comentado por qué puede ser importante el empleo de esta categoría para realizar investigaciones acerca de los hombres jóvenes en la cultura contemporánea. Actualmente, el análisis de la realidad social requiere el trabajo interdisciplinario, ejercicio de un pensamiento complejo y trasgresor de las divisiones conceptuales que parcializan la visión de los seres humanos desde una sola óptica. Se trata, entonces, de apostarle a una visión más integradora de esa inmensa totalidad que constituye el género humano.

No se trata “sólo” de sexualizar la juventud, sino de mirarla a la luz de los estudios de género y analizar desde ahí su constitución y entorno. Probablemente los estudios de género, así como los de juventud, puedan enriquecerse y generar conocimiento que ayude a la comprensión de la sociedad. Ser hombre joven se vuelve un asunto digno de estudio en tanto la poca producción al respecto y que miles de personas en esta ciudad se hallan al margen de las masculinidades y de las llamadas tribus y culturas juveniles, es decir, se trata de jóvenes “adaptados al sistema” o que son “reproductores del sistema”. ¿Cómo se definen a sí mismos los hombres jóvenes?

¿Qué prácticas los distinguen de los otros? ¿En qué coinciden con las masculinidades y en qué no? Quizá este trabajo aporte elementos para pensar sobre éste y otros modos de ser hombre inmersos en la complejidad del tejido social.

EL CONTEXTO

Según estimaciones de la ONU, 1000 000 000 de jóvenes viven en nuestro planeta, lo cual significa que una persona de cada cinco, aproximadamente, tiene entre 15 y 24 años o que 18% de la población global son jóvenes y 19.8% son niños (5 a 14 años). Uno de los fenómenos que más preocupa a la ONU es la disminución de la proporción de jóvenes en el mundo (2006).

Se calcula que la mayoría de los jóvenes del mundo vive en países en vías de desarrollo (casi 85%), de los cuales 60% habita en Asia. El restante 25% se encuentra en las regiones de África, América Latina y el Caribe. La ONU calcula que para el año 2025, el número de jóvenes que vivirá en países en vías de desarrollo crecerá en 89.5%. Por consiguiente, es necesario contemplar asuntos de juventud en las políticas y en la agenda de desarrollo en cada país, de lo que se encarga el Programa de Juventud de las Naciones Unidas (ONU, 2006).

En nuestro país, de acuerdo con las estadísticas federales (Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática [INEGI], 2008), de un total de 103 263 388 habitantes, existen 36 174 976 jóvenes (entre 12 y 29 años), de los cuales 7.37% (2 666 854) del total nacional vive en la Ciudad de México. Así, los hombres de este rango etario que la habitan son cerca de 1 309 232 y las mujeres 1 357 622, aproximadamente.

La Ciudad de México ha oscilado, desde hace varias décadas, entre las tres metrópolis más grandes del mundo (ONU, 2003), no sólo por su extensión territorial (1479 km²), sino también en función de su alta densidad poblacional (5862 habitantes por km² en 2005). De acuerdo con el INEGI (2005), la Ciudad de México concentra

actualmente a casi 10% de la población total del país, sin considerar su zona metropolitana: alrededor de 9 000 000 de habitantes.

Desde el siglo XIX, la ciudad ha sido el principal escenario de las decisiones políticas y económicas de México (Terrazas, 2004); además, en muchos aspectos, fue de las primeras entidades del país en vivir las consecuencias de las políticas económicas neoliberales. En la actualidad la principal fuente de ingresos para el Producto Interno Bruto (PIB) de la ciudad la constituye el sector terciario (servicios, formales e informales), tuvo vastas zonas industriales y cuenta aún con gran extensión de tierras cultivables (Ward, 2004). En términos macroeconómicos, la Ciudad de México se ha erigido también como uno de los centros financieros más grandes del mundo por la presencia de grandes firmas transnacionales y la cantidad de operaciones comerciales que origina, que anualmente se traducen en alrededor de 20% del PIB nacional (INEGI, 2005).

Ciudad de México, mosaico de realidades

De acuerdo con cifras del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2009), la Ciudad de México ha tenido en la última década el Índice de Desarrollo Humano (IDH) más elevado de todo el país, 0.9054, mientras que el IDH nacional es de 0.842 (ambos para 2005). Según estas cifras, la disponibilidad de servicios de salud, los niveles educativos y de ingresos de la población de la ciudad son mejores que en urbes como Sao Paulo (0.841), Buenos Aires (0.8604) (PNUD, 2009). A la vez, en la Ciudad de México se encuentran los cinco municipios (delegaciones o alcaldías) con mayor IDH de todo el país: Benito Juárez, Miguel Hidalgo, Tlalpan, Coyoacán y Cuajimalpa (PNUD, 2009).

Asimismo, esta ciudad capital cuenta con los mayores niveles de alfabetización y escolaridad de todo el país. Un porcentaje muy alto de su población sabe leer y escribir (94.83%, mientras que la media nacional es de 90.69%). A su vez, la escolaridad promedio se

encuentra casi en los 11 años de instrucción (INEGI, 2005); mientras que concentra la cantidad más alta de estudiantes y egresados universitarios de todo el país, esto es, que la vida de los jóvenes en esta urbe tiene la escolarización como un importante marcador.

En concordancia con estas mediciones, los mejores sueldos de todo el país son pagados en esta ciudad y su nivel de escolaridad es también el más alto. No obstante, por tratarse de mediciones macroeconómicas, no expresan la compleja realidad en que viven las personas de esta urbe, pues tanto hay personas con niveles de ingresos, educativos y de acceso a servicios de salud muy altos, como con niveles nulos o muy bajos; amén de que no se analiza la calidad de ninguno de los aspectos medidos. También se deja de lado que los sueldos en nuestro país son muy bajos, las jornadas son de más de nueve horas sin paga extra, horarios ni días de descanso rotatorios, transporte público deficiente y escaso en muchas zonas, servicios de salud y educación pública insuficientes, sin mencionar aspectos relativos a la discriminación de género y edad.

Los jóvenes de esta metrópoli

Casi un tercio de la población de la Ciudad de México, 2 666 494 según el INEGI (2005), lo constituyen personas jóvenes (12 a 29 años). Son éstas, y los adultos mayores, quienes concentran la mayor participación en fenómenos como el desempleo (2009a). Lamentablemente, también son mayoría los jóvenes en situación de calle y los que han cometido delitos y se hallan en la cárcel (2009b).

Por otra parte, son los hombres jóvenes (15-29 años) quienes presentan la mayor cantidad (43 684, en 2007) de muertes violentas: accidente, homicidio, suicidio, relativas a operaciones legales y de guerra; superando casi cuatro veces la cantidad de mujeres (11 314, en 2007) que mueren por las mismas causas (INEGI, 2008). No obstante, los jóvenes de esta urbe, como en otras alrededor del mundo, han generado espacios de reunión y convivencia más o

menos reconocidos y respetados por la autoridad, que, a la vez, han dado lugar a manifestaciones culturales como las tribus urbanas y las culturas juveniles. Estas últimas se caracterizan por ser espacios con mayoría de hombres, quizá por la asociación de lo público con lo masculino. Nótese que la cantidad de hombres que mueren por situaciones relativas a la violencia puede explicarse desde una óptica que relaciona los elementos de masculinidad hegemónica con los actos violentos como sustantivos de su identidad.

Son las personas jóvenes quienes sostienen gran parte de la actividad cultural y de la industria del entretenimiento de la ciudad, ya sea como ejecutores de ésta o como público (Instituto de la Juventud del Distrito Federal [IJDF], 2009). De acuerdo con el gobierno de la ciudad (IJDF, 2009), los diversos teatros experimentales y escenarios de poca capacidad son muy utilizados por estudiantes (de los niveles medio, medio superior y superior), mientras que los grandes espacios como el Auditorio Nacional y otros que generalmente exhiben productos de las industrias culturales (*e.g.*, Foro Sol, Palacio de los Deportes, y los teatros de los consorcios de Telmex y Televisa), mantienen un alto porcentaje de concurrencia de población juvenil en general, no necesariamente estudiantes, según el evento de que se trate. Asimismo, son personas jóvenes quienes constituyen la mayoría de los clientes frecuentes de bares y centros nocturnos de todos los precios.

Existen en la ciudad varios programas que intentan solucionar las principales problemáticas de los jóvenes: Jóvenes en Situación de Riesgo, Jóvenes en Impulso, la tarjeta de descuentos Soy Joven y los Tutores Sociales (IJDF, 2009). Estos programas gubernamentales tienen en común el propósito de hacer que retomen sus estudios incluso hasta el nivel superior, además de darles apoyos económicos (becas, tarjeta de descuentos) y la vinculación tutorial con personas de buena reputación en su comunidad. Al mismo tiempo, se les pide cierto número de horas de trabajo comunitario como retribución a la sociedad. También existen programas de empleo de verano y de incorporación al trabajo en el gobierno y empresas

privadas. Todos estos proyectos del gobierno son de poca difusión y presupuesto, lo mismo que los de carácter federal.

Por otra parte, en el ámbito académico, cabe señalar, existen muchos estudios sobre los jóvenes en situación de calle, miembros de tribus urbanas, de culturas juveniles y hasta de organizaciones delictivas (bandas). ¿Pero dónde quedan los jóvenes que no forman parte de ninguna de estas agrupaciones? ¿Dónde están los que siguen las reglas del sistema social y que, en mucho, se ven privilegiados por las oportunidades a que tienen acceso? ¿Qué se ha estudiado sobre los jóvenes “integrados” o reproductores del sistema? ¿Cómo son las experiencias de los hombres jóvenes “integrados” en esta ciudad? Sobre esto último se coloca la presente investigación, introduciendo el eje analítico de la identidad de género, específicamente, la masculina.

CAPÍTULO 4
**¿CÓMO ACERCARSE AL ESTUDIO
DE LOS HOMBRES JÓVENES?**

*La razón sirve mucho más
para justificar la conducta
que para dirigirla.*

Gustave Le Bon

En medio de un contexto que entiendo socialmente construido por un tejido social vivo y cambiante a ritmos no siempre constantes ni predecibles, la búsqueda de respuestas en torno a cómo se es hombre joven y cómo se vive, resulta poco accesible desde una visión centrada en las cuantías. Estar frente a otro como yo, en tanto ser humano y hombre joven, implica una actitud de respeto, empatía y escucha constante para poder acceder a un proceso descriptivo e interpretativo del discurso y las prácticas del otro. Por lo anterior, esta investigación se ha inscrito en una perspectiva de índole comprensivo-interpretativo, pues intenta entender las prácticas desde el contexto en que son efectuadas y, especialmente, en relación con los significados que les asignan las personas que las realizan (Patton, 1986 en Ito y Vargas, 2005).

Es justamente el afán de comprender el que ha orientado la presente investigación descriptiva (Kerlinger y Lee, 2002; Isaac y Michael, 1981). A este respecto, Fonseca y Quintero (2004) comentan que el paradigma cualitativo está orientado al proceso en vez de al resultado; a la comprensión-interpretación. Desde luego, esta perspectiva es esencialmente humanista puesto que, a lo largo de las entrevistas, observaciones y las demás estrategias de investigación, se pretende llegar a conocer a los sujetos de estudio en lo personal y tratar de compartir lo que sienten en su contexto social. Parafraseando a Galindo (1987), se trata de encontrar las subjetividades del entrevistados, con sus entrevistados y, con ello, descubrir la objetividad del conocimiento compartido.

Con base en lo anterior, es factible comprender lo dicho por Taylor y Bogdan (1998), en el sentido de que las técnicas de investigación enmarcadas en un enfoque cualitativo, como la entrevista, no pueden ser estandarizadas pero requieren un estricto apego a las recomendaciones metodológicas para su realización; lo cual hace de la investigación social un arte, en tanto cada investigador habrá de imprimirle aspectos únicos derivados del modo en que sorteó las vicisitudes del trabajo de campo. Cómo efectuar una investigación que carece de protocolos preestablecidos (como en un diseño experimental) resulta siempre un reto y, mientras se realiza, un arte. Cada investigador imprime en sus trabajos tanto su estilo personal (al tomar las decisiones) como la aplicación de sus conocimientos y, a la vez, debe reconocer sus limitaciones y tratar de ponerlas en beneficio de la tarea que le ocupa.

EL OBJETO DE ESTUDIO

El ser hombre está dado por las prácticas y significados asociados (género, masculinidades) y esto, a su vez, forma parte de los procesos identitarios de los hombres jóvenes. Ser hombre joven puede expresar particularidades contextuales quizá no pensadas hasta ahora (*e.g.*, miembro de una comunidad de clase alta de la

ciudad, portador del VIH, empleado como policía, entre muchos otros) o incluso sorprender a los estudiosos por la reproducción de discursos y prácticas conservadoras (machistas, por ejemplo). Ciertamente, el trabajo de campo, en profundidad, puede ayudar a descubrir cómo se viven y se producen los discursos de los hombres jóvenes y establecer cuán diferentes son ellos de los otros.

Ahora bien, como ha sido expuesto, los estudios de juventud abundan sobre asuntos relativos a las culturas juveniles y el papel que los incluidos en esta categoría desempeñan como actores rebeldes o de alguna manera vulnerados. En medio de estos trabajos, sin duda valiosos para el análisis de la realidad social, el tema de la identidad de género aparece de modo tangencial, sobre todo si se trata de masculinidades, aun cuando en muchos de ellos suelen participar sólo hombres incluso por las características intrínsecas de las tribus o agrupaciones juveniles. Poco se estudia a los jóvenes que bien pueden ser considerados *integrados* (en términos de Medina, 2000) o *reproductores del sistema* (De la Garza, 1992; Covarrubias 2002), en tanto no pertenezcan a una agrupación juvenil que incorpore en su ideología el cuestionamiento al *statu quo*. ¿Cómo se es hombre joven en esas condiciones? Si se desea comprender cómo es la experiencia identitaria de éstos uno puede preguntarse, entre las múltiples realidades que encierra un contexto urbano como el de la Ciudad de México: ¿cómo se definen y distinguen los hombres jóvenes de los otros grupos de edad?, ¿qué prácticas llevan a cabo por ser hombres jóvenes en los ámbitos familiar, escolar, laboral y de pareja?, ¿en qué se distinguen las relaciones entre hombres jóvenes de las que establecen con niños, adultos y ancianos?

OBJETIVOS

General

Evaluar el potencial heurístico del término “ser hombre joven” mediante el análisis de las particularidades en las relaciones que esta-

blecen y mantienen un grupo de hombres jóvenes de la Ciudad de México.

Particulares

1. Identificar las nociones de hombre y joven que tienen los participantes en este estudio.
2. Caracterizar las prácticas relacionadas con la condición de hombre joven en los ámbitos familiar, escolar, laboral y de pareja.
3. Describir las relaciones entre hombres jóvenes en contraste con las establecidas por ellos con los niños, adultos y ancianos.

PARTICIPANTES: HOMBRES JÓVENES “INTEGRADOS”

Como fue esbozado en apartados anteriores, en esta investigación se propuso estudiar a los jóvenes pero no como un problema social, ni como rebeldes ante los discursos hegemónicos (en este caso de la masculinidad y la adultez). Más bien, se hizo un intento por acercarse a los hombres jóvenes “integrados”, como diría Medina (2000), esos que reproducen en sus vidas el sistema de acumulación de capital (económico, social y cultural) que, eventualmente, los convertirá en adultos. Dado que siguen las pautas del sistema social, estos hombres jóvenes generalmente no son conscientes del empalme de las nociones hegemónicas de hombre y adulto que los estereotipan.

Los jóvenes integrados se caracterizan por seguir las normas del sistema social en busca de la consecución de todos los beneficios que éste les promete a cambio. Son funcionales para el discurso hegemónico del Estado y de la sociedad en general; se comportan de modo normalmente admisible, esperado. Por tanto, de ninguna manera caben en esta categoría aquellos que pertenecen a una cultura juvenil claramente diferenciada como: *punketos*, *skatos*, *darketos*.

De acuerdo con esta definición, los jóvenes integrados construyen sus vidas tratando de lograr un supuesto éxito o felicidad en términos socialmente aceptables: estudiar y/o trabajar, obtener un título profesional, casarse, tener hijos, quizá viajar. Otras de las características de esta población incluyen la ausencia de problemas con la autoridad. Cuando los hay son faltas de índole administrativa como conducir alcoholizados o a exceso de velocidad, consumir alguna droga o reñir en la vía pública.

En términos socioeconómicos, cuentan con servicios urbanos como drenaje, energía eléctrica, agua potable entubada, suministro regular de gas; y, según la clase social, televisión, teléfono (fijo o celular), acceso a internet (en casa o alquilado) y a algún servicio de salud. Asimismo, en el contexto urbano, se trata de personas con acceso a la educación promedio y a las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) sin que esto signifique pertenencia a una clase socioeconómica alta.

Quiénes fueron participantes

Las decisiones que se tomaron durante la realización de este trabajo, para invitar a personas como participantes de este estudio, se constituyeron en una selección y comparación de los casos con el fin de probar las implicaciones teóricas e ir enriqueciendo el entramado de información recopilada (Goetz y LeCompte, 1988); con la finalidad de obtener una muestra de personas que compartiesen algunas características sociodemográficas basadas en los criterios de exclusión. El contacto con ellas se llevó a cabo mediante la estrategia no probabilística denominada bola de nieve (Hudelson, 1994 en Ito y Vargas, 2005), en la cual, a sugerencia del primer informante se contactó al segundo y así sucesivamente. Cabe señalar que los entrevistados no necesariamente mantenían relación cercana, en muchos casos eran terceros conocidos de otro entrevistado. Este proceso concluyó una vez que se saturó la información obtenida,

esto es, que los nuevos informantes no aportaban datos sustancialmente distintos de los ya recabados.

Esta investigación sólo se incluyó a hombres jóvenes que estudiaran y/o trabajaran, con domicilio en la ciudad, y en, general que no estuviesen involucrados en procesos penales.

Los criterios de exclusión de los participantes fueron: ser menor de 18 años y mayor de 30, pertenecer a alguna agrupación delictiva o a alguna tribu, encontrarse bajo el influjo de sustancias psicoactivas o hallarse en situación de calle. Todo esto con la intención de estudiar a jóvenes que no figuran en la generalidad de los estudios de juventud (pues abundan acerca de tribus y culturas juveniles) y, sobre todo, en un afán por evitar las marcas identitarias de alguno de esos grupos.

Características de los entrevistados

Participaron en este estudio 12 hombres jóvenes voluntarios, de entre 18 y 30 años de edad, todos habitantes de la Ciudad de México o de su zona metropolitana, pero que pasan la mayor parte de su día dentro de la ciudad. Todos cursaron algún grado de bachillerato e incluso hubo un estudiante de maestría (ver tabla 1). En cuanto a sus ocupaciones, se considera una muestra diversa puesto que, mientras unos trabajan a destajo o por comisión (Gerardo, Arturo, Carlos), otros son empleados formales con prestaciones de ley y sueldos mensuales superiores a los 5 000 pesos, como Benito, Juan, Homero, Alejandro, David y Moi. Incluso hubo quienes son microempresarios y de su actividad obtienen sus principales remuneraciones (Toño, Samy). Aunque el promedio salarial fue de 4.83 salarios mínimos mensuales (9128 pesos, aproximadamente en 2013), hay quien gana 900 pesos mensuales.

En general, se trata de hombres jóvenes de clase media, pues, además de su nivel de ingresos, todos cuentan con acceso a servicios urbanos completos en sus domicilios (agua corriente, drenaje,

corriente eléctrica, transporte público cercano). Asimismo, su escolaridad era mayor del promedio nacional para su edad (INEGI, 2005). Estas características que los separan de la población pobre (o de clase baja), pero que los mantienen lejos de ser clasificados como parte de la clase alta suelen ser los marcadores de la clase media, sobre todo, para estudios socioeconómicos –académicos e incluso gubernamentales– que utilizan escalas con letras (de la A a la E) para describir la clase social en términos económicos (Asociación Mexicana de Agencias de Investigación de Mercado y Opinión Pública [AMAI], 2008; López, 2009).

En cuanto al estatus de pareja, cinco de los participantes reportaron no tenerla mientras que la mayoría sí se hallaba en una relación de ese tipo. En este sentido, aunque la orientación sexual no es una categoría analítica de este trabajo, entre los participantes había cuatro personas con orientación sexual por el mismo sexo (homosexuales) quienes, como se señala más adelante, rara vez hicieron mención de ello en su discurso. Acerca de los hijos, sólo tres personas (todas mayores de 25 años) reportaron tenerlos. Todos los nombres, tanto de los participantes como de las personas que mencionan en sus relatos son seudónimos, de acuerdo con las consideraciones éticas que fueron aplicadas en esta investigación.

Cuadro I. Algunas características sociodemográficas de los participantes.

Seudónimo	Edad	Escolaridad	Pareja	Hijos	Ocupación	Ingreso mens. aprox. (\$mm*)	Vive con	Dependientes económicos	Otra información
1 Benito	30	1er. sem. Contaduría	No (h)**	No	Analista de crédito y estudiante	4.6	Solo	No	Trabaja desde los 10 años, emigró al D.F.
2 Beto	28	Trabajo social (titulado) y Maestría en Ciencias 1er.sem.(cursando)	No (h)	No	Estudiante	4	Tía	No	Recientemente se incorporó como empleado (1 año).
3 Juan	21	5o. sem. Pedagogía	Sí (h)	No	Asistente contable y estudiante	3	Amiga	No	Recientemente independizado.
4 Toño	26	6o. sem. Ingeniería en Computación	Sí (m)***	1 (h)	Microempresario (café internet)	5	Esposa e hijo	2	Casado. Ella trabaja.
5 Homero	26	Ingeniero en Electrónica (titulado)	Sí (m)	2 (m)	Reparador de celulares (empleado)	5	Esposa e hijas	3	Casado. Ella no trabaja.
6 Alejandro	25	Ingeniero Civil (titulado)	No (m)	No	Supervisor de obras	14.6	Padres	No	Realiza muchas labores de reparación en casas de familiares.
7 David	23	Licenciado en Ciencias de la Comunicación	No (h)	No	Redactor de noticias en estación de radio	4.5	Padre y 2 hermanos	No	Recién terminó con una pareja de 3 meses.
8 Moi	29	Bachillerato concluido	Sí (m)	2 (m)	Empleado federal (oficinista) y dueño de 2 taxis	5	Esposa e hijas	3	5 años de matrimonio. Esposa de 24 años.
9 Gerardo	20	Bachillerato (cursando)	No (m)	No	Hojalatero y mecánico automotriz	3	Abuela	1	Padre muerto, su abuela lo crió, aunque su madre vive en la misma colonia.
10 Arturo	21	Bachillerato (cursando)	Sí (m)	No	Vendedor en una zapatería	1.8	Padres y hermanos	No	Toca en un grupo de rock.
11 Carlos	28	Ingeniero Eléctrico	Sí (m)	No	Supervisor de instalación de señales visuales en aeropuertos	7	Padres y hermano	No	En planes de casarse con su novia de hace 5 años.
12 Samy	22	Bachillerato (cursando)	Sí (m)	No	Toca en un grupo de rock	0.5	Padres y 2 hermanos	No	Siente que su novia demanda mucho tiempo y genera conflictos en la relación.

*\$mm: salario mínimo mensual calculado: 1890 pesos en 2013.

**Hombre.

***Mujer.

TÉCNICAS DE RECOLECCIÓN DE DATOS

El medio de aproximación a los informantes para recabar los datos fue el de la entrevista que, según Kvale (1996), ha sido uno de los instrumentos más utilizados en la investigación social desde épocas remotas. Ésta como conversación entre dos (o más) interlocutores favorece al investigador el acceso al conocimiento de los fenómenos sociales. Desde luego, y de acuerdo con Kerlinger y Lee (2002), en la entrevista cada persona asume un rol, ya sea el de entrevistador o el de entrevistado. Esto hace posible discutir las preguntas diseñadas para obtener los datos sobre el problema de investigación.

Autores como Galindo (1987) y Kvale (1996), consideran que la entrevista se ha erigido como un método de investigación social y han precisado muchas de las acciones que se emprendieron durante esta obra, a saber: elaboración, seguimiento y constante revisión de la guía correspondiente y el planteamiento de la entrevista como semiestructurada.

La Guía de entrevista (anexo B) construida *ex profeso* para la investigación que se informa está basada en las recomendaciones de Galindo (1987) y se conforma de los siguientes temas de conversación: a) concepciones de hombre joven, b) estilos de vida de hombre joven y c) interacción con niños, adultos, ancianos (ambos sexos). Cada tema de conversación corresponde con uno de los objetivos específicos que, en conjunto, se utilizan para obtener la información necesaria con el fin de cumplir con el objetivo general.

En la sección a) de la Guía de entrevista (anexo B) se hizo el arreglo de las preguntas con la intención de explorar los límites de la juventud y las características que distinguen a los jóvenes de los adultos, enfatizando la condición de hombre. Además, se señaló si el entrevistado se identificaba con la información que proporcionaba.

Por otra parte, el inciso b), referente a los estilos de vida, contiene preguntas centradas en averiguar las prácticas que se asocian con la condición de hombre joven. Básicamente, éstas se subdividen en tres aspectos las relativas a la: familia de origen, trabajo/

escuela y tiempo libre. En general, se cuestiona sobre aspectos de convivencia, afinidad y conflicto.

La última sección de la guía explora cómo son las relaciones de los entrevistados con otras personas de distintos grupos etarios (niños, adultos y ancianos), con la finalidad de encontrar significados y prácticas asociados. A la vez, se establecieron énfasis en las posibles diferencias según se trate de hombres o mujeres.

PROCEDIMIENTO

Por tratarse de un estudio orientado a comprender las experiencias, a describir con y desde el mismo lugar del sujeto que representa el objeto de interés, a partir del objetivo general se desarrolló la estrategia procedimental que a continuación se expone. Cabe señalar que esta sección fue construida a lo largo de todo el proceso de la investigación y que no pretende constituirse como una serie de pasos a seguir, sino como una reseña de cómo se buscó y analizó la información.

Estrategias de obtención, registro y análisis de la información

Como se mencionó, la obtención de la información estuvo basada en varias entrevistas que fueron transcritas y, como se verá más adelante, el análisis de la información obtenida se realizó de acuerdo con las pautas analíticas de Kvale (1996). Dichas pautas consisten en transcribir, condensar e interpretar la información vertida en las entrevistas (como se muestra en el anexo C). Este proceso debe ser revisado hasta establecer la categorización definitiva con la que se trabajará el análisis final de la información.

Cada entrevista tuvo una duración promedio de una hora. Todas fueron audiograbadas y se realizaron en el escenario donde cada joven fue contactado, o bien, donde pidió que se efectuara el

encuentro; esto con la finalidad de lograr un acercamiento en su contexto. Así, mientras que algunos escenarios fueron salones o pasillos de escuelas de nivel bachillerato, otros se llevaron a cabo en espacios dentro de la morada del entrevistado, tales como la sala o incluso una recámara. El trabajo de campo inició en abril de 2007 y concluyó en marzo de 2008.

Para realizar el análisis de la información, en primer lugar, se efectuó la transcripción completa de cada entrevista, después se procedió a revisar una por una para establecer los primeros nexos categoriales. Enseguida, fueron efectuados los pasos de “condensación” e “interpretación” propuestos por Kvale (1996) y analizados por grupos. Se establecieron las categorías de estudio derivadas de los objetivos de investigación, como se muestra en el cuadro 2.

Cuadro 2. Correspondencia entre objetivos de la investigación, categorías y preguntas de las entrevistas.

Objetivos	Categorías	Preguntas para entrevista
Conocer las nociones de hombre y joven que tienen los participantes en este estudio.	<ol style="list-style-type: none"> 1. Fronteras y características de la juventud. 2. Modelos de hombres y mujeres (hegemónicos o diversos). 3. Características de contraste con las mujeres. 	<p>¿Cuándo se comienza a ser joven?</p> <p>¿Cuándo se deja de ser joven?</p> <p>¿Qué distingue a ellos de ellas?</p> <p>¿Cómo son los hombres jóvenes? ¿Todos son así?</p>
Caracterizar las relaciones entre hombres jóvenes en contraste con las establecidas entre éstos, los ancianos, adultos y niños (ambos sexos).	<ol style="list-style-type: none"> 4. Aspectos distintivos de los adultos y su trato con ellos. 5. Aspectos distintivos de los niños y su trato con ellos. 6. Aspectos distintivos de los ancianos y su trato con ellos. 	<p>¿Qué distingue a los jóvenes de los adultos?</p> <p>¿Cómo es el trato con adultos?</p> <p>¿Cómo son las relaciones de los hombres jóvenes con los niños?</p> <p>¿Cómo son las relaciones con los ancianos?</p>
Identificar las prácticas relacionadas con la condición de hombre joven en los ámbitos familiar, escolar, laboral y de pareja.	<ol style="list-style-type: none"> 7. Estilos de vida de los jóvenes y personas con quienes cohabitan. 8. Relaciones sociales (amistades, compañeros, conocidos). 9. Ocupaciones de los hombres jóvenes. 10. Pasatiempos. 	<p>¿Cómo viven los jóvenes?</p> <p>¿Con quién?</p> <p>¿A qué se dedican?</p> <p>¿Con quiénes se relacionan?</p> <p>¿En qué ocupan su tiempo libre?</p>

El segundo momento del análisis se realizó a nivel de grupo para identificar las coincidencias y divergencias entre los participantes. La información derivada de lo anterior se presenta en la tercera sección de este documento. Simultáneamente, dichos hallazgos fueron confrontados con los referentes teóricos respecto a la masculinidad y juventud. Esto, con el fin de proponer una evaluación del potencial heurístico del concepto “ser hombre joven”.

Consideraciones éticas

Con la finalidad de conducir la investigación de manera ética, se consideró pertinente seguir las recomendaciones de la International Union of Psychological Science (IUPSYS, 2008), Ito y Vargas (2005) y de Neuman (1997). En este sentido, a cada joven se le explicaron los motivos de la investigación, el carácter confidencial de los datos y se le solicitó su autorización para grabar las entrevistas y para la divulgación de la información recolectada. Asimismo, todos los participantes (al igual que las personas que fueron mencionadas) son nombrados mediante un seudónimo, con objeto de mantener su identidad en carácter de confidencial.

Además, con todos los entrevistados se acordó verbalmente un consentimiento informado de su participación (ver anexo A). Se prometió y se ha buscado el trato confidencial de la información que dieron, en especial, sus datos de identificación mediante la asignación de seudónimos a todas las personas que mencionaron y para ellos mismos, así como los lugares de referencia. Desde luego, respetando la autonomía de los participantes, se reiteró que podían abstenerse de responder a preguntas que les resultaran incómodas o inapropiadas y dar por terminada la conversación en el momento en que lo desearan. Por último, se mencionó que, si se interesaban por ello, se les proporcionaría una copia de la transcripción de la entrevista y un resumen del reporte de investigación.

*Los científicos no persiguen la verdad;
es ésta la que los persigue a ellos.*

Karl Schlecta

CAPÍTULO 5

JUVENTUD, ADULTEZ Y MASCULINIDAD

En las páginas siguientes se presenta la información extraída de las entrevistas realizadas para esta investigación. Ha sido tratada conjuntamente, como una sola voz, aun cuando se indica quién dijo cada elemento, para fines de identificación y seguimiento del discurso de cada joven. Con la intención de ofrecer al lector la oportunidad de conocer de manera integrada lo expresado por cada participante, dicho material se incluye en las tablas analíticas de todas las entrevistas en el anexo C.

Enseguida se presentan las 10 categorías de análisis con las que se realizó el estudio de la información recabada. Aunque en su mayoría fueron preestablecidas con base en la teoría, el análisis de las entrevistas derivó en modificaciones que llevaron a conjuntar algunas de ellas y pasar de 12 iniciales a las 10 finales. Sobre este punto, el siguiente cuadro resulta ilustrativo, pues incluye las categorías derivadas del análisis de las entrevistas, así como su descripción.

Cuadro 3. Categorías construidas a partir del análisis de las entrevistas

Categorías	Descripción
1. Fronteras y características de la juventud	Identifica cuáles son los elementos que delimitan la juventud, así como las principales características que la describen.
2. Modelos de hombres y mujeres (hegemónicos o diversos)	Señala cuáles son los modelos y estereotipos de género a que hacen referencia los entrevistados mediante los significados y prácticas reportados; establece qué lugar ocupan los diversos y los hegemónicos.
3. Características de contraste con las mujeres	Distingue los significados y prácticas asociados con la condición de mujer.
4. Aspectos distintivos de los adultos y su trato con ellos	Define los elementos asociados con la condición de adulto e identifica las características de trato entre ellos y los hombres jóvenes.
5. Aspectos distintivos de los niños y su trato con ellos	Describe las relaciones establecidas con los niños, particularmente el tiempo que pasan juntos y el trato con ellos.
6. Aspectos distintivos de los ancianos y su trato con ellos	Caracteriza las relaciones con los adultos mayores, particularmente el tiempo que pasan juntos y el trato con ellos.
7. Estilos de vida de los jóvenes y personas con quienes cohabitan	Explora prácticas relativas al estudio, el deporte y el consumo de drogas (incluidas tabaco y alcohol). Asimismo, señala quiénes conviven cotidianamente con los entrevistados, en particular si comparten la casa.
8. Relaciones sociales (amistades, compañeros, conocidos)	Identifica las prácticas que son características de las relaciones de amistad, con conocidos y compañeros (de escuela y trabajo), así como aspectos afectivos relacionados.
9. Ocupaciones de los hombres jóvenes	Describe las actividades consideradas por los entrevistados como trabajo remunerado, así como los significados y otros elementos asociados.
10. Pasatiempos	Distingue las prácticas realizadas en el tiempo libre y actividades no remuneradas.

FRONTERAS Y CARACTERÍSTICAS DE LA JUVENTUD

Una de las categorías que más rápido alcanzó la saturación fue ésta, pues básicamente los comentarios de los entrevistados dieron respuestas agrupadas en tres subcategorías. En los extremos, como marcas o criterios menos abstractos se encuentran: la edad (desde la mayoría de edad –en México es de 18 años– hasta los 30) y

el deterioro físico; y en términos relacionales, la asunción de responsabilidades (entre ellas el trabajo, tener hijos y el matrimonio), así como la consecuente disminución del tiempo disponible para dedicarse a intereses personales (pasatiempos y actividades de socialización).

Respecto de la edad, tal parece que la juventud es propia de los veinteañeros, puesto que los 30 años se señala como final de esta condición.

Desde mi perspectiva, alguien que tiene una edad corta, que no tiene hijos... o que está dentro de una edad... los veintitantos. Pero... se deja de ser joven... cuando empiezas a cambiar ciertos hábitos, actitudes... La inmadurez tal vez... Se deja de ser joven cuando empiezas a actuar de otra forma. Relaciono la palabra juventud con inmadurez y alguien que ya no es joven se ríe pues tiene canas...

Sí, veintitantos... así lo definiría. Es fácil que digas "Ah, ya está grande, ya es adulto". Al decir ese tipo de cosas... como que... creo que así lo puedo yo definir. Vuelvo a lo mismo, es contradictorio... hay gente grande que es inmadura y viceversa. Hablo más bien por eso como de edad, creo que es lo más concreto. Por actitudes es un poquito ambiguo definir.

La edad... no sé... La experiencia... pero... en concreto, la edad (Juan).

Más aún, habría que considerar dos subgrupos de jóvenes: los que se hallan en la adolescencia y hasta los 20 años y quienes rebasan esta edad sin cumplir 30. El primero se encuentra en formación, mientras que el segundo trabaja, como explica Benito:

...para mí un joven sería de los 14 a los 20. Sigues siendo joven después de los 20, y después de los 20 a los 30, si quieres. Sigues siendo joven, eso me queda muy claro. Pero yo a lo que voy es al periodo de que... bueno, dentro de los 14 a los 20 estás en formación, estás descubriendo, estás viendo y hay un cambio de actitudes comparado con las generaciones que anteceden. Aunado a ello, después de los 20 ya estás trabajando, la mayoría,

algunos están casados, las mujeres embarazadas. Obviamente de los 14 a los 20 también puede pasar esto, pero hay menos idea o conciencia de qué es lo que estás haciendo y de lo que puede pasar, las repercusiones en el futuro. De los 20 a los 30 está más calibrado ese punto (Benito).

Es probable que esta categorización tenga que ver más con una resistencia a considerarse adulto, pues al estar rondando el trigésimo año de vida, los entrevistados se definen como jóvenes pero “de los que están trabajando” o piensan la juventud como una cuestión de actitud (aunque señalan la edad como principal limitante).

...desde mi [punto de] vista uno siempre es joven, ¿no?, en la edad que siempre esté, uno se siente joven, si tiene quince años se siente joven, ahorita me siento joven, entonces es como que más bien relativo... Mentalmente, siempre puedes ser joven, ¿no? Por eso tienes que estar leyendo, tienes que estar documentándote... tratar de seguir a la vanguardia, ¿no?, leer periódico, noticias, porque de esa forma estás actual, estás trabajando (Homero).

Vaya, no digo que al no ser joven dejamos de hacer actividades pero hay actividades que las realizamos de jóvenes únicamente... principalmente, son las fiestas... Puede ser tanto el desarrollo, en este caso que sería de salir a divertirse en grupo, solo o con tu pareja, también podría ser... pasar un buen tiempo contigo mismo, como persona, individualmente, vaya. Pienso que también los jóvenes lo hacen mucho (Toño).

Si uno piensa por qué un joven puede considerar que los 30 son el término de su juventud, hay un sinnúmero de explicaciones posibles, pero resalta una en el contexto urbano de la Ciudad de México y de otras muchas ciudades, que es la relativa al empleo. Como lo muestra la estadística nacional y por estado (INEGI, 2005), en general, la tasa de desempleo es proporcional a la edad de las personas. En medio de este fenómeno todavía es común encontrar ofertas de empleo que piden como requisitos a los aspirantes “dos años de experiencia” y ser “menor de 30 años” y, como se verá más adelante,

es este asunto del empleo uno de los rasgos más destacados por los entrevistados como definidor de la identidad masculina.

Por otra parte, el deterioro físico y la enfermedad como estado son otros marcadores del final de la juventud que señalaron los entrevistados. Desde una visión cartesiana de mente/cuerpo, la noción de juventud puede ser considerada como una actitud pero limitada por la pérdida paulatina de capacidades físicas asociada con la edad y la disminución de la independencia (sobre todo económica) adosada con el periodo juvenil.

...aquí estaría yo pensando en buscar el deterioro físico para delimitar lo que ya no es joven. Si hablamos de edades tendríamos que remitirnos al deterioro físico, que es lo más palpable. Podríamos no sé, hablar de una juventud que podría ser menos o hasta los 50, 40 años... no sé, se me ocurre (Beto).

A lo mejor a los 55 años puedo estar igual, ¿no?, o sea igual... ¿Cómo te diré?, saludablemente... también puedo estar mejor económicamente... pero a lo mejor que ya empiece a tener enfermedades o complicaciones o cualquier cosa de ese tipo. Ahí sí ya es cuando uno empieza a envejecer, ¿no?... Sí, porque me imagino que no tienes ya ni la mismas energías, ni las mismas defensas... (Alejandro).

Pues yo creo que, pues no, no... te digo... es más bien algún sentimiento, yo lo vería como físico, ya no eres joven cuando ya... de plano no puedes hacer varias cosas... (Homero).

Como se ha dicho, la asunción de responsabilidades como el trabajo, tener hijos y el matrimonio, principalmente, así como la consecuente disminución del tiempo disponible para dedicarse a diversiones y actividades de socialización como las fiestas, son marcadores del fin de la edad juvenil, al menos para los hombres entrevistados. La idea de juventud asociada con diversión es evidente, mientras que, en oposición, la adultez se asocia con “ser amargado” (Gerardo) y la posesión de responsabilidades, estas últimas, con cierto aire de permanentes, irrenunciables. Asimismo, la

condición de joven implica una agregación más o menos gradual de responsabilidades, donde la más destacada es la escuela, el estudio. Por otra parte, si bien resaltan el trabajo como distintivo de sus vidas (algunos desde muy niños), paradójicamente, señalan que es con el trabajo que deviene el final de la juventud.

...cuando ya empiezan a llegarnos más responsabilidades obviamente tu perspectiva de la vida ya no es la misma, ya empiezas a envejecer y empiezas a ver que las cosas no son tan fáciles y que también pueden ser divertidas, todo empieza a cambiar, tus percepciones de las cosas ya no son las mismas, ya no puedes seguir pensando como joven, ¿no? Echando desmadre y todo el tiempo estar en las fiestas, ¿no? Pues ya tienes que pensar que...no pues, tienes que hacer algo más, pues no se puede vivir echando desmadre y hay que... en realidad, pues hay que trabajar y que hay que hacer otras cosas (Samy).

En cuanto al matrimonio, se encuentra una asociación de éste con la adultez y no como expresión de libertad en la juventud. La siguiente explicación lo resume perfectamente:

...cuando te casas, ya dejas de ser joven porque ya tienes compromisos. Y si no hay matrimonio, no hay unión con alguna pareja, creo que nunca se deja de ser joven. Porque tú tienes la libertad de hacer lo que quieras, no se te pueden poner, en este caso, un padre y una madre, si es que los tienes, son a quien le puedes rendir cuentas. Ya en un matrimonio, como sea ya se te acabó la juventud, porque a lo mejor vas a las fiestas ya como pareja. Ya la juventud o lo joven, es la libertad que tenías (Moi).

La juventud es vista como una condición de libertad (entendida como una ausencia de responsabilidades y entrega a la diversión), mientras que los compromisos y responsabilidades que se adquieren progresivamente van coartándola hasta llevarla a la adultez. Interesante idea, ¿implica que siendo joven se carece de responsabilidades y compromisos? Al escuchar estas entrevistas uno puede

imaginarse ese joven del que hablan con salud, vigoroso, con energías y divirtiéndose, imagen, sin duda, de la que nadie quisiera alejarse, pero bien puede ser más un ideal que una realidad alguna vez vivida. En este sentido, la juventud se ve de un modo idealizado.

...la juventud te da energía para hacer muchas actividades pero también adquieres responsabilidades (David).

...yo creo que nunca, porque mi espíritu siempre va a ser joven aunque no lo aparente. Claro que llega el momento, como cierta edad en que debes tomar responsabilidades y madurar, pero para mí en mi interior nunca voy a dejar de ser joven por todo lo que ha pasado, todas las experiencias [...] siempre hay algo así como rebeldía (Gerardo).

Por último, existe la percepción de la juventud como un sector vulnerable y vulnerado por los adultos (aunque se habla menos de este asunto en comparación con sus aspectos idealizados), en este sentido, la voz de David es luminosa:

Creo que es un sector de la población que ha estado como renegado, porque es el sector donde ocurren más accidentes, en el que se genera más la violencia, también es un sector en donde toda la gente quiere opinar e ir dejando las semillas de su ideología, prácticamente.

MODELOS DE HOMBRES Y MUJERES (HEGEMÓNICOS O DIVERSOS)

Sin duda, uno de los hallazgos más significativos es el concerniente a esta categoría, pues en el discurso de los hombres jóvenes existen menciones recurrentes a las condiciones de equidad que han de privar entre ellos y las mujeres, incluso no pocas referencias a mujeres jóvenes que ejercen prácticas otrora consideradas masculinas. No obstante, las concepciones sobre la vida en pareja, así como

las prácticas mencionadas, aducen constantemente al modelo de masculinidad hegemónico, así como a los estereotipos tradicionales o conservadores de hombres y mujeres.

El modelo hegemónico de masculinidad y su contraparte femenina son imperantes. Quienes están casados comentan que hacen los trabajos “rudos” y mantienen a esposa e hijos. Aunque en el discurso manifiestan no estar en contra de que su esposa/pareja trabaje (como si debieran estarlo), justifican que ellas no lo hagan por el bienestar de sus hijos, en el sentido de proporcionar a los hijos el cariño de una madre que esté a su lado, tal como lo vivieron ellos. Lo cierto es que ellas se dedican a las labores del hogar, aunque trabajen fuera y perciban salario.

...todavía están muy atadas a que tienen muchos quehaceres en la casa, ya sea que ellas vivan en la casa solas o ayudarle a sus padres en la casa y... (Toño).

[Hay cosas que no pueden hacer las mujeres] como trabajos rudos, o trabajar. Es el hombre el que debe mantener y solventar los gastos de la casa... y corresponder (Moi).

...la mujer es perfectamente capaz de eso [trabajar y aportar], igual un hombre de lo que hace, ¿no? trataría de no hacer una discusión de “es que tú eres hombrecito y tu niña” (si tuviera hijos). Sí hay obviamente diferencia, a lo mejor de fuerza, pero yo no haría eso

...si por mí fuera [mi pareja] no trabajaría..., pues porque sí me gustaría que ella pudiera entrar en... pues hacer las cosas que realmente le gustan (Carlos).

Así también, las mujeres son vistas por los entrevistados como demandantes de tiempo, atención y cuidados. Más aún, cuando por un lado se menciona no estar de acuerdo con un ideal machista de los hombres; por otro lado, se expresa la idea de que los hombres *deben defender a las mujeres*. Hay, por tanto, una doble visión de las relaciones hombre-mujer: la discursiva y la real.

Hay cambios en el discurso, incluso en algunas acciones, pero a fin de cuentas el hilo conductor sigue siendo la masculinidad hegemónica. Incluso al enaltecer las cualidades *de las mujeres* se termina aduciendo a un origen biológico de las diferencias de género. Detrás de esa reivindicación –probablemente, bien intencionada y sincera– de las visiones subordinadas de las mujeres, permanece fija la idea de que son inferiores a los hombres; los insultos y su uso exclusivo entre hombres (que denigran a los *chavos* al atribuirles características asociadas con las mujeres) son un ejemplo de esto. Nótese la alusión a las prácticas sexuales como un reto más que un placer.

Es que, el hombre es más aventado... si al hombre le dicen “Métete este churro”... “Ah no, pues que no... entonces eres mariquita...” “¡Ah, me dices mariquita, pues órale!...” Se dopan, se inyectan, no sé... Las mujeres... no puedes decirle, “Ay, eres mariquita”, porque es una mujer, sería tonto decirle así (Arturo).

CARACTERÍSTICAS DE CONTRASTE CON LAS MUJERES

En esta categoría se incluyen las prácticas existentes entre los hombres jóvenes y sus pares mujeres. Hay una referencia constante a las condiciones y prácticas que *antes* tenían y que ahora pueden hacer, aduciendo una apertura social que las favorece en ese sentido. No obstante, en su trato con ellas sigue habiendo una imperiosa “caballerosidad” (que va desde pagar sus gastos y defenderlas a golpes, hasta mantenerlas) y el salir en su defensa golpeando al agresor (otro hombre), incluso cuando no hayan solicitado ayuda. Es patente la idea de que ellas no han de incursionar en aspectos vinculados con el ejercicio de la violencia, consumo de drogas (permitidas e ilegales), ejercicio de la infidelidad, ni múltiples parejas, porque *se ven mal*.

Es importante destacar que, al menos entre los jóvenes estudiados, el consumo de drogas (ilegales y permitidas) tiene relación con la presión entre los propios pares. Las acciones (entre hombres)

encaminadas a lograr que el otro consuma una droga implican un cuestionamiento de su masculinidad, en términos de homofobia y heterosexismo. Acerca de las mujeres que consumen drogas, parece que subyace la idea de que ellas deben demostrar decencia y por tanto “medirse” en su uso.

Existe conciencia de que la principal (única, quizá) diferencia entre hombres y mujeres es la concerniente al sexo (en términos anatómicos y reproductivos), los genitales y que es en la educación donde se dan las diferencias de género.

Entramos en un asunto de distinción y lo que yo podría acentuar es un pene y una vagina. De ahí parte la distinción entre ser ellos y ser ellas (Juan).

Yo creo que los distingue los roles para los que fueron educados (Beto).

No obstante, la naturalización (asumir que tienen origen en la biología) de las actividades vistas como *femeninas* y *masculinas* impera. Idea que se halla detrás de ese modelo de mujer que *puede* competir contra los hombres y que tiene más seguridad en sí misma, soportando las menciones de que hay cosas *de hombres* que las mujeres están ocupando. Más aún, al decir que las mujeres *se ponen de igual a igual* con los hombres, implica que de hecho no son iguales, aun cuando se refiera a un estereotipo de mujer que puede, sabe, estudia, enfrenta *más* que antes a los hombres.

En ambos, la mujer, como que se pone de igual a igual, puede... (Benito).

Además, en la práctica, los hombres siguen teniendo más respeto y privilegios que ellas. Esto se da hasta en casos como el de David, el menor de tres hermanos, cuya hermana mayor cuenta con menos privilegios que él.

Pese [a] que soy el más cuidado de mi casa y la más grande es la mujer, yo tengo más libertades.

Pues ser hombre sí te favorece en muchas cosas, por ejemplo, tú ves que la sociedad te permite hacer muchas cosas más que a las mujeres no se les permite, por el simple hecho de ser hombre y por el simple hecho de ser joven, por ejemplo: si hablas de un hombre y una mujer de la misma edad y se habla de una fiesta, siempre a los hombres se les permite hacer más cosas y hasta está más aplaudido... la primera borrachera, pero si a la niña le pasó lo mismo, ya está mal visto y en el mismo ejemplo te puedo hablar de horario, sabemos que está más permitido al hombre llegar más tarde a su casa que a una mujer (David).

La experiencia de Gerardo en torno a *defender* la imagen y a los hijos de su prima, muestra parte del intrincado sentido que se da a este asunto de protección de ellas, pues incluye identificaciones con el modelo hegemónico de masculinidad tanto como con sus recuerdos de niñez, donde se percibió como falto de protección.

Y fue por... bueno, tengo una prima hermana, y tuvo unas broncas con su marido, bueno, su exmarido y se divorció, pero antes de que se divorciara, yo lo vi de locochón a él y no fue tanto porque yo lo viera con otra chica, sino que aparte de verlo... ese cuate se acababa de comprar una moto, entonces con la chica que le andaba poniendo el cuerno a mi prima, vive como a dos calles de mi casa, pues luego la traía en la moto y su mamá de mi prima... pues su mamá cuando va a la tienda saca a los hijos de mi prima, entonces aquél pues paseándose así con la chica y eso sí me caló, dije “Chale, ya ni porque ve a sus hijos”. Yo simplemente le dije a mi prima: “Dile a ese cabrón que te respete, que si ve a sus hijos que se haga menso tan siquiera, que se dé la vuelta”. Entonces mi prima y su mamá también le reclamó, entonces a lo mejor porque ellas eran mujeres se les puso muy altanero y a su mamá le dijo: “Pues dígame a su primo que cuando lo vea le voy a poner una madriza.” Entonces a mí sí me molestó y dije: “¿Por qué se lo dice a ella y no me lo dice a mí? ¿Por qué no viene y arreglamos de una vez esto?”

... cuando menos lo esperé, iba caminando y él estaba comiendo unos tacos solo, y dije “No, aquí”. Y a lo mejor fue un error no haber llegado

y hablarlo, y preguntarle, sino que llegué y ya nos empezamos a pelear y ya después salieron los taqueros, nos separaron y ya yo caminé, luego le di la vuelta y ya se acabó... Le hice entender que no se tiene que meter conmigo. Bueno, yo he visto a muchas personas que son aferradas, y siguen y siguen... (Gerardo).

Puesto que Gerardo ganó la pelea, la significa como una lección que le dio a su oponente en términos de no meterse con él (lo cual es una demostración de poder sobre el otro), cuando ésta se inició, aparentemente, por “proteger” a los hijos de su prima. Importa subrayar que Gerardo no entró en “defensa” de su prima en tanto mujer sino como parte de la familia y, por ende, “propiedad” de él. A la vez, ejerció violencia contra el marido de ésta, bajo un supuesto deseo de no hacerlo, digamos que “se vio obligado” a demostrar su poder con otro hombre, lo cual es “legítimo” (visto desde la masculinidad) en tanto hombre y, más aún, en tanto defensor de una mujer. En este ejemplo y el siguiente, encontramos evidencias que apoyan lo dicho por Badinter (1993) en términos de que los hombres se exigen demostrar que son más fuertes que otros a costa de lo que sea.

La facilidad con que Gerardo se entrometió en la vida de su prima y cómo lo permite ella es impresionante. La concepción de las mujeres como seres débiles y ellos como sus defensores, es un modo de diferenciarse de ellas, cosa fundamental para la masculinidad hegemónica y ya señalada por Badinter (1993).

Hay veces que hay gente que me agrada y hasta mejor prefiero evitarlos, me doy la vuelta, no por eso soy cobarde; al contrario, soy más inteligente que ellos... (Gerardo).

[El profesor] La nalgueó, le dio una nalgada y me le fui encima... y pues, me dijeron o te comportas o te comportas, pero empezamos a tener pique el maestro y yo y me corrieron, y ya, la necesidad te hace que tengas que buscar trabajo y todo eso.

Ajá, al principio ella sí se molestó, sí se sacó de onda, pero ya después de que pasó como un mes o dos, me dijo, “no, sí te pasaste” y le dije “no manches yo te estaba defendiendo”... y terminamos.

[Volví a hacerlo con el novio de una amiga] El chavo, su novio, llegó y me lo presentó normal, estaba yo platicando con unos cuates, de hecho fue en una fiesta y él le dio un cachetadón y me le fui sobres (Arturo).

Aunque en el discurso exista la crítica de que la violencia física sólo genera más violencia, incluso la desaprobación de golpes hacia las mujeres, la idea de ser más fuerte que ellas está detrás.

Pues ha sido extraño... yo la verdad, nunca he tocado a una mujer... porque... la verdad la apreció mucho... yo admiro mucho a la mujer, porque son personas que... o seres humanos que se han superado en varias etapas... pero eso de agredir a una mujer físicamente, se me hace una cobardía, porque presumes de ser fuerte... y te desquitas con una mujer y no, no está bien (Arturo).

ASPECTOS DISTINTIVOS DE LOS ADULTOS Y SU TRATO CON ELLOS

Un aspecto fundamental entre las categorías en consideración, es el uso de las concepciones antagónicas de joven y adulto. Los entrevistados perciben a los adultos de manera negativa, con el uso de términos como estancado, rutinario, repetitivo. Mientras que destacan positivamente la juventud, casi siempre usando los términos antónimos, por ejemplo, Benito señala el “estar actualizado” y el manejo de la tecnología. No obstante, a los adultos se les atribuyen dos cualidades positivas: el ser responsables y que reflexionan sobre sus actos en mayor medida que los jóvenes, en tanto que éstos son libres y se dedican a estudiar, festejar y lanzarse a la aventura.

...[el] joven que busca experiencias, que busca proyectos, que busca cosas nuevas eso lo podemos llevar al adulto o, digamos que a cualquier edad puedes tú seguir o con esa idea de estar experimentando, buscando cosas nuevas o totalmente quedarte ya estancado y seguir con una rutina que se repite eternamente (Beto).

Pues yo lo que he visto son ciertas personas, que de hecho son jóvenes, como que a veces no piensan mucho las cosas solamente las hacen y un adulto como que siempre piensa, como que es más precavido un 'ñor... (Gerardo).

Por otro lado, hay una fuerte asociación entre la juventud con la experimentación y la toma de decisiones definitivas para la vida, cosas que han destacado muchos autores como característico de la juventud (Pérez, Valdez y Suárez, 2008). A su vez, la noción de adulto implica que ya se ha tomado un camino en la vida y que éste se sigue por comodidad, aun cuando no corresponda con lo deseado ni con lo planeado.

... [en la] juventud [el hombre] todavía está experimentando muchas cosas y aún está decidiendo sobre su camino en la vida, además puede tener como que muchas equivocaciones, muchos tropiezos y ya en la adultez uno ya tiene definido lo que quiere de su vida o de plano ya van por un rumbo, aunque no sea el que más le convenga o el que más le guste pero es como por confort, puesto que ya está encaminado a algo y se siguen por ese camino, en cambio los jóvenes no, los jóvenes pierden y ganan mucho en sus decisiones... (David.)

Existe una visión subordinada de los jóvenes con los adultos, lo cual coincide con los señalamientos de Bourdieu (1998) y Seidler (2006b), en el sentido de que la dominación entre hombres y mujeres se da en diversas direcciones, una de ellas la marcada por la edad.

Para los entrevistados son los adultos quienes ponen las reglas de la casa, el trabajo y muchos de los contextos donde se mueven. En este sentido, un marcador distintivo de la juventud, a decir de los entrevistados, es que están adquiriendo limitaciones (puestas por los adultos) y entre más las asuman, más se acercan a ellos (como si siendo jóvenes no tuviesen limitaciones). De esto se entiende que el tránsito a la adultez puede implicar entrar en conflicto

con ellos (los adultos) para implantar en el joven sus propias normas. Al mismo tiempo, el respeto a los adultos (entendido como cierta sumisión, amabilidad y obediencia) es un imperativo que los hombres jóvenes comparten (en tanto rasgo distintivo de masculinidad), aun cuando no lo ejerzan, para Samy esto es una pérdida de valores pero bien puede ser visto desde una óptica donde el respeto se asocia con sumisión, subordinación:

... debe haber un respeto hacia los adultos, pero también me he encontrado que hay adultos con mucho respeto hacia los jóvenes (Toño).

... ya... no hay como que mucho respeto, no, sí he visto así a unos primos que luego les faltan al respeto a sus papás, les gritan [...] como que ya están perdiendo muchas cosas, valores (Samy).

...es una relación de respeto. De respeto al que tiene más edad que yo. Esa es como la relación que se lleva. Es como que una relación entre adultos... (Beto).

Yo lo veo por el asunto de los padres principalmente. Es muy difícil que un joven respete a un adulto en la calle, por ejemplo, no tiene que ser un familiar. Pero el adulto... a lo mejor tiene que ver con que "Represento autoridad para ti" y como el joven empieza a ser más libre: "No tengo por qué obedecer lo que tú digas"... (Juan).

Hay tres aspectos adicionales que describen cómo es el trato entre los hombres jóvenes y los adultos a su alrededor. Comentan que los adultos son los proveedores de recursos, que enseñan y aconsejan sobre la vida pero, a la vez, hay una lucha de poder entre ellos, pues ambos hacen intentos por imponerse uno sobre el otro:

No es que queden de adorno porque, finalmente son los proveedores de recursos para los que siguen siendo hijos de familia (Benito).

... hasta el momento son con los que me siento bien, y entiendo un poco más, ¿no?, porque ya me han enseñado a hacer bien las cosas y a escucharlos, ¿no? y hablar con ellos... (Alejandro).

Cuando yo era un niño, mi madre y mi padre representaban autoridad. Lo que me decían era ley. Conforme fui creciendo ya no. Ahorita ya no lo

veo así. A lo mejor será porque yo me he formado un criterio y desde esa perspectiva como que sí es necesario marcar la línea entre ellos y yo, si no, mi espacio se puede rebasar. Me refiero a lo que a mí me gusta, lo que yo quiero, eso es parte de aquel libertinaje... Llega un momento en que si antes te reprendían por algo, ya a esta edad ya no permitirías que tan fácil te levanten la voz. “No hagas esto” “¿Por qué no?” Ya no te vas con la finta de “Tú mandas” “¿Por qué mandas tú?” Incluso empiezas a cuestionarte un montón de cosas conforme vas creciendo... No sé qué tanto tenga qué ver con llevar la contraria. Por eso es que acentúo mucho cuando hablo de rebeldía (Juan).

Bueno, a veces es por las formas de pensar... luego hay cosas que hacen pero en realidad no tienen como mucho sentido, bueno ya al menos para mí y yo trato de explicarles cómo son las cosas y luego ahí como que chocan con esas cosas, se desesperan y ya luego pues... de ahí se arma toda una discusión (Samy).

Al parecer, la mayor parte de las categorías que hasta aquí he mencionado se halla en un vaivén del péndulo social entre atribuir las o no a los jóvenes. Esto ha sido también descrito por Lutte (1991) y Nauhardt (1997) más de una década después continúa vigente:

¿Qué piensan de mí? Que soy muy flojo pero que soy muy responsable porque la otra vez me fui a tomar y tenía que trabajar el sábado y la verdad, no me da cruda, sino me da una flojera... Pero pues tengo que ir a trabajar, necesito el dinero y tengo que ir a trabajar. Me metí a bañar aunque llegué tarde, regresando en la noche me dice mi papá “Te hayas ido a divertir. Hayas dormido nada más dos horas, que te hayas levantado, te hayas preparado y te hayas ido a trabajar, eso se llama responsabilidad” (Arturo).

Quizá por esta razón Arturo califica las relaciones jóvenes-adultos como raras e inestables pues se hallan inmersas en ese péndulo social que los coloca en el no lugar entre los polos atribución-no atribución de cualidades y derechos (en el siguiente capítulo se desarrolla esta idea).

... es muy rara la relación entre un adulto y un chavo de 20... no hay una estabilidad fija, no hay un balance (Arturo).

ASPECTOS DISTINTIVOS DE LOS NIÑOS Y SU TRATO CON ELLOS

Tal parece que las relaciones de poder son ineludibles. Como se ha visto, pues los mismos que subrayan la subordinación y vulnerabilidad de su condición psicosocial, son quienes ejercen prácticas similares con los niños, las mujeres y sus propios pares (si se dejan). Desde luego, este comportamiento bien puede leerse como parte de un proceso de identificación genérica, masculina, en este caso. Los hombres jóvenes marcan su diferencia constantemente con los niños y las mujeres, debido, quizá, a que ambos grupos poblacionales comparten atribuciones valoradas negativamente (e.g., pasividad, subordinación, ser demandantes de afecto, entre otras).

Yo sí convivo con los niños... eso sí, pero... no se puede convivir a lo mejor, dependiendo cómo sean. Si son unos niños bien hiperactivos, aguantarlos un buen rato... no. Pero siempre trato de jugar con ellos... Sí, de jugar con ellos, ser cariñoso, afectuoso... Son primos, sobrinos... trato de aguantarlos, pero sí, sí me gustan los niños (Alejandro).

Bueno, la niña de mi hermana es muy, muy, muy extremadamente traviesa pero demasiado, demasiado, demasiado y yo le tengo mucha paciencia [...] Trato de explicarle a la niña las cosas, ¿no?, para que entienda que no debe hacer ciertas cosas, además tengo que regañarla. [...] Y con la hija de mi hermano, con ella no tengo ningún problema es muy tranquila y es muy inteligente también.

[El tiempo que pasa con ellas] Pues depende, puede ser una hora, dos horas, igual las llevo al parque y ahí me quedo un rato (Samy).

El puente principal para la socialización entre niños y jóvenes es el juego. Curiosamente, a la vez que éste es una cualidad y, a veces, la única virtud reconocida en los niños, se utiliza como canal para

comunicarse con ellos, probablemente porque no hace mucho que se dejó esa etapa.

...jugar, porque antes me encantaba jugar... Voy dejando esa etapa atrás. Si yo veo a los niños que están jugando, sí se extraña un poco, porque tú estás grande... bueno no es tanto porque seas grande sino que ya andas ocupado en otras cosas que por ejemplo en las chicas, en el internet, en el chat, que en el teléfono. Ya no te divierte tanto jugar (Arturo).

Yo veo una relación cercana. Un hombre joven como, de alguna manera sigue el juego del niño, como que puede haber una identificación muy buena en el juego del niño. Yo supe de un enfermero que atendía un área de pediatría y era con el que los niños aceptaban los tratamientos, se dejaban inyectar, por el trato que tenía, entonces, yo creo que entre el hombre joven y el niño puede haber una relación muy cercana y puede haber momentos... en que pueden entenderse, llevar momentos agradables, bien. Esto en mi círculo chiquito muy cerrado, yo lo he visto, es común. Sobre todo se dan relaciones mucho de juego entre el hombre el joven y el niño, a diferencia de la mujer joven y el niño, donde yo he visto una relación más de cuidado. El hombre joven le permite más acción al niño (Beto).

A mí con los niños me sucede que... puedo tolerarlos, incluso platicar. Pero obviamente de cosas como caricaturas o la escuela o su amiguito tal... pero me fastidio un poco, llega un momento en que ya no tolero. Ya no me gusta que me estén atosigando. Me empiezo a aburrir, a enojar... Aunque entiendo que son niños y tienen inquietudes y... son niños (Juan).

La niñez figura también como un periodo que se añora y que está idealizado como una etapa donde no existen las responsabilidades, ni las tristezas, donde todo es felicidad.

... la alegría de ser niños y que no te preocupa nada en ese momento, y más a su edad que a ella lo que le preocupa es que le cambien el pañal... (Carlos).

ASPECTOS DISTINTIVOS DE LOS ANCIANOS Y SU TRATO CON ELLOS

Respecto a los adultos mayores o ancianos, se tiene una visión estereotipada como personas débiles y necias, que corresponde con aspectos de la modernidad relativos a la producción/consumo como indicador de la valía de la gente. Son descritos como seres dependientes a quienes hay que tolerar, puesto que son necios y no entienden las cosas que los jóvenes les llegan a decir. Nótese que, por lo general, esta imagen de los adultos mayores como un elemento indeseable en la propia existencia tampoco figura en el plan de vida, pues el horizonte es la hombría/adultez.

... para mí los ancianos incluso se convierten en niños. Me pasa como con los niños. Puedo estar con mi abuela y de pronto como que me aburre, es como tenso.

En lo que yo he visto no [La convivencia hombre joven-adulto mayor]. Sí se da, pero no en la mayoría. De preferencia, mientras menos puedan estar con un anciano, mejor (Juan).

En cuanto al respeto, comentan que la edad de una persona adulta es proporcional al respeto y aprecio que se le debe. Desde luego, esto tiene que ver con valores que se inculcan mediante la educación. Ese ideal de respeto hacia los adultos mayores está en el discurso, pero reportan que éste no se cumple actualmente; más aún, se tiene la idea de que se debe guardar ese respeto por motivo de la edad y no tanto en referencia a la condición de persona, de humano.

Depende, ¿no?, yo creo que... en un principio siempre es de respeto, lo primero sí se respeta... por ejemplo un señor de edad... obviamente más grande, con mayor razón, es como de respeto, como pues que éste ya debe tener toda la experiencia, todo... ese respeto (Homero).

Más bien pareciera que se habla de un respeto en el sentido de “no intrusión” y de no malificencia.

... yo lo respeto, ¿no?... pero hay chavos que no... o sea ven a una señora que está cansada de caminar, se sube al camión... se hacen los que “No la veo; no la veo” ¡Por favor!, ¿no? Su cuerpo no resiste lo que un joven resiste, entonces sí, algunos chavos sí son agresivos conmigo, tengo amigos que son este... bueno no son mis amigos, son conocidos [...] son así... y digo “¡No manches! Es un ser vivo y también siente” (Arturo).

Hay una imagen de hombre adulto mayor asociada con la afectividad, con la expresión de las emociones, feminizada. Nuevamente, estas atribuciones feminizadoras de las prácticas aparecen en la frontera de la identidad de los hombres jóvenes (las mujeres, los niños y los ancianos). Se trata de identificarse, adquirir el género mediante el rechazo, el alejamiento de la feminización con estrategias que van desde evitar la convivencia hasta hacer las veces de proveedor con estos grupos etarios.

En el trabajo sí hay un ingeniero que tiene como 50 o 60 años, es como una parte paternalista, porque él está al pendiente de todo, porque él tiene toda la experiencia del mundo, y es así como cariñoso el asunto, como si él fuera el abuelito. [...] mi abuelita era más estricta, pero igual nos quería mucho. Mi abuelito, el papá de mi papá, siempre muy consentidor nos quería mucho y nos regalaba cosas, mi abuelita era más estricta, hay que decir que con ella vivíamos en el mismo lugar y con mi abuelito no, él vivía en otra parte, entonces sí lo veíamos mucho... Sí era muy cariñoso y todo (Carlos).

... como nieto decían que era el consentido, porque siempre me gustó ayudar, no es porque ahorita no tenga, pero como que ya es otra situación, y antes tenía... yo, soltero. Y a los tíos les decía “Pues préstame”, y a mis abuelitos pues les daba. Como yo salía de trabajar y pues pasabas al súper y compraba que los jugos, el pan y pasaba y se los llevaba a mis abuelos o les daba efectivo, entonces no por eso, no por darles yo por eso era el nieto consentido, sino ahora sí que por cariño... (Homero).

De ahí que no frecuentar ancianos y pasar con ellos muy poco tiempo sean prácticas comunes entre los hombres jóvenes. Cuando hay

algún trato con los adultos mayores, se tiene debido a un imperativo derivado de los lazos familiares (*e.g.*, abuelos) más que de una voluntad de convivencia, en tanto que ellos figuran en el protocolo de los eventos familiares. Cabe señalar que los hombres ancianos son también excluidos del modelo hegemónico de masculinidad (lo cual los acerca a los hombres jóvenes) pero estereotipados como inútiles y latosos (no productivos y demandantes, en el discurso actual), situación que contrasta con los atributos de la juventud.

ESTILOS DE VIDA DE LOS JÓVENES Y DE LAS PERSONAS CON QUIENES COHABITAN

Los hombres jóvenes (en la ciudad) tienen una vida acelerada que no favorece la convivencia con su familia. Quizá de aquí derive, en algunos casos, la preferencia por relacionarse con sus compañeros de escuela o trabajo y no tanto con otras personas. A su vez, la concurrencia a fiestas y las prácticas sexuales frecuentes aparecen también como rasgos denotativos de este sector.

... algunos trabajan, otros estudian y trabajan, otros solamente estudian... siempre hay como que ese gusto por... la fiesta... vamos a encontrar... la conquista. El hombre joven está expresando su sexualidad... desde socialmente, en los roles, biológicamente... todavía la constitución que tiene biológica y eso unido a la parte social y lo que ha tenido de entrenamiento a lo largo de la niñez y hasta la etapa que queramos llamarle joven pues va a estar influyendo, eh... La actividad sexual yo puedo, podría hablar que hay una... una expresión de actividad sexual con cierta regularidad o... digamos que a lo más que se le permite o que pueda encontrar los espacios donde pueda ejercerla... (Beto).

Como yo era una persona de que si no tenía un compromiso o a dónde salir, pues me iba a la casa de los tíos y allí me la pasaba. Allí comía luego... entonces como que sí les pegó algo a ellos porque todavía no voy... y ya la frecuencia es rara... ahora ya ni en fiestas... (Moi).

Por otra parte, si bien es constante la presencia del consumo de alcohol en los estilos de vida de los jóvenes (sobre todo en sus reuniones), otras drogas también lo están tanto o más que las bebidas etílicas: tabaco, marihuana, coca, piedra e inhalantes. Cabe señalar que los entrevistados se reportan no adictos, ni consumidores asiduos a estas últimas pero sí al alcohol y eventualmente fuman tabaco. En este sentido, destaca la idea de controlar las drogas, de no hacerse adicto, lo cual vuelve a remitirnos al asunto del control de las emociones señalado como elemento constitutivo de la masculinidad por varios autores (Burin, 1993; Burin y Meler, 2006; Corsi, 1995; Bonino, 1995; Seidler, 2006c, entre otros).

Hasta ahorita que me estás haciendo la pregunta, creo que todos los que estamos en el grupo tomamos y, este... El tabaquismo pues sí hay y... drogas no, sólo alguno que otro comentario aislado (Toño).

Pues, siempre hay, hay algo, siempre... yo creo que el hombre por necesidad, y me refiero al hombre en género masculino es dado mucho al pretexto de “Desestresarme y me echo una cerveza” y “Me relaja” y todo. Siento que es puro... puro pretexto para echarse un alcohol y en todos los trabajos que he estado eso está presente. De alguna u otra forma está presente, a lo mejor por la carga de trabajo o lo que sea... (Homero).

Por lo regular tengo muchos amigos que piensan en probarla, probar la marihuana para ver si les gusta y ya no es de vez en cuando, ya diario y llega un momento en que ya no les hace nada, y como no trabajan, les gusta estar así en la eriza, pues empiezan con las monas y se siguen. Tengo un montón de amigos que son drogos, se ven todos demacrados, golpeados y por cuestiones de droga se pelean. Y yo lo veo mal, yo soy de las personas de que si quieres probar, prueba, pero hay que tener el coraje y el valor de decir “Bueno, lo voy a probar, pero no me voy a clavar” digo, no hay que ser tonto; también hay que saberlo hacer. Digo, yo lo he probado, pero eso no quiere decir que ya me quede allí y no me siento tan mal, pero simplemente he probado la marihuana, no lo demás. He visto tantas cosas, tantos chavos de cómo roban, no tanto en la calle sino hasta en sus casas por la piedra...y también chavas que hasta entregan su cuerpo para que tengan droga (Gerardo).

Aun cuando existen muy diversos estilos de vida, entre los que se encuentran los relacionados con las actividades propias de las tribus juveniles (como los mencionados por autores como Nateras, 2002; Feixa, 1998; Reguillo, 1993), si los hombres jóvenes no pertenecen a éstas ni a grupos delictivos, se puede decir que, basados en su actividad principal, hay tres grandes grupos de estilos de vida: los que solamente estudian o trabajan, quienes hacen ambas cosas, y los que, además, están casados. Cabe señalar que aquellos que tienen el ocio como actividad principal no figuran entre los participantes de esta investigación.

A pesar de que conozco gente joven que viven solos, son autónomos... Como que la gente joven es muy libertina, no miden consecuencias, son como torpes o actúan de un modo muy tonto. Hacen cosas tontas... no siempre ven las cosas como son pero hay gente que... Beben alcohol, se drogan, conducen, tiene sexo, pueden, no sé embarazar a la novia, la amiga, la amante o lo que sea y eso pasa desapercibido y es parte de la vida del joven (Juan).

...los que conozco, la mayoría hay algunos que nada más estudian o andan echando la hueva. U otros nada más estudian, otros de plano se dedican al trabajo... (Gerardo).

Por último, en general, las personas con quienes cohabitan son, básicamente, miembros de su familia de origen o su pareja e hijos. Esto es importante porque, como se ha visto, a excepción de los casados, todos comparten el hecho de aún estar en las casas familiares, en otras palabras, de no estar independizados totalmente. En este sentido, quienes realizan ambas actividades conviven cosa de minutos con sus familias.

RELACIONES SOCIALES

A pesar de que los hombres jóvenes viven con sus familias, las personas con quienes suelen trabar amistad (y pasan el mayor tiempo)

son sus compañeros de trabajo o escuela, como ya se ha dicho. La relación con los pares obedece a circunstancias de vida similares dadas por el horario de trabajo o estudio, en tanto que el tiempo dedicado a la familia (de origen o nueva) es relativamente poco.

De este modo, van construyendo una red social en la que dichas relaciones están marcadas por la camaradería que una vez compartieron en tanto empleados del mismo jefe o compañeros de escuela, con la consecuente solidaridad que pueden expresarse con el paso de los años, *v.g.*, consiguiéndose trabajo, por mencionar algo.

... en mi caso, si yo salgo de trabajar a las 7:00, pues a lo mejor nos vamos a echar unas copas y llego a mi casa a las 11:00, esa ya es hora de mi sueño porque yo ya debí de estar dormido desde las 9:00, por ahí y al otro día de todas maneras me paro a la misma hora, ¿no?, entonces a lo mejor se me retrasa un poco el sueño... (Homero).

... uno de mis compañeros, bueno, mi amigo ahora sí, de allá de la escuela, trabajaba en laboratorios. Entonces en ese momento, ya cuando se estaba terminando el trabajo acá, entonces ya me empezó a decir mi tío “Oye, ¿sabes qué? Ya se está acabando, si quieres buscarte, busca. Si no, yo veo cómo te sostengo, cómo te acomodo”. En ese mismo día que él me dijo eso, él me dijo en la mañana, en la tarde me habla mi compañero y me dice “Oye, hay trabajo aquí. ¿Te quieres venir a trabajar?” (Alejandro).

OCUPACIONES

Esta categoría incluye las principales actividades remuneradas que realizan los entrevistados. Se encontraron dos tipos básicos de estas actividades: los “trabajitos” y los trabajos formales o “grandes”. Los primeros son empleos generalmente eventuales, “de moda”, de bajo sueldo, sin prestaciones y sin oportunidades de desarrollo profesional, más allá de ocupar en la jerarquía el puesto inmediato al que se tenga. El segundo tipo, los “grandes” son aquellos de tipo formal, con contrato, prestaciones y una jornada de ocho o más horas.

...creo que muchos se dedican al comercio, mercadotecnia o a algo relacionado con los deportes que están de moda “cuida tú cuerpo y vete bien”, “vende tu cuerpo que es la imagen” (David).

... ya con ellos llevo un año, pero antes trabajaba en un Oxxo [...] antes trabajé en una imprenta... nada más trabajé en las noches... y trabajos así... grandes, pues no han sido (Arturo).

... trabajar en tiendas comerciales vendiendo [...] mensajeros, algo así (Samy).

Claro está que las condiciones laborales son adversas para los jóvenes (y la población en general), esto lleva a que se empleen no donde quisieran, sino donde han podido encontrar algo. En consecuencia, obtienen trabajos operativos y de bajo sueldo, generalmente.

[A los hombres jóvenes actuales] de hecho se les va a hacer más complicado por que cada vez se va cerrando más todo, las oportunidades de trabajo (Alejandro).

Pues, sí he estado en varios lugares, varias empresas, este, siento que un... por lo menos en las empresas en las que yo he estado, un 70% es mano de obra, es gente que nada más terminó la prepa... ingresó incluso a la universidad y quedó trunco, ¿no?, o sea en un tercer semestre... tienen conocimientos muy buenos (Homero).

Estoy trunco en sistemas computacionales. Llevo el 72% de mi carrera en la Unitec. Por razones económicas, no he podido terminarla. Entonces... trabajé mucho tiempo con mi papá. [...] Yo estaba allí y de todo le hacía, era como su mano derecha [...] Piden mucha gente joven para trabajar pero lo malo es que piden mucha gente con experiencia y, vaya, la experiencia se adquiere a través del trabajo, no nos lo dan en la escuela (Toño).

... muchos de ellos están en proyectos, son proyectos en donde el que hacer es en el escritorio, la computadora, el proyecto, los cálculos y todo eso, a lo mejor eso sí está un poquito más enfocado a la escuela, pero sí, en el ámbito en el que yo estoy, me mandaron como residente de obra, aprendía cosas como residente de obra que es muy diferente [él es ingeniero eléctrico] ¿no? (Carlos).

PASATIEMPOS

Hasta este punto puede decirse que los pasatiempos de los hombres jóvenes incluyen las reuniones y fiestas (con consumo de alcohol y tabaco); la asistencia a conciertos, partidos de fútbol, antros; el deporte (fútbol) de fin de semana y, en general, estar con los amigos y la pareja. Claro está que esto ocurre con quienes tienen tiempo libre.

... no podía salir, hasta ahorita que la traspasé [una tienda de abarrotes], entonces ya en mis ratos libres lo que hago pues es... ahora sí que dependiendo, lo que salga, si me sale una fiesta, pues fiesta, si a lo mejor tengo ganas de echarme unos tragos con mi papá, con mis hermanos, con mis primos y con la familia, pues lo hago y ya; y si no, pues me pongo a ver televisión o me pongo a jugar un rato (Homero).

En mis ratos libres pues... alguna vez llego a ir al antro, me reúno con amigos, me gusta salir a tomar el café, tengo una vida sexual activa, me gusta estar con mi familia también, prácticamente es en lo que distribuyo mi tiempo, en la escuela, próximamente en el trabajo, mis amigos, mi casa... (Beto).

Entre tantas cosas, pues... no sé... en mi experiencia... juegan fútbol, van a fiestas, tienen carros, cosas que se relacionan con ser hombre... Conozco gente que se dedica sólo a la calle... seguro la encuentras en la esquina... (Benito).

El deporte. Tiene mucha importancia porque casi en todos lados hay equipos de fútbol de hombres y muy contados de mujeres (Toño).

Por otra parte, el consumo de drogas (excluyendo el alcohol y tabaco) es mencionado como un pasatiempo. Esto, quizá, porque no es una actividad productiva y sí requiere, en cambio, la inversión de tiempo y dinero para su ejecución.

... creo que con el hecho de decir que son jóvenes tienen la idea de que van a serlo eternamente. Y pues hay gente que se da el lujo de "Ni soy productivo, ni trabajo, bueno, sí me drogo. Robo por aquí dinero, robo por acá..."

Y despiertan en una realidad donde ya tienen más de veintitantos años, dos, tres hijos y... bueno, generan un problema social (Benito).

... como no trabajan, les gusta estar así en la eriza, pues empiezan con las monas y se siguen. Tengo un montón de amigos que son drogos, se ven todos demacrados, golpeados y por cuestiones de droga se pelean... (Gerardo).

Por último, quiero destacar que la participación en algún tipo de actividad musical es característico de las prácticas juveniles mencionadas por los entrevistados; ya sea que toquen o canten eventualmente en alguna agrupación o simplemente sean aficionados a cierto género (rock, rock pop) o artista, la música es parte de la vida de los hombres jóvenes.

Y tengo unos amigos ahí por mi casa, no sé, son como seis cuates y tenemos un sonido, entonces hacemos revens... (Gerardo).

... con éste grupo [musical] tengo como un año apenas (Samy).

A lo mejor conciertos... El género que a mí me agrada, por ejemplo, es el rock pop. Ves mucho más gente hombres que mujeres en ese tipo de conciertos (Toño).

SÍNTESIS DE LOS HALLAZGOS

Hasta este momento, han sido expuestas, en palabras de los entrevistados, los elementos que destacan tanto en las prácticas como en los significados en torno a su experiencia como hombres jóvenes. Resaltan, al menos, dos aspectos; uno tiene que ver con la delimitación de la juventud en términos de edad, deterioro físico y asunción de responsabilidades. El segundo es la presentación de un discurso de la equidad de género mientras que en sus prácticas son frecuentes las asociadas con el modelo hegemónico de la masculinidad. A continuación se muestra, en el cuadro 4, la síntesis de los hallazgos descritos en este capítulo.

Cuadro 4. Síntesis de los hallazgos (por categoría)

<p>1. Fronteras y características de la juventud</p>	<p>La edad como limitante (desde la mayoría de edad hasta los 30). El deterioro físico marca el término de la juventud. La asunción de responsabilidades (entre ellas el trabajo, tener hijos y el matrimonio). La disminución del tiempo disponible para dedicarse a intereses personales (pasatiempos y actividades de socialización).</p>
<p>2. Modelos de hombres y mujeres (hegemónicos o diversos)</p>	<p>Referencia constante al modelo hegemónico de masculinidad y su contraparte femenina (aun cuando en el discurso se haga énfasis en la equidad).</p>
<p>3. Características de contraste con las mujeres</p>	<p>Las diferencias de género están dadas por su origen biológico. El trato incluye una caballerosidad imperiosa. A diferencia de ellas, ellos son tratados con más privilegios (llegar más tarde, emborracharse, tener varias parejas sexuales).</p>
<p>4. Aspectos distintivos de los adultos y su trato con ellos</p>	<p>Las concepciones de joven y adulto son antagónicas. Visión subordinada de los jóvenes ante los adultos. La juventud implica estar en proceso de ser adulto mediante la adquisición de limitaciones. Las relaciones entre jóvenes y adultos son inestables, raras.</p>
<p>5. Aspectos distintivos de los niños y su trato con ellos</p>	<p>Hay una marcación constante de las diferencias con ellos. Asumen el papel de educadores y cuidadores de los niños. El puente para la interacción es el juego. La niñez figura idealizada y añorada como una etapa feliz.</p>
<p>6. Aspectos distintivos de los ancianos y su trato con ellos</p>	<p>Visión de ellos como personas débiles y necias. La ancianidad figura como un elemento indeseable en la vida. La distancia entre ellos se marca a través del respeto y la poca convivencia.</p>
<p>7. Estilos de vida de los jóvenes y personas con quienes cohabitan</p>	<p>Ser joven implica vivir con la familia de origen, pero convivir poco con ella. La vida sexual activa es una característica destacada. Son frecuentes las reuniones y fiestas, donde el consumo de alcohol es inherente. Son tres grandes estilos de vida: los que sólo estudian o trabajan, los que hacen ambas cosas y quienes, además, están casados.</p>
<p>8. Relaciones sociales (amistades, compañeros, conocidos)</p>	<p>Las amistades son trabadas con las personas de los ambientes donde pasen más tiempo. La construcción de redes sociales entre hombres jóvenes se basa en la camaradería.</p>
<p>9. Ocupaciones de los hombres jóvenes</p>	<p>Laboralmente viven condiciones adversas: poca oferta, sueldos precarios. Los trabajitos son característicos de los hombres jóvenes cercanos a los 20. Los trabajos formales (tiempo completo) son más frecuentes a mayor edad. A menudo ocupan puestos que no se relacionan con lo que estudiaron.</p>

10. Pasatiempos	Las reuniones y fiestas con consumo de alcohol y tabaco, principalmente. El futbol como actividad de los hombres jóvenes (visto en TV, practicado los fines de semana o asistiendo a partidos). La concurrencia a los antros, bares. El consumo de drogas. La música, el arte en general. Otros deportes.
-----------------	--

Ante los datos que han sido mostrados a lo largo de esta sección, surgen muchas preguntas que podrían obtener respuesta al ser conjugadas con las aportaciones de los estudios de masculinidad y los de juventud. ¿Cómo entender que siendo hombres jóvenes presentan un discurso de respeto a la diversidad mientras sus prácticas se asocian con la vieja usanza que favorece la inequidad de género? ¿Por qué las similitudes en las relaciones de los hombres jóvenes con los adultos y niños? La escuela y el trabajo, elementos aparentemente antagónicos, están presentes en las vidas de los hombres jóvenes, ¿cómo entender esto? Sobre éstas y otras interrogantes se comenta en el siguiente capítulo del libro.

CAPÍTULO 6

EL NO LUGAR DE LOS HOMBRES JÓVENES

*La conversación nos enseña más
que la meditación.*

H.G. Bohn

Salvo algunas excepciones (como el trabajo de Botello, 2008), las investigaciones sobre juventud y masculinidad se han mantenido un tanto separadas sin atender específicamente la condición de hombre joven. Para el estudio de los hombres jóvenes se requiere conjugar los esfuerzos de dichas investigaciones e ir generando conocimiento en torno a ellos.

Como se ha comentado páginas atrás, la perspectiva de este trabajo incluye una visión relacional de las categorías analíticas ocupadas, a saber: hombre-mujer, joven-adulto. En esta visión se asume que en ambos pares una de las dos es central, mientras que la otra funciona como límite, es decir, contiene los elementos “opuestos” o negativos de la central. Desde luego, estas relaciones dan lugar a inequidades y situaciones de opresión entre las personas.

EL NO LUGAR Y EL PÉNDULO SOCIAL

En las entrevistas realizadas para esta investigación se aprecian muchas ideas que en principio pueden ser contradictorias pero que, vistas bajo el planteamiento del péndulo social (Nauhardt, 1997) y su trayectoria (no lugar), son comprendidas con mayor claridad. Al retomar la noción de Augé (2002) sobre los no lugares, recordamos que se trata de espacios de convergencia, de cruces y fronteras donde uno no espera permanecer, sino transitar solamente. El no lugar, a diferencia del lugar tiene propiedades difusas y por ello es fácil de considerarlo a ratos lugar, y a ratos no. Augé describe las relaciones que tenemos los seres humanos con no lugares como los cuartos de hotel, cruces viales, carreteras y los límites estatales. Entre esas características uno puede hallar que las personas vemos los no lugares con transitoriedad, puesto que existen disputas convenencieras entre quién reglamenta y a quién, o a dónde pertenecen los no lugares.

Estar en ese no lugar permite que los jóvenes inventen sus propias estrategias para darse cierta legitimidad mediante espacios y grupos más o menos estables, en los que pueden crear sus propias identidades (e.g.: las tribus urbanas, los grupos o bandas musicales). La vida de los hombres jóvenes bien puede decirse que está en un no lugar (incluso la producción teórica sobre ellos). Su no lugar se halla entre las trayectorias y cruceos del péndulo social (Nauhardt, 1997) que los nombra por la juventud, en un extremo, y el binomio adultez/hombría en el otro (figura 2). La apuesta de este trabajo es que esa trayectoria, ese no lugar sea estudiado bajo el nombre de “hombre joven”.

Figura 2. El péndulo social de los hombres jóvenes

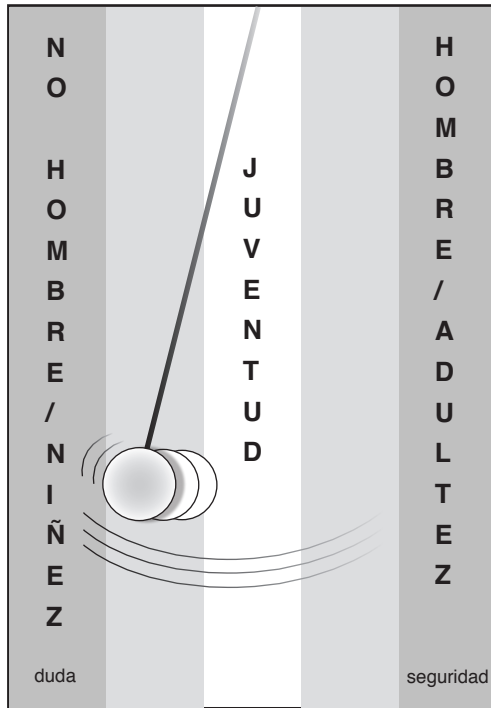


Figura 2. La juventud, en tanto no lugar, es visible sólo si se la contrasta con las atribuciones a la niñez y adultez. En tanto fase de transición, los hombres jóvenes viven los efectos contradictorios del péndulo social.

Tener la experiencia de estar en esa trayectoria del péndulo social implica, que los jóvenes conviven con los adultos mediante relaciones desiguales, donde los mayores ejercen poder adjudicando de modo arbitrario y contradictorio derechos y obligaciones, así como reconocimiento social. A la vez, los jóvenes descalifican o cuestionan la autoridad de los adultos pero acuden a ellos para que los provean u orienten, por citar un ejemplo.

Los hombres jóvenes, según convenga, son considerados iguales a los hombres adultos, por ejemplo, al demandar que cumplan con

su jornada laboral o penas carcelarias por delinquir; al arbitrio de quien dicte la norma, les niegan derechos argumentando que son inmaduros como para ejercerlos, por ejemplo, ocupar un puesto directivo. En medio de esta “inconsistente” situación, los hombres jóvenes viven una realidad muy cambiante y contradictoria en la que muchos modelos y pautas de comportamiento se encuentran en redefinición, quizá afectan no sólo a este sector poblacional, sino a la sociedad en su conjunto. Lo cierto es que en el péndulo social estamos todos: hombres, mujeres, niños y adultos... todo depende de la edad, clase social, orientación sexual y demás marcadores.

DE LA IDENTIDAD DE LOS HOMBRES JÓVENES Y LAS RELACIONES QUE ESTABLECEN

Mientras tratan de adquirir la identidad de género reproduciendo en sus prácticas los elementos del modelo de hombre que dicta el ideal de la masculinidad hegemónica, los hombres jóvenes transitan inevitablemente hacia ser adultos. En este sentido, la adquisición de responsabilidades, instituirse como proveedores/protectores, así como casarse y tener hijos, son elementos que definen no sólo la adultez sino la condición de hombre, como ya han señalado varios autores (Burin, 1993; Burin y Meler 2004; Corsi, 1995; Bonino, 1995; Seidler, 2006b). Este horizonte dual hombre/adulto refuerza las ideas estereotipadas acerca de las relaciones con las mujeres, los niños, los adultos mayores y entre los mismos jóvenes, donde se presenta a los hombres cruzados por el poder. En este orden de ideas, a los niños se les dan indicaciones, a las mujeres las *cuidan* y proveen, mientras que con los adultos establecen peleas por la supremacía, el dominio y el establecimiento de reglas (Juan, Gerardo, Homero, Moi, Arturo).

Así, las diferencias con los otros son establecidas mediante el ejercicio del poder, en muchos casos, mediante la violencia incluso con sus parejas (Corsi, 1995). El uso de ésta como herramienta

efectiva para poder obtener un estatus al que no tienen derecho (por no ser completamente adultos, ni hombres) se expresa también en la identidad de género, en las múltiples prácticas que refuerzan la identidad masculina. Sobre este punto abundan los trabajos de múltiples autores, entre ellos Wittig (1980), Badinter (1993), Mogrovejo (2001), Connel (2000) y Seidler (2000, 2006b), en los que resalta la importancia de demostrar heterosexualidad como parte de la identidad masculina, incluso al grado de utilizar la violencia para convencer a los otros de que el cuestionado *es hombre*. En este sentido opera la presión de los grupos para que los nuevos miembros demuestren su hombría de diversas maneras (Richmond y Levant, 2003) *e.g.* no llorando en público, ni mostrando fragilidad (como quiera que se entienda) incluso cometiendo crímenes y actos violentos, en general. De este modo, la violencia puede ser vista como un recurso (no siempre el último ni el único) de los hombres para construir su identidad. De aquí que muchos hombres violentos no sean conscientes de que lo son, como se ilustra en el trabajo de Ramírez Rodríguez (2005), puesto que han sido educados desde el nacimiento con prácticas cuyo trasfondo implica que la masculinidad, lo mismo que la adultez, tienen por legítimo no sólo el ejercicio del poder, sino el uso de la violencia.

En este sentido, son buen ejemplo las narraciones de Gerardo y Arturo sobre sus peleas con otros hombres para *defender* a sus mujeres. No importa que ellas no hayan dado su autorización, ni el hecho de que no solicitaron ayuda, los hombres tienen el deber de defenderlas, aun cuando reporten finalmente que le dieron al otro *una lección*, en términos de que no se *meta* con ellos. Dicho de otro modo, su supuesta defensa tiene que ver más con mantener la territorialidad y demostrar fuerza, que con favorecer el respeto hacia ellas en tanto seres humanos. Conste que son muchachos que se autodefinen en contra de las peleas y del *machismo*. Con estas acciones, ellos demuestran que no son bebés, ni mujeres ni, mucho menos, homosexuales (entendidos como seres afeminados), tal como señala Badinter (1993). Curiosamente, ninguno de los entrevistados homosexuales se expresó en torno a este asunto.

En cuanto al término de la juventud, los hombres jóvenes son enfáticos en el deterioro físico como el principal marcador y, en segundo plano, la edad arriba de los 30 (e.g. Beto, Benito, Juan). Esto tiene una estrecha relación con los estereotipos de los hombres jóvenes como gente llena de energía en proceso de conocer, de experimentar; en contraste con los adultos vistos como seres estancados en un estilo de vida que no les agrada pero mantienen por confort. Al mismo tiempo que se reconoce que los éstos son fuente de aprendizajes, se da un valor a la juventud por encima de la adultez (e.g. Juan, Arturo, Homero, Toño). Sobre este asunto se promueven estereotipos como el del metrosexual de Simpson (1994) que exigen al hombre adulto parecer joven. El péndulo social (Nauhardt, 1997) se hace visible en ésta, como en otras relaciones que establecen los hombres jóvenes, entre ellas con los niños.

Con los niños el vaivén es, quizá, más claro. Mientras que a ratos se ponen a jugar con ellos, a enseñarles cosas, en otros se desesperan o fastidian y les dicen que se callen o imponen una nueva actividad (Samy, Alejandro, Beto, Juan). El juego como puente de comunicación entre hombres jóvenes y niños sube y baja de acuerdo con la voluntad de los mayores, tal como hacen con ellos los adultos. Esto puede ser visto como un proceso de aprendizaje de la dominación masculina (descrita por Bourdieu, 1998) inherente a la masculinidad hegemónica. El papel de cuidador y educador ayuda a distanciarse de los niños, aunque dichos roles sean parte de lo adulto. Asimismo, que los jóvenes añoren y detesten esa etapa de la vida implica precisamente, el proceso de identificación, el posicionamiento en ese tránsito a la adultez, donde ni se es niño ni adulto.

La diferenciación entre jóvenes y adultos es de suma importancia para quienes se hallan en el inicio de los 20 años. Esto se da mediante la limitación del acceso de los adultos a la vida de los jóvenes (como reportan Juan, Gerardo, Arturo, Carlos). Así, la pertenencia al grupo se ve regulada por ellos mismos mediante la exclusión/inclusión (Tajfel y Turner, 1986) de los adultos en las pocas cosas donde pueden ejercer control: los espacios privados de sus vidas.

En otras palabras, entre hombres jóvenes y adultos se establecen las relaciones haciendo uso del llamado antagonismo funcional (Turner *et al.*, 1987), oponiéndose al otro según se requiera.

La juventud, entonces, está asociada con el ejercicio de pocas responsabilidades en relación con la adultez, misma que es empalmada con el concepto de madurez. Así, el matrimonio, por citar un ejemplo, es visto como poco atractivo para estos hombres jóvenes pues implica asunción de responsabilidades y obligatoriedad (legal) de una sola pareja sexual, por ello bien puede señalarse como un marcador de adultez, como en el caso de Toño, Homero y Alejandro (los únicos casados y con hijos), quienes muchas veces se refieren a cuando *eran* jóvenes o, corrigiéndose, cuando eran *más* jóvenes.

Este antagonismo está presente en el asunto laboral pues, si bien resaltan el trabajo como distintivo de sus vidas (algunos desde muy niños), paradójicamente, señalan que deviene el final de la juventud. El trabajo define las vidas de los hombres jóvenes pero los acerca con la adultez, en tanto implica adquisición de responsabilidades y un estilo de vida diferente, con menos tiempo para el recreo y más ligado con actividades indeseables pero obligadas (Alejandro, Benito, Gerardo, Arturo, Beto). De nuevo se ven las oscilaciones del péndulo: el trabajo es un valor característico de la masculinidad hegemónica (los hombres producen, trabajan) y lo es también de la adultez pero no de la juventud, ni la niñez.

El papel de la escuela en la vida de los hombres jóvenes es similar al del trabajo. De las entrevistas se desprende que, por un lado, se considera propio de la juventud el acudir a la escuela, estar en formación mientras que, a la vez, la institución educativa resulta ser una facilitadora del tránsito a la adultez porque implica la incorporación paulatina de modificaciones al estilo de vida: levantarse en cierto horario, acudir a clases, realizar tareas, por citar algunas. Como dice García H. (2001) la escuela es, finalmente, un preparativo para la vida adulta que incorpora responsabilidades paulatinamente, antesala de la adultez que cada vez se alarga más. De ahí que

los muchachos que han dejado de estudiar para ponerse a trabajar resalten esto último como la actividad que les impide dedicarse al ocio y a la convivencia familiar (Benito, Alejandro, Beto, Homero). Nueva distinción: los hombres trabajan, son independientes, proveen pero los jóvenes estudian y dependen de sus familias.

La interacción de los hombres jóvenes preferentemente con otros de su misma edad es característica de ellos, quizá porque coinciden en un momento existencial, en circunstancias similares. Ya sea que se conozcan en el trabajo, la escuela o la vecindad, la tendencia a agruparse es notoria tanto como lo es la distancia que marcan con los niños y adultos mayores. La convivencia con personas de otras edades está limitada por las ideas negativas sobre niños, adultos y viejos que también entran en el juego del antagonismo funcional, ante las miradas de los hombres jóvenes: destacan que añoran o les agradan ciertas cosas de estas personas, mientras que pueden devaluar eso mismo a conveniencia. Siguiendo esta idea, mientras los ancianos son considerados necios y desesperantes, al rato se dice de ellos que son fuente de enseñanzas debido a su experiencia, por citar un ejemplo. Sin duda, la interacción entre hombres jóvenes con adultos y niños está mediada por mecanismos de inclusión/exclusión y el ejercicio del antagonismo funcional: así éstos pueden ir identificándose ora con los niños, ora con los adultos, en este vaivén del péndulo social que marca su existencia.

DE LA CONDICIÓN DE HOMBRE JOVEN Y LAS PRÁCTICAS ASOCIADAS

En el actual entorno social moderno, el consumo se ha colocado como elemento nodal en la identidad de los individuos (Covarrubias, 2002; Touraine, 2005; Bauman, 2004 y 2005), como el eje articulador de la gran mayoría de las actividades que realizamos (si no es que todas). Visto así, no sólo ser productivo se vuelve

imperioso, sino también consumir. Así las cosas, la imagen de los jóvenes como estudiantes o trabajadores corresponde con la visión establecida por la modernidad, en la que si el sujeto produce y consume es aceptable en la categoría que se inscriba su identificación; no así cuando sus actividades son divergentes.

Llama la atención cómo son los propios jóvenes quienes critican a sus pares que “no hacen nada”, que “se dan el lujo de no trabajar” o de “andar en la eriza” solamente. En efecto, estos hombres jóvenes construyen su identidad a partir del trabajo como dador de estatus (mediante el poder adquisitivo) y, a la vez, como cualidad masculina. De ahí los comentarios que enfrentan en torno al trabajo, pues mientras favorece la identificación en tanto hombre, convierte al joven en adulto. Quizá la condición socioeconómica favorezca la construcción de su identidad con el trabajo como principal articulador.

Como hemos visto, parte de las actividades que configuran los estilos de vida de los hombres jóvenes son acudir a fiestas y estar, de alguna manera, involucrados en la producción musical. En este sentido, el papel de las industrias culturales es definitivo en la vida de ellos, no sólo en tanto hombres, sino como seres humanos. A través de la radio, televisión, revistas e internet, se comercializan productos con contenido simbólico que, al fin, terminan reproduciendo la ideología de quien los concibe (Zallo, 2006) y los hombres jóvenes no escapan a esto.

Los antros (bares, discotecas) como un escenario destacado en la socialización de los muchachos, es parte de los estilos de vida que marcan las industrias culturales para los jóvenes, pues, aun cuando no concurran a dichos lugares frecuentemente, los refieren como espacios *de* los jóvenes. Así, acudir a la exhibición de películas comerciales forma parte de los estilos de vida de los jóvenes, lo que es tan importante como ir a los antros. Más aún, las modas establecidas por las industrias culturales definen muchas de sus decisiones: qué carrera estudiar, dónde trabajar, entre otras. Pese a estar conscientes de ello, pueden terminar cediendo a estos modelos y dejar de lado los deseos anteriores (David).

Aunque el deporte se menciona como un pasatiempo de los jóvenes, es el fútbol el asociado por antonomasia como actividad *de* hombres. En este sentido, Huerta (1999) señala que es en el deporte donde se reproducen estructuras y prácticas sociales, en este caso, de los hombres que participan en él y se ciñan a sus reglas. Aunque los entrevistados no abundaron mucho en este punto, lo cierto es que sigue siendo un espacio donde las mujeres no tienen cabida legítima, puesto que ven con asombro la aparición de campeonatos de fútbol *de mujeres* (Benito).

Las prácticas de los hombres jóvenes están tamizadas por el consumo de los productos promovidos por las industrias culturales como inherentes a los jóvenes (y a los hombres). La *venta de identidad* está a la orden: vestido, calzado, revistas, deporte, cine, música, escuelas y profesiones son algunos rubros que aglutinan millares de productos *para* jóvenes. Como muchos otros aspectos de la experiencia humana, las masculinidades e identidades juveniles se ven marcadas por las ideologías, modelos y estereotipos transmitidos por las industrias culturales: todos centrados en el consumo, ya de música, de ropa o de cosas *de* hombres (el fútbol, las *chelas*, el rock).

Quizás el origen de las tribus y culturas juveniles –que han sido descritos en trabajos como los de Reguillo (1993), Nateras (2002a), Feixa (1998), Ramos *et al.* (2002)– tenga que ver con aquellos jóvenes que han tratado de escapar de esta intrincada red de modelos contradictorios (pero orientados al consumo) mediante el establecimiento de sus propios grupos, ideologías, artes y estilos de vida. Al respecto cabe reflexionar hasta dónde las culturas juveniles rebeldes en su discurso también pueden ser parte de las industrias culturales (Heat y Potter, 2005; Zallo, 2006) cuando existen fabricantes y vendedores especializados en artículos para *darketos*, *emos* y *punketos*, por mencionar algunos.

Mención aparte merece el consumo de drogas que siempre señalaron los entrevistados. El alcohol está presente en todas las reuniones, fiestas y antros que configuran los estilos de

vida de los hombres jóvenes. No solamente entre pares (Benito, Beto, Homero, Alejandro, Arturo), sino que hay quienes se reúnen con sus padres a tomar unas copas y charlar como práctica cotidiana (Toño, Juan). Por otra parte, el tabaco y la marihuana figuraron, respectivamente, como la segunda y tercera droga de mayor presencia entre ellos, lo que coincide con los resultados de la Encuesta de Consumo de Drogas en Estudiantes para la Ciudad de México (Villatoro *et al.*, 2007), es decir, se comprueba que las sustancias de iniciación en esta ciudad son alcohol, tabaco y marihuana, en ese orden. Otras drogas como la cocaína y la *pedra* fueron mencionadas pero no forman parte del estilo de vida de los entrevistados.

En general, los hombres jóvenes se acercan al consumo de drogas por dos vías, según sean o no legales: la familiar (el alcohol y el tabaco) y la amistosa (la marihuana y las *tachas*). En el caso de la iniciación en el consumo, suelen ser desafíos entre pares los que le dan origen, aduciendo ser “mariquita” si no lo hacen. Ya se mencionó que Richmond y Levant (2003) y otros autores, señalan que desde muy pequeños los hombres se dedican a ofrecer demostraciones constantes de su masculinidad y la juventud no es la excepción, como ha quedado ilustrado. Dichas pruebas se ofrecen como parte de una constante identificación con los ideales de hombre pero también de adulto, incluso ellos mismos señalan, hay que saber *controlar* el consumo de las drogas, con lo que aluden a la noción de madurez que está asociada con la condición de adulto y de hombre.

A su vez, este asunto del control es una demostración de masculinidad en tanto que se ejerce el poder sobre una emoción o necesidad de, en este caso, consumir la droga. Autores como Badinter (1993) y Seidler (2006c), han dicho que es, precisamente, el *control* de las emociones uno de los principales causantes de los conflictos identitarios de los hombres y, por tanto, del sufrimiento que muchos viven silenciosamente (recordemos, no hay que mostrar fragilidad). ¿En qué medida demostrar (o decir, al menos) que se controla el consumo de una droga implica probar su condición de

hombres? Cabe señalar que en el caso de la sexualidad el asunto del control no aplica pues, al contrario, es bien visto el incremento del número de parejas sexuales.

Lo mismo sucede con la *protección* que ejercen sobre las mujeres con quienes tienen alguna afinidad. La defensa de supuestos o reales ataques tiene detrás un significado de sí mismos por encima de las mujeres, siendo ellas las débiles, necesitadas de cobijo, mientras que ellos se erigen como fuertes y asumen como un deber salir en su defensa, aun cuando éstas no lo soliciten. Incluso si se trata de muchachos que no acostumbran las riñas a golpes (como sucede con Gerardo y Arturo) suelen verse involucrados en situaciones de ese tipo debido a una supuesta protección ejercida hacia las mujeres. En este sentido, cabe destacar que los hombres jóvenes reprueban las prácticas violentas (físicas) hacia las mujeres a tal grado que nunca se han atrevido a golpear a ninguna, ¿por ser tan débiles o porque eso los identificaría con ellas, con la consecuente denigración implicada?, ¿o es porque no “abusan” de los “débiles” y sólo se “meten” con los de su “tamaño”?

Un aspecto que llama fuertemente la atención en el discurso de los entrevistados es la ausencia de satisfacción, apasionamiento al referirse a sus vidas. Si bien no estamos afirmando que estén tristes, lo cierto es que no hubo evidencias susceptibles de ser interpretadas como elementos de satisfacción y felicidad. Con este hallazgo uno puede preguntarse ¿llegarán los beneficios de seguir las normas del sistema, esa alegría y diversión prometidas a cambio de estar en lo aceptable?

En síntesis, según la interpretación de los hallazgos que se reportan, los hombres jóvenes: viven en un no lugar, en tanto que muchas de sus prácticas (como hombres y como jóvenes) son consideradas, a veces adultas, a veces infantiles, en ocasiones masculinas, en otras, femeninas; y su horizonte es el binomio masculinidad/adulthood. Se viven en constante oposición con los adultos mayores y con los niños, quienes fungen, al igual que las mujeres, como categorías límite mientras ellos son la central. Por último, la masculinidad/

adulterez es vista como horizonte deseable en tanto los beneficios que conlleva (independencia económica, sobre todo) pero poco atractiva al considerar las obligaciones que le atribuyen (manutención de hijos, cumplimiento de responsabilidades laborales, entre otros).

CAPÍTULO 7
LA VIDA DE LOS HOMBRES JÓVENES,
LLENA DE PARADOJAS. CONSIDERACIONES FINALES

*Mal se educa a un hombre
cuando se le enseña a apreciar más
a los que piensan como él
que a los que piensan lo contrario.*

Nietzsche

¿A qué otros efectos pueden dar lugar las oscilaciones del péndulo social si no a las paradojas? Hasta este punto han sido descritas algunas de las situaciones que tienen lugar en la cotidianidad de los hombres jóvenes, y que tienen por común denominador su carácter paradójico revelado en el trato oscilatorio hacia y desde ellos.

El trabajo o el estudio, responsable/irresponsable, ser violento o pacífico, respetable o no, generar dinero para mantenerse a sí mismos, hijos y esposa, son algunos de los ejemplos que hemos venido conociendo párrafos atrás. Destacan las prácticas propias de la masculinidad hegemónica asociadas con la adultez y la diferenciación entre hombres jóvenes con adultos mayores, niños y mujeres. No obstante, éstas se presentan de modo oscilatorio y con temporalidades diversas. Dichas oscilaciones se inscriben en un escenario

que, no sólo en la Ciudad de México, sino en América Latina, se caracteriza por tener a los jóvenes en medio de nueve tensiones o paradojas:

- 1) tienen más acceso a educación y menos a empleo;
- 2) cuentan con más acceso a información pero menos a poder;
- 3) tienen más expectativas de autonomía pero menos opciones para materializarla, mejores servicios de salud pero menos atendidos en su morbilidad y mortalidad específicas;
- 4) son más dúctiles y móviles, pero al mismo tiempo más afectados por trayectorias migratorias inciertas;
- 5) están más cohesionados hacia adentro, pero con mayor impermeabilidad hacia fuera;
- 6) ser más aptos para el cambio productivo, pero más excluidos de este;
- 7) la juventud ostenta un lugar ambiguo entre receptores de políticas y protagonistas del cambio;
- 8) la expansión del consumo simbólico y la restricción en el consumo material; y
- 9) contrastar autodeterminación y protagonismo, por una parte, y precariedad y desmovilización (CEPL, 2007).

En efecto, nuestros hallazgos coinciden en varios aspectos con las observaciones de la CEPL (2007) pues, en tanto que la sociedad actual ofrece cierta ventajas a los jóvenes (más acceso a la educación, por ejemplo), a la vez los enfrenta con situaciones que impiden su autonomía, empoderamiento y desarrollo en general. Los escenarios paradójicos bien pueden señalarse como característicos de la juventud en esta y otras ciudades de América Latina.

Podríamos agregar una paradoja, a partir de esta investigación: son más abiertos en temas de sexualidad y diversidad sexual pero continúan ocultándose cuando se autodenominan homosexuales, al menos en su discurso durante esta investigación. El “clóset” continúa vigente en la identidad de muchos hombres jóvenes.

EL HORIZONTE MASCULINIDAD/ADULTEZ

Control, protección, proveeduría, fuerza, poder, heterosexualidad; en efecto, despegarse de la masculinidad hegemónica no es cosa fácil. Aunque si bien existen masculinidades que se alejan más o menos de ella, todas comparten algunas características asociadas con la hegemónica (figura 1), evidenciando un empalme entre ésta y el ser hombre.

En otras palabras, la esencia de ser hombre está en una dualidad con la adultez y definida desde el poder, dejando en un lugar de subordinación no sólo a las mujeres sino también a aquellos hombres que no cumplan las exigencias hegemónicas: no exclusivamente heterosexuales, adultos mayores, pobres, discapacitados y niños, desde luego. Sí, como es notorio, quedamos fuera la mayoría de los seres humanos, ¿qué clase de modelo es este? Se trata de un discurso de las mayorías que, como todos, es hueco y aplicable a unas cuantas personas, no obstante, es el hilo conductor de muchas vidas.

Desde ese enfoque, la imagen de los adultos mayores como un elemento indeseable en la propia existencia tampoco figura en el plan de vida, pues se trata de una condición negativa, degradante. Es una categoría límite y, como tal, lejana de la noción de hombre adulto. No hay que olvidar que también está inmersa en el péndulo social de las relaciones de los hombres jóvenes y los demás.

Asimismo, *estar en el cotorreo* (el relajo, como diría Portilla, 1966) como parte de la juventud es bien visto pero siempre y cuando sea un estado transitorio, ya que cuando permanece, deviene en indeseable puesto que contraviene las cualidades asociadas con los hombres adultos y las normas que ellos deben seguir. Así, el cumplimiento de las obligaciones (cosa opuesta al relajo) como el trabajo, la escuela y las derivadas de la relación matrimonial son enaltecidas aun cuando haya reducción del tiempo libre. Existe también, una visión normalizadora de la adultez por parte de los jóvenes: los hombres jóvenes tienen tiempo libre, los adultos no. Por parte del Estado, la juventud se trata como un periodo de espera, que se

utiliza para evadir la atención de los jóvenes como ciudadanos, aprovechando el péndulo social según las políticas económicas en boga.

Por otra parte, el asunto del control emocional (particularmente de la tristeza y el amor) prevalece como un imperativo categórico sobre los hombres jóvenes, aun cuando lo cuestionan y, en ocasiones, lo violan. Hoy día hay quienes *se atreven* a llorar frente a los demás o a besar a otros hombres, pero es visto más como un reto o un desafío a vencer, que como algo plausible, normal u ordinaria en la convivencia, lo que refuerza ideas como ser más fuertes y, por ende, masculinos.

Los hombres jóvenes integrados, esos que han dedicado sus vidas a seguir las pautas preestablecidas no parecen ser felices; al menos no los que fueron entrevistados para este trabajo. No hay elementos que nos permitan pensar cosas como: “¡Ah!, está contento con lo que hace” o “A él le gusta mucho tal o cual aspecto de su vida”. Pareciera como si se hallaran en una carrera hacia el horizonte, en la que no hay meta ni, por tanto, ganadores.

EL USO DE LA CATEGORÍA “HOMBRE JOVEN”

“Hombre joven” es el nombre del no lugar que han ocupado por mucho tiempo los varones en su tránsito a la adultez y hacia la legítima ostentación del calificativo de hombre. Para el análisis psicosocial de esta población, el término en cuestión no sólo nombra el no lugar, sino que permite teorizar y producir conocimiento sobre él y las personas que lo transitan o que permanecen en él. Asimismo, contribuye a ampliar las discusiones sobre los hombres jóvenes y otros conjuntos poblacionales que quizá también se encuentren en algún no lugar (mujeres jóvenes, hombres ancianos). Esta categoría, como cualquier otra, si bien ha de tener aspectos criticables, ha sido de utilidad para alumbrar el problema de la identidad masculina en los entrevistados. Por su condición biconceptual, favorece la perseverancia de consideraciones grupales de aspectos usualmente

atribuidos a los jóvenes y a la masculinidad. Hemos visto a través de ella las oscilaciones del péndulo social en estas dos esferas de la condición humana y señalado algunos aspectos que distinguen la de hombre joven.

Quizá lo más importante que ha sido expuesto con esta categoría es el reconocimiento de un discurso de la equidad de género que ha sido adoptado por los hombres jóvenes pero que aún no se traduce por completo en las prácticas. No importan las condiciones sociodemográficas, ellos se relacionan con las mujeres de manera inequitativa, asumiendo que ellas son inferiores de alguna manera (fuerza física, vulnerabilidad, por ejemplo). Del mismo modo, la demostración de heterosexualidad y el ejercicio de poder sobre otros hombres continúa siendo un aspecto presente en la vida de los hombres jóvenes, su discurso ha cambiado; las prácticas, no mucho.

Si uno es hombre joven suele ser tratado con respeto, sea “de tú” o “de usted”, según el papel que esté desempeñando y hasta la ropa que vista. Así, cuando es un alumno o cliente de alguna tienda seguramente recibirá el primer tratamiento pero, si está vestido formalmente y va a un restaurante será tratado “de usted”, lo mismo si se trata del profesor a cargo de un grupo, aunque haya personas mayores que él. Pero también ellos juegan con las oportunidades del péndulo social pues, mientras estudian y defienden a sus novias, se relacionan con sus padres exigiendo que les provean techo, comida y varios servicios.

Por otra parte, tal parece que en esta sociedad moderna, individualizada, orientada al consumo y la producción, los hombres jóvenes (al igual que los otros sectores de la población) se ven envueltos en marañas de roles contradictorios cuya función es apenas perceptible para quienes estudian el fenómeno y casi invisible para los que carecen de las condiciones y recursos para cuestionarse sus prácticas, su existencia.

Es impresionante la influencia de las industrias culturales en la configuración de identidades a partir del consumo. Como han

señalado los estudiosos en el tema (Covarrubias, 2002; Bauman, 2004, 2005; Touraine 2005; Zallo, 2006) las personas, en tanto individuos, vivimos inmersos en un complejo de relaciones de poder (sea por género, por edad o por otras cuestiones), no sólo en tanto el ejercicio de éste físicamente sino económica y simbólicamente. Esto se expresa en los ideales promovidos en los medios y en los productos culturales, tal como lo han señalado nuestros entrevistados. Desde luego, se trata de una paradoja en tanto que nunca se alcanza el ideal, a menos que uno mismo sea *el* ideal. Así, los hombres jóvenes están en un supuesto tránsito hacia algo que difícilmente llegarán a ser: hombres adultos *de a de veras*. De este modo, proveer a otros lo que necesitan, sólo se antoja factible, por un lado, mediante el consumo que debe hacer el hombre para dotar a sus necesitados de aquello que solicitan (expresa o tácitamente); y, por el otro, a través del ejercicio del poder derivado de esa actividad.

Ahora bien, al ser joven y con hijos, los hombres jóvenes se conciben más a menudo como adultos, alejados de la juventud, en función de las responsabilidades que les atrae su condición de “cabeza de familia”. Empero se piensan jóvenes cuando desean convivir con sus amistades en actividades de sus iguales, como las fiestas, paseos, borracheras y antros. En definitiva, el matrimonio y la paternidad constituyen un fuerte indicador de la llegada a la adultez y al ser hombre; que se vislumbra como antítesis de la juventud.

REPENSAR LAS IDENTIDADES MASCULINAS JUVENILES

Si bien es cierto que en el discurso de los hombres jóvenes se ha incorporado una crítica sobre el ejercicio de la violencia hacia las mujeres y un cuestionamiento del *statu quo* en la percepción que tienen de ellas, las prácticas diferenciadas prevalecen. Conviven con mujeres en los mismos círculos pero las llevan hasta su casa al salir de las fiestas, las defienden de otros aun cuando ellas no lo soliciten, prefieren que no trabajen, les parece que pierden

atractivo si se drogan... ideas todas asociadas con una subordinación, inferioridad y debilidades que la misma Simone de Beauvoir señaló desde inicios del siglo pasado y que, a decir de muchos, ya no son constitutivas de las relaciones entre hombres y mujeres. En tanto categoría límite (y quizá otro no lugar), contienen todo aquello no propio de la masculinidad hegemónica, del ser hombre.

En síntesis, hemos encontrado que las nociones de hombre y joven que tienen los participantes en este estudio se contraponen. Por un lado, la noción de hombre lleva implícitas ideas características de la masculinidad hegemónica aun cuando en el discurso se muestren cambios que manifiestan rechazo o, al menos, cuestionamiento hacia el ejercicio de la violencia física hacia las mujeres; amén de estar empalmada con el concepto de adultez. Por otra parte, desde el punto de vista de los entrevistados, la noción de juventud es opuesta a la de hombre, en tanto que los jóvenes se hallan en el conjunto de subordinados a los hombres adultos donde comparten espacio con mujeres, niños, ancianos y pobres, por citar algunos. En este sentido, el hombre joven deviene un hombre “incompleto”, en formación.

Las relaciones entre hombres jóvenes, en contraste con las establecidas entre ellos con los adultos y niños, muestran camaradería y valores como la lealtad, sobre todo cuando han sido compañeros de trabajo o de escuela. Aunque refieren ejercicio de poder entre sus pares, siempre lo mencionan ejercido contra aquellos considerados enemigos. La presión sobre sus amigos para que consuman drogas nunca es mencionada como un acto violento.

Por otro lado, con los adultos mayores y los niños mantienen distancia, poca comunicación; si han de convivir con ellos es debido a protocolos familiares y sociales. Con los primeros marcan las diferencias restringiendo los espacios de su vida a que tienen acceso, con los segundos a menudo los toman como pupilos. Lo cierto es que con ninguno hay comunicación sincera, abierta. Relaciones inestables, raras, de poder, de malestar, pocas veces satisfactorias y cariñosas son características entre los hombres jóvenes y quienes los rodean.

El término hombre joven permite no sólo conjugar los trabajos de género y de juventud sino mirar bajo otra perspectiva a estas personas, conocerles de otra manera. Como se ha señalado, los hombres jóvenes construyen su identidad entre los vaivenes del péndulo social, con rumbo a alcanzar la condición de adultos a la vez que la de hombres. Mientras se les exige desde niños la adhesión a las normas de lo masculino para demostrar que son hombres, al mismo tiempo, con ello van adquiriendo la identidad adulta.

El mundo académico precisa deconstruir las identidades de los hombres jóvenes con el fin de contribuir a la generación de conocimiento y estrategias encaminadas a la erradicación de prácticas que mantienen las relaciones de dominación: el control de las emociones, proveer y proteger, así como llevar a la nulidad el trato subordinado, inequitativo entre hombres y mujeres. Es necesario mirar distinto este sector de la población para proponer acciones adecuadas y más efectivas en su atención. Los nuevos acercamientos a la juventud (académicos, políticos y gubernamentales) deben desnormalizar su concepción y reconocer a esta población en el marco de la pluralidad: como ciudadanos, con características muy disímiles según su clase social, pertenencia a tribus y culturas urbanas, pueblos indígenas y otras muchas adscripciones.

Finalmente, si se quiere coadyuvar en la transformación de las relaciones humanas (cruzadas por el género, la edad y otras características) se hace necesario labrar caminos que lleven a deconstruir las identidades masculinas juveniles con una reflexión constante sobre los apegos a la masculinidad (hegemónica). ¿Hacia qué horizonte? Hacia un modelo de humanidad plural donde el horizonte de las personas no sea ser hombre ni mujer sino ser humano; un estado de igualdad en la diferencia, donde prive la tolerancia como acto de respeto hacia los demás.

EPÍLOGO

Repensar la masculinidad hegemónica no sólo compete a los varones, implica una transformación en la ideología dominante que determina el papel de las mujeres y de los hombres en la sociedad.

Cada sociedad tiene una forma de simbolizar la diferencia sexual porque forma parte de un conjunto de prácticas, ideas, discursos y estereotipos de género que reglamentan y condicionan las identidades de las personas, otorgándole características distintas a cada sexo. La sociedad fabrica las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres, de lo que es propio a cada sexo. Interpretar el ser mujer u hombre depende del momento histórico y socio-cultural en que se vive. Las personas no llegan al mundo programadas para ser o actuar de una determinada manera, desarrollan capacidades según las condiciones y oportunidades que el medio les ofrezca.

Una vez que ha nacido el nuevo ser, la gente que lo rodea se comporta con éste de acuerdo con el sexo que presente, le asigna un nombre, lo viste de color rosa o azul, le dice qué y cómo jugar, etcétera. Desde muy temprana edad, las madres y los padres de familia se encargan de transmitir e inculcar en sus hijos e hijas los primeros valores, costumbres, tradiciones, creencias, afectos,

modos de ser, pensar y actuar, estas formas de aprendizaje definen un determinado comportamiento, el cual les permitirá aprender: a qué rol pertenecen, cómo son las relaciones de género entre los sexos, y qué actividades son propias para cada uno a partir de su sexo.

La familia y los grupos de amistades son los ámbitos de mayor influencia para la evolución y socialización de los infantes, dado lo anterior, se pretende que los niños adquieran aquellos comportamientos que la sociedad considera más adecuados para su sexo, es decir, las niñas, lo relacionado con el área de la afectividad y los varones los comportamientos que tienen que ver con la independencia y la agresividad.

Fernández, Barbera, *et al.* (1998), explican que el comportamiento diferencial de los padres se debe quizá a la mayor presión social que reciben los varones para adecuar su comportamiento a los roles de género, recibiendo sanciones sociales más fuertes y consistentes en caso de violar las normas basadas en éste. Al respecto mencionan que desde el momento del nacimiento, los adultos muestran una serie de sesgos perceptivos, esto es, que elaboran expectativas basadas sólo en el sexo del bebé; aplicando un reforzamiento diferencial, comportándose de manera diferente con niños que con niñas, y es desde este momento que interiorizan aquellas cualidades que la sociedad espera de ellos.

Autores como Díaz-Guerrero (1986), afirman que cada cultura, al construir el marco de referencia y motor del individuo, parte de una serie de premisas histórico-socioculturales entendidas como las tradiciones respecto a los valores, creencias, pensamientos y acciones, lo cual puede llevar a pensar que la adquisición y desarrollo del género es un proceso multifactorial en el que intervienen el sexo, la edad, la clase social, la maduración e inteligencia, la familia y los grupos de pares, por mencionar algunos. Sobre esto último, cabe destacar que la influencia de los pares puede hacer que el niño asuma modificaciones y reconsideraciones sobre su imagen corporal, su manera de hablar, entre otros; tal como lo señalan los teóricos del conductismo social (Bourhis y Leyens, 1996).

Según Spence (1975), la identidad de género es el componente del autoconcepto que se adquiere más temprano, es el más central y el de mayor capacidad organizativa, debido a la relevancia que concede la sociedad a todo aquello relacionado con el sexo. Siguiendo esta idea, y derivado de las aportaciones de Tajfel y Turner (Bourhis y Leyens, 1996), se ha dicho que la comparación social influirá en la conformación de la identidad social, que es definida por estos autores como la parte del autoconcepto de una persona que se deriva de la percepción de su pertenencia a una categoría social (como es el género), es decir, es el sentido psicológico de concebirse como miembro de un grupo. En otras palabras, se entiende por identidad social la imagen personal derivada de las características extraídas del grupo de pertenencia.

Así, la identidad de género, como proceso de comparación social, se activa y gesta al interaccionar con personas tanto del mismo sexo como del sexo contrario; además de depender de las características del contexto en el que se desarrolla. Las identidades de género perturban gravemente pero se defienden y cuestionan sin cesar. En concordancia con lo que señaló Díaz-Guerrero (1986), Weeks (1998) declara que las identidades de género no son hechos dictados por la naturaleza sino fenómenos de índole cultural, histórica y política; y que dichos modelos tienen límites muy rígidos, pese a que están en un proceso de cambio constante. Dicho posicionamiento, implica observar con detenimiento cómo a lo largo de la historia se han constituido identidades determinantes para las personas, según el contexto sociohistórico, que han postulado a la masculinidad como el conjunto de prácticas sociales (culturales, políticas, económicas, entre otras) mediante las cuales los hombres son configurados genéricamente. Desde una postura profeminista, se busca visibilizar una multiplicidad de masculinidades considerando, a su vez, contextos y realidades diversas, en las que intervienen factores como las culturas, clases, etnias, las sexualidades, lenguas, modalidades y niveles escolares, laborales, entre muchos otros. Corsi (1995) plantea que el centro

de la masculinidad dominante es la restricción emocional de sentimientos y emociones puesto que en el hombre son signos de femineidad que deben evitarse (por ser ésta inferior a la masculinidad), por lo tanto una forma de construir su identidad es sobre los ejes de poder y dominio. De manera constante se tiene la idea de que el pensamiento racional y lógico del hombre es la forma superior de inteligencia, desde luego ajena a las mujeres. Este ejercicio constante del poder forma parte de múltiples prácticas culturales que caracterizan a los grupos de hombres, tales como las pruebas de valentía (entre cuerpos policiales), las de heterosexualidad (entre amigos) y otras tantas que son patentes en los contextos donde se encuentren los hombres.

Connell (2003) plantea que hay que estudiar las relaciones de género y las prácticas sociales mediante un modelo específico para los estudios de género basado en tres grandes ejes: las relaciones de poder, las de *catexis* y los modos de producción. A este respecto, Kimmel y Mahler (2003) señala que los privilegios de género, raza y clase son universales y que, si se desea que los hombres resignifiquen la masculinidad, primero será necesario hacerla visible para ellos puesto que ésta es, de hecho, invisible y está asociada con el poder y los privilegios. Es por ello necesario repensar la masculinidad hegemónica en víspera de que es posible reconstruir otras facetas masculinas, que no sólo se posicionen de forma adversa a las mujeres, ni aquellos hombres que se ubican fuera de este lugar (enfermos, ancianos, homosexuales, ignorantes y pobres, entre otros). Esta deconstrucción podría ubicarse en el cuestionamiento a la heterosexualidad obligatoria; mostrando que es posible experimentar el cuerpo humano de una forma que no implique reproducción, que no necesariamente se tiene que estar en una edad adulta para ser maduro y además, ser hombre; pero sobre todo que las manifestaciones agresivas no representan un signo característico de los varones.

Las masculinidades son, entonces, modelos, posibilidades de ser hombre que surgen y son mantenidos por los grupos humanos.

Junto con globalización, hay algunas masculinidades que son colocadas en y desde la hegemonía y promovidas como mejores o más deseables o legítimas en relación con otras; sin importar que exista contraposición entre ellas. Esto lo encuentran autores como Hernández (2005) y Vega y Gutiérrez (2004), en su trabajo con jóvenes de la calle; Valladares y Crisanty (2002) en los conceptos de novio y amigo de jóvenes yucatecos, por mencionar algunos.

El término masculinidades atraviesa por una crisis conceptual originada al introducir en su campo de estudio nuevas terminologías que mezclan aspectos científicos sociales con estrategias de mercadeo que tratan de dar sentido o describir las nuevas identidades ideales los hombres. Destacan, sobre todo en los medios de comunicación masiva, ideales de hombres pertenecientes a la sociedad postindustrial urbana, que se caracterizan por un exacerbado interés por el cuidado personal, la apariencia física y un estilo de vida sofisticado, inclinado hacia una cultura de consumo, al cual se le ha denominado metrosexual (Simpson, 2002). El mismo Simpson (2015), un comunicador de cierta fama en los medios digitales, ha acuñado otros términos como: retrosexual, ubersexual, spornosexual, tecnosexual y lumbersexual; cada uno en cierta relación con el término metrosexual, aunque con matices a veces no muy claros. Modelos como este y muchos otros son representaciones de hombres que venden identidades desde la lógica de las industrias culturales, muy apoyadas en estrategias de mercadeo basado en la seducción de la masculinidad en los hombres. Se trata de una seducción masculina que juguetea con admiradores varoniles, que se encarga de ofrecer y vender modelos difíciles de alcanzar. Finalmente, se sigue perpetuando el estereotipo de lo masculino, pero con tintes globalizantes de una cultura egoísta, individualista y consumista.

Hablar de masculinidad (hegemónica) refiere a ese modo legitimado de ser hombre y es siempre heterosexualizada, caracterizada por tener permitido el uso de la fuerza física, la violencia y el control (represión) de las emociones, marcando la diferencia con las

mujeres, quienes son subordinadas de uno u otro modo (aunque sea en el plano del pensamiento solamente) y, desde luego, el ejercicio de la razón.

Desde lo planteado en este texto, utilizar el término hombre remite de inmediato a características que no se les reconocen a los jóvenes. El término joven parece más cercano de lo femenino que de lo masculino, en el sentido de asociarse con una falta de control emocional y fragilidad e ideas muy asociadas con el machismo, como el desprecio por las mujeres, la acumulación de coitos, entre otras (Medina, 2005). En concordancia con Montesinos (2005), quizá este problema exista también porque los modelos de masculinidad están en redefinición y aún no se tiene un concepto de hombre que no remita al relacionado con la adultez.

Inevitablemente, vemos la sociedad como un lugar de conspiración que engulle al hermano que muchos de nosotros tendrían razones para respetar en la vida privada, e imponemos en su lugar un macho monstruoso, con una voz estruendosa, con mano dura que, de una manera pueril anota en el suelo signos con tiza líneas de separación mágicas entre las cuales aparecen, hieráticos, rígidos, separados y artificiales los seres humanos (Schongut, 2012).

He aquí algunas razones para el nacimiento del “hombre joven” como categoría analítica y su incorporación en políticas públicas con la finalidad de que consideren válido este referente y no quede imbricado en un discurso que postule lo masculino como modelo de lo humano. Tan sólo es una sugerida invitación para su pronta aplicación.

REFERENCIAS

- Aisenson, A. (1982). *El yo y el sí mismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Alcoff, L. (1989). Feminismo cultural vs. pos-estructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría feminista. *Feminaria 2*, pp. 1-18.
- Alonso, I. (2000). Apego inseguro y rol de género como correlatos de la dependencia interpersonal. Tesis de doctorado: Universidad del País Vasco.
- Amorós, C. (1997). *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y posmodernidad*. Madrid: Cátedra (Feminismos).
- Asociación Mexicana de Agencias de Investigación de Mercados y Opinión Pública. (2008). *Regla AMAI 10x6*. Recuperado el 27 de noviembre de 2009, de www.amai.org/niveles.php
- Augé, M. (2002). *Los no lugares, espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- Badinter, E. (1993). *XY La identidad masculina*. Madrid: Alianza.
- Barberá, E. (1998). *Género y sociedad*. Madrid: Pirámide.
- Barbieri, T. (1992). Sobre la categoría de género. Una introducción teórica metodológica. *Revista Interamericana de Sociología*, VI, (2) pp. 50-66.
- Barbieri, T. (1996). Certezas y malos entendidos sobre la categoría género. En *Estudios básicos de derechos humanos IV*. Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.
- Barbieri, T. y Oliveira, O. (1987). *Presencia de las mujeres en América Latina en una década de crisis*. Sto. Domingo: Ed. Populares (11 feministas, Colección Teoría), pp. 26-29.
- Barceló, R. (2005). Los jóvenes de la burguesía porfiriana. En Pérez I., J. A. y Urteaga, M. (coords.) *Historias de los jóvenes en México: su presencia en el siglo xx*. México: Instituto Mexicano de la Juventud/AGN, pp. 393-403.

- Barragán M., F. (2004). Masculinidades e innovación educativa: de la homofobia a la ética del cuidado. En Lomas, C. (comp.). *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona: Paidós.
- Bartra, R. (2002). *La jaula de la melancolía*. México: Ediciones Sin Nombre /Conaculta.
- Basaglia, F. (1985). *Mujer, locura y sociedad*. Puebla: UAP.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. México: FCE.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas*. Barcelona: Paidós.
- Beaty, L. (invierno, 1995). *Effects of paternal absence on male adolescents' peer relations and self-image*. 30, (120), p. 873, Chicago: Universidad Northeastern Illinois.
- Beauvoir, S. de (1947/1981). *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Beauvoir, S. de (1947/1982). *El segundo sexo. La experiencia vivida*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim (2001). *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
- Bem, S. (1974). The measurement of psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42, pp. 155-162.
- Bem, S. (1985). Androgyny and gender schema theory: a conceptual and empirical integration. En Sonderegger, T. (ed.). *Nebraska Symposium on Motivation, 1984, Psychology and gender*. Lincoln: Universidad de Nebraska.
- Betz, E. (1995). Gender-related individual differences variables: New concepts, methods, and measures [versión electrónica]. En Lubinski, D. y Dawis, R. (eds.). *Assessing individual differences in human behavior: New concepts, methods, and findings*. EUA: XXIII, pp. 119-143. Recuperado el 19 de noviembre de 2006, de la base de datos PsycARTICLES.
- Bonino, L. (1995). Develando los micromachismos en la vida conyugal. En Corsi, J., Dohmen, M. y Sotés, M. A. *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*. Buenos Aires: Paidós.
- Botello, L. (2008). *Identidad, masculinidad y violencia de género. Un acercamiento a los varones jóvenes mexicanos*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Bourdieu, P. (1998/2005). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourhis, R. y Leyens, J. (1996). *Estereotipos, discriminación y relaciones entre grupos*, Madrid: McGraw-Hill.
- Brito, L. (2005). Identidades juveniles y praxis divergente; acerca de la conceptualización de juventud. En Nateras, D. (coord.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 43-60.
- Bueno, R. (ene-jun 2005). Medios de comunicación y juventud. *Jóvenes*. 9 (22) pp. 148-163.

- Burin, M. (1993). Subjetividad femenina y salud mental. *Memoria del Coloquio Género y Salud Femenina*. México: INNSZ-CIESAS.
- Burin, M. y Meler I. (1998). *Género y familia: poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M. y Meler I. (2004). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Cáceres, C. y Jiménez, Ó. (1998). Fletes in Parque Kennedy: Young Men Who Sell Sex to Other Men in Lima. En Aggleton, P. *Male sex work*. Londres: Taylor and Francis.
- Cáceres, C., Salazar, X., Rosasco, A. y Fernández D. (2005). Ser hombre en el Perú. La infidelidad, la violencia y la homofobia en la experiencia masculina. En Dohmen, M. y Sotés, M. *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*. Buenos Aires: Paidós.
- Carrillo, C., Cortés, L., Flores, M. y Reyes, I. (2000). Niveles de expresividad-instrumentalidad en hombres y mujeres. *La Psicología Social en México*. 8, pp. 114-120.
- Casillas, M. (abril-dic 1998). Notas sobre la socialización en la universidad. *Jóvenes*, 2 (7), 4a. época, pp. 12-27.
- Catalá, M. (1983). *Reflexiones desde un cuerpo de mujer*. Barcelona: Anagrama.
- CEPAL (2007). *La juventud en Iberoamérica: tendencias y urgencias*. Buenos Aires.
- CEPAL (2008). *Panorama social de América Latina. 2008*. Recuperado el 02 de noviembre de 2009, de <http://www.cepal.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/2/34732/P34732.xml&xsl=/dds/tpl/p9f.xsl&base=/tpl/top-bottom.xslt>
- Clare, A. (2006). *Hombres. La masculinidad en crisis*. México: Taurus.
- Connel, R. (2000). *The man and the boys*. Cambridge: Polity.
- Connel, R. (2003). *Masculinidades*. México: PUEG/UNAM.
- Conway, J. Bourque, S. y Scott, J. (otoño 1987). Introduction: The Concept of Gender. *Daedalus*. Lamas, M. (2003). En *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM/PUEG-Miguel Ángel Porrúa.
- Cooper, J. (1988). *Mujer, trabajo y nueva tecnología*. Tesis de maestría. México: UNAM.
- Cooper, J. (2006). Género y fuerza de trabajo. Diferencias en ocupaciones e ingresos. *IV Diplomado. Relaciones de Género*. México. PUEG/UNAM, conferencia dictada el 06 de junio.
- Córdova P. (2003). “Mayates” “chichifos” y “chacales”: trabajo sexual masculino en la ciudad de Xalapa, Veracruz. En Miano, M. *Caminos inciertos de las masculinidades*. México: Conaculta/INAH/ENAH.
- Corsi, J. (1995). *Violencia masculina en la pareja*. Buenos Aires: Paidós.

- Covarrubias V., (2002). *La otredad del yo. El hombre cosa de la sociedad capitalista*. México: UPN.
- Cueva, P. (2006). *La juventud como categoría del análisis sociológico*. México: IIS-UNAM.
- Chávez, E. (1928). *Ensayo de psicología de la adolescencia*. México: SEP.
- De la Garza, E. (1992). *Crisis y sujetos sociales en México*. México: Miguel Ángel Porrúa/UNAM/CEIICH.
- Díaz, R., Díaz-Guerrero, R., Helmreich, R. y Spence, J. (1981). Comparación transcultural y análisis psicométrico de una medida de rasgos masculinos (instrumentales) y femeninos (expresivos). *Revista de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social*. 1 (1-2), pp. 3-37.
- Díaz, R., Rocha, T. y Rivera, S. (julio 2004). Elaboración, validación y estandarización de un inventario para evaluar las dimensiones atributivas de instrumentalidad y expresividad. *Revista Interamericana de Psicología*, 01.
- Domínguez, M. (ene-jun 2003). Legislación y juventud en México. *Jóvenes*, 7 (18), pp. 6-31.
- Díaz-Guerrero, R. (1986). *El ecosistema sociocultural y la calidad de la vida*. México: Trillas.
- Dorao, E. (2006). *¿Qué es el feminismo de género?* Recuperado el 02 mayo de 2007, de www.projusticia.es/articulos/documentos/feminismodegeneroeugenio-dorao.pdf
- Dubar, A. (2002). *La crisis de las identidades. La interpretación de una mutación*. Barcelona: Bellaterra.
- Fausto-Sterling, A. (mayo/abril 1993). The Five Sexes: Why male and female are not enough. *The Sciences*, pp. 20-24.
- Fausto-Sterling, A. (1994). *Miths of gender: Biological theories about women and men*. New York: BasicBooks.
- Feixa, C. (abril 1998). Culturas juveniles: el reloj de arena. *Revista JovenEs*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Fernández, J. (1987). Nuevas perspectivas en el desarrollo de la tipificación sexual y de género. *Estudios de Psicología*, 32, pp. 47-69.
- Fernández, J. (1996). *Varones y mujeres. Desarrollo de la doble realidad del sexo y del género*. Madrid: Pirámide.
- Fernández, J., Barbera et al. (1998). *Género y sociedad*. España: Pirámide.
- Fleiz, C. (2008). *Malestar depresivo y masculinidad*. Tesis de doctorado: UNAM.
- Fonseca, C. (2006). Reflexiones sobre masculinidad y sexualidades periféricas en la teoría del género. En Quintero, M. y Fonseca H. *El género y sus ámbitos de expresión en lo cultural, económico y ambiental*. México: Miguel Ángel Porrúa/ Cámara de Diputados, pp. 19-30.

- Fonseca, C. y Quintero, M. (2004). *Teoría y crítica de los métodos cualitativos en la investigación social: el uso de la observación participante, el grupo de discusión y la historia de vida como herramientas metodológicas del investigador social*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Forbes, D. (primavera, 2003). Turn the wheel: Integral school counseling for male adolescents. *Journal of Counseling and Development*. JCD, Alexandria, 81 (2), pp. 142-149.
- Fox, D. y Prilleltensky, I. (1997). *Critical psychology*. Londres: Sage.
- Galindo J. (1987). Encuentro de subjetividades, objetividad descubierta. La entrevista como centro del trabajo etnográfico. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 3, pp. 151-183.
- García de, A. (2005). Posfascio. Una visión histórica de los estudios de juventud en México. En Pérez, J. y Urteaga, M. (coords.). *Historias de los jóvenes en México: su presencia en el siglo XX*. México: Instituto Mexicano de la Juventud /AGN, pp. 393-403.
- García, G. (2001). *Ser joven en Hornos: la construcción psicosocial de la juventud en un contexto marginal-urbano*. Tesis de maestría. México: UNAM.
- García-Villanueva, J., Meza, D. y Rodríguez, I. (2004). *Estudio de masculinidad y feminidad en una muestra de jóvenes homosexuales y heterosexuales*. Tesis de licenciatura. México: UNAM.
- García-Villanueva, J., Barajas, V. y Hernández-Ramírez, C. (2016). Voces y miradas interpretativas. Cómo se concibe la homosexualidad desde la juventud. *Revista Cuaderno de Investigación en la Educación*. Aprobado. En prensa.
- García-Villanueva, J., Meza, M.; Hernández-Ramírez, C. y Moreno, G. D. (2016). Masculinidad y Feminidad en hombres jóvenes mexicanos. ¿Un asunto de orientación sexual? *Revista Praxis Educativa*. Manuscrito sin publicar.
- GDF (2000). Ley de las y los Jóvenes del Distrito Federal. *Gaceta Oficial del Distrito Federal*. México: Gobierno del D.F. 25 de julio.
- Goetz, J. y LeCompte, M. (1988). *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa*. Madrid: Morata.
- González, V., (2001). *Después de la liberación (formas transpolíticas, figuras transsexuales)*. México: UPN.
- Gordon, C. (1968). *The self in social interaction*. Nueva York: Wiley, citado en Bourhis, R. y Leyens, J. (1996). *Estereotipos, discriminación y relaciones entre grupos*, Madrid: McGraw-Hill.
- Hall, J. y Halberstadt, A. (julio, 1980). Masculinity and femininity in children: Development of the Children's Personal Attributes Questionnaire. *Developmental Psychology*. 16 (4), pp. 270-280.
- Hathaway, S. y McKinley, J. (1943). *The Minnesota Multiphasic Personality Inventory (MMPI)*. En Nuñez, R. (1994). *Aplicación del MMPI a la psicopatología*. México: Manual Moderno.

- Hawkesworth, M. (primavera, 1997). Confounding Gender. *Signs*, 22 (3), pp. 649-685.
- Heat, J. y Potter, A. (2005). *Rebelarse vende, el negocio de la contracultura*. México: Taurus.
- Heidegger, M. (1951/2002). *Ser y tiempo* (Jorge Eduardo Rivera, trad.). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Herd, G. (ed.) (1992). *Homosexualidad ritual en Melanesia*. Madrid: Fundación Universidad-Empresa.
- Hernández, A. (2005). *Representaciones sociales, prácticas y eventos relacionados con la maternidad y la paternidad en jóvenes que viven en la calle*. Tesis de doctorado. México: UNAM.
- Hudelson, P. (1994). *Qualitative research for health programmes*. Génova: OMS, citado en Ito S., M. E. y Vargas N., B. I. (2005). *Investigación cualitativa para psicólogos. De la idea al reporte*. México: UNAM/Miguel Ángel Porrúa.
- Huerta, R. (1999). *El juego del hombre. Deporte y masculinidad entre obreros*. México: Plaza y Valdés/BUAP.
- Instituto de la Juventud del Distrito Federal (2009). *Jóvenes en red*. Recuperado el 01 febrero 2009, de <http://www.df.gob.mx/wb/gdf/jovenes>
- INEGI (2005). *II Censo de Población y Vivienda 2005*. Recuperado el 03 de octubre de 2006, de www.inegi.gob.mx
- INEGI (2008). *Estadísticas de mortalidad*. Recuperado el 02 agosto 2009, de <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/espanol/proyectos/continuas/vitales/bd/mortalidad/MortalidadGeneral.asp?s=est&c=11144>
- INEGI (2009a). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, 2o. trimestre de 2009*. Recuperado el 02 agosto 2009, de <http://www.inegi.org.mx/inegi/default.aspx?s=est&c=10658>
- INEGI (2009b). *Estadísticas judiciales en materia penal 2004-2008*. Recuperado el 02 junio 2009, de <http://www.inegi.org.mx/inegi/default.aspx?s=est&c=11017>
- INSTRAW (2003). *Salud sexual y reproductiva de la mujer: asunto tanto del hombre como de la mujer* (Documento de trabajo). INSTRAW.
- Isaac, S. y Michael, W. (1981). *Handbook in research and evaluation for education and the behavioral sciences*. San Diego: Edits Publishers.
- Ito, M. y Vargas N., (2005). *Investigación cualitativa para psicólogos. De la idea al reporte*. México: FES Zaragoza-UNAM/Miguel Ángel Porrúa.
- IUPSyS (2008). *Universal Declaration of Ethical Principles for Psychologists. Proposed Third Draft*. Berlin: International Union of Psychological Science.
- Izquierdo, M. (1998). Sexo, género e individuo. El sistema sexo-género como marco de análisis. *El malestar en la desigualdad*. Valencia: Universitat de Valencia/Instituto de la Mujer.
- Jaggar, A. (1983). *Feminist politics and human nature, Philosophy and society*. Totowa, Nueva Jersey: Rowman & Allanheld.
- Kaufman, M. (1989). *Hombres. Placer, poder y cambio*, Santo Domingo: CIPAF.

- Kerlinger, F. y Lee, H. (2002). *Investigación del comportamiento*. 4a. ed. México: McGraw-Hill.
- Kimmel, M. (1992). La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes. *Ediciones de las mujeres*. 17. Santiago de Chile: Isis Internacional.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En *Ediciones de la Mujer*. 24, México: Isis Internacional.
- Kimmel, M. (2003). Globalization and its male contents. *International sociology*. 18 (3), pp. 603-620.
- Kimmel, M. y Mahler, M. (junio, 2003). Adolescent masculinity, homophobia, and violence: Random school shootings, 1982-2001. *The American Behavioral Scientist*, Thousand Oaks. 46 (10), pp. 1439-1458.
- Kitzinger, C. (1997). Lesbian and gay psychology: a critical analysis. Fox y Prilleltensky. *Critical psychology*. Londres: Sage.
- Koo, P. (2003). *Masculinidad en crisis: representación masculina en cuatro novelas latinoamericanas*. Tesis de doctorado. Oklahoma: Universidad de Oklahoma.
- Kuhn, M y Mc Partland, T. (1954). An empirical investigation of self attitudes. *American Sociological Review*, 19, pp. 68-76.
- Kvale, S. (1996). *InterViews. An introduction to qualitative research interviewing*. Thousand Oaks: Sage.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1985). *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo XXI.
- Lagarde, M. (1992). *Antropología de los cautiverios: madresposa, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM.
- Lamas, M. (1986). La antropología feminista y la categoría género. *Nueva Antropología*. VIII (30), México.
- Lamas, M. (1995). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género. *La Ventana, revista de estudios de género*. 1, julio. Guadalajara, Jalisco, México: U. de G./Centro de Estudios de Género.
- Lamas, M. (2003). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG-UNAM/Miguel Ángel Porrúa.
- Lara, M. (1993). *Inventario de masculinidad y feminidad imafe*. México: El Manual Moderno.
- Lévi-Strauss, C. (1968). *Mitológicas, I: Lo crudo y lo cocido*. México: FCE.
- Lomas, C. (comp.) (2004). *Los chicos también lloran. Identidades masculinas igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona: Paidós.
- López, H. (2009). *Nivel socioeconómico AMAI*. México: AMAI/IIS
- Lowe, J. (2001). "Ser". En Ted Honderich (ed.). *Enciclopedia Oxford de Filosofía* (Carmen García Trevijano, trad.). Madrid: Tecnos, p. 953.
- Lutte, G. (1991). *Liberar la adolescencia: la psicología de los jóvenes hoy*. Madrid: Herder.

- Malbon, B. (abr-jun 2000). Los antros. Consumo, identidad y prácticas en los espacios de la vida nocturna. *Jóvenes*. Nueva época, 4 (11), pp. 170-186.
- Manzelli, H. (2005). "Como un juego": la coerción sexual vista por varones adolescentes. En Pantelides, E. y López, E. (comps.). *Varones latinoamericanos, Estudios sobre sexualidad y reproducción*. México: Paidós.
- Martínez, G. (1994). *El nuevo perfil del ejecutivo bancario. ¿Una posibilidad para la mujer?* Tesis de maestría. FLACSO.
- Mead, M. (1963/2006). *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Barcelona: Paidós.
- Medina, G. (2005). Fracturas en la heterosexualidad masculina: horizontes transmodernos. En Nateras, A., (coord.) (2002a). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 381-404.
- Medina, G. (comp.) (2000). *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México: Colmex.
- Miano, M. (2003). *Caminos inciertos de las masculinidades*. México: Conaculta/ INAH/ENAH.
- Mogrovejo, N. (2001). *Un amor que se atrevió a decir su nombre. La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*. México: Plaza y Valdés/CDAHL.
- Montesinos, R. (1995). Cambio cultural y crisis en la identidad masculina. *El Cotidiano*, 68. México: UAM-A.
- Montesinos, R. (2002). *Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Barcelona: Gedisa.
- Montesinos, R. (2002). Masculinidad y juventud. La identidad genérica y sus conflictos. En Nateras, A. (coord.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 345-362.
- Montoya, O. (1988): *Nadando contra corriente: buscando pistas para prevenir la violencia masculina en las relaciones de pareja*. Managua: Puntos de Encuentro.
- Morín, E. (2002). Los lugares del rock: una aproximación a los espacios juveniles. En Nateras, A. (coord.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 155-170.
- Nateras, A. (2002b). Metal y tinta en piel, la alteración y decoración corporal: perforaciones y tatuajes en jóvenes urbanos. En Nateras, A. *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 187-204.
- Nateras, A. (coord.) (2002a). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Nauhardt, M. (1997). Construcciones y representaciones: el péndulo social en la construcción social de la juventud. *Jóvenes. Revista de estudios sobre juventud*, 3, pp. 36-47.

- Navarro, J. (abril-dic 1998). Socialización religiosa de los jóvenes en México. *Jóvenes*, 4a. época, 2 (7), pp. 46-69.
- Necochea, G. (2005). Los jóvenes a la vuelta del siglo. En Pérez, J. y Urteaga, M. (coords.). *Historias de los jóvenes en México: su presencia en el siglo XX*, México: Instituto Mexicano de la Juventud/AGN, pp. 393-403.
- Neuman, W. (1997). *Social research methods. Qualitative and quantitative approaches*. Boston: Allyn & Bacon.
- Núñez, R. (1994). *Aplicación del MMPI a la psicopatología*. México: Manual Moderno.
- OJN (1998). *Ley del Instituto Mexicano de la Juventud*. Recuperado el 01 de octubre 2006, de www.ojn.gob.mx
- OJN (2000). *Ley para la Protección de los Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes*. Recuperado el 01 de octubre de 2006, de www.ojn.gob.mx
- Olavarría, J. (1998). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: FLACSO.
- Olvera García, R. (1997). *Perspectivas actuales de la producción teórica sobre masculinidad*. Tesis de licenciatura: UNAM.
- ONU (2006). *Youth at the United Nations*. Recuperado el 02 de octubre de 2006, de <http://www.un.org/esa/socdev/unyin/spanish/qanda.htm#4>
- ONU, (2003). *World urbanization prospects. The 2003 revision*. Recuperado el 22 de marzo de 2007, de <http://www.un.org>
- Pantelides, E. y López, E. (comps.) (2005). *Varones latinoamericanos. Estudios sobre sexualidad y reproducción*. México: Paidós.
- Pascoe, C. (junio, 2003). Multiple masculinities? Teenage boys talk about jocks and gender. *The American Behavioral Scientist*, Thousand Oaks, 46, (10), pp. 1423-1438.
- Patton, M. (1986). *Qualitative Evaluation Methods*. Beverly Hills: Sage.
- Paz, O. (1950). *El laberinto de la soledad*. México: Ediciones Cuadernos Americanos.
- Pérez, J. (2000). Visiones y versiones. Jóvenes, Instituciones y políticas de juventud. En *Umbrales, cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*. Medellín: Corporación Región, pp. 195-233.
- Pérez, J. y Urteaga, M. (coords.) (2005). *Historias de los jóvenes en México: su presencia en el siglo XX*. México: Instituto Mexicano de la Juventud/AGN, pp. 393-403.
- Pérez, J., Valdés, M. y Suárez, M. (2008). *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México: UNAM/Miguel Ángel Porrúa.
- PNUD, (2009). *Indicadores de Desarrollo Humano y Género en México 2000-2005*. Recuperado el 01 de febrero de 2009, de <http://www.undp.org.mx/DesarrolloHumano/estatales/index.html>

- Portilla, J. (1966). *La fenomenología del relajo*. México: FCE.
- Quine, W. (1974). *La relatividad ontológica y otros ensayos* (M. Garrido y J. L. Blasco, trads.). Madrid: Tecnos.
- Quintero, M. y Fonseca H., C. (2006). *El género y sus ámbitos de expresión en lo cultural, económico y ambiental*. México: Miguel Ángel Porrúa/Cámara de Diputados.
- DRAE (2001). *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*. Madrid: Real Academia Española/Espasa Calpe.
- Ramírez, J. (2005). *Madejas entreveradas. Violencia, masculinidad y poder. Varones que ejercen violencia contra sus parejas*. México: Plaza y Valdés/udeg.
- Ramírez, M. (2003). *Hombres violentos, Un estudio antropológico de la violencia masculina*. México: Plaza y Valdés/Instituto Jalisciense de las Mujeres.
- Ramos, L., González, C. y Bolaños, F. (2002). Juventud, género y violencia. En Nateras, A. *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 415-432.
- Ramos, S. (1951/1984). *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Espasa-Calpe.
- Reddock, R. (2003). Men as gender beings: the emergente of masculinity studies in the anglophone Caribbean. *Social and Economic Studies*, 52 (3), pp. 89-117.
- Reguillo, R. (marzo 1993). Las tribus juveniles en tiempos de la modernidad. *Revista de Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 5 (15), México: Universidad de Colima, pp. 171-184.
- Reguillo, R. (jul-dic 1997). Culturas Juveniles. Producir la identidad: un mapa de interacciones. En *JovenEs. Revista de Estudios sobre Juventud*. Cuarta época, 2 (5), IMJ, pp. 12-31.
- Reguillo, R. (2000). Las culturas juveniles. En Medina, G. (comp.) (2000). *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México: Colmex.
- Renold, E. (junio 2003). "If You Don't Kiss Me, You're Dumped": Boys, boyfriends and heterosexualised masculinities in the primary school. *Educational Review*, 55 (2), Reino Unido: Taylor & Francis. pp. 179-194.
- Rich, A. (1980). Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence. *Signs* 5 citada en Mogrovejo, N. (2001). *Un amor que se atrevió a decir su nombre. La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*. México: Plaza y Valdés/CDAHL.
- Richmond, K. y Levant, R. (nov 2003). Clinical application of the gender role strain paradigm: Treatment for adolescent boys. *Journal of Clinical Psychology: Brandon*, 59 (11), pp. 1237-1245.
- Robinson, J., Shaver, P. y Wrightsman, L. (eds.) (1991). Measures of personality and social psychological attitudes. vol. 1, *Measures of Social Psychological attitudes series*. Academic Press, pp. 573-660.

- Rocha, T. (2000). *Roles de género en los adolescentes mexicanos y rasgos de masculinidad-feminidad*. Tesis de licenciatura: UNAM.
- Rochín, D. (2002). La huelga universitaria. Una manifestación de las culturas juveniles de fin de milenio. En Nateras, A. (coord.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 327-344.
- Rodríguez, A. y Tamayo, S. (coords.) (2004). *Los últimos cien años...los próximos cien*. México: UAM.
- Rubin, G. (1975). The Traffic in Women: Notes on the "Political Economy" of Sex. En Reiter, R. (comp.). *Toward an Anthropology of Women*. Nueva York: Monthly.
- Rust, J. y McCraw, A. (1984). Influence of masculinity-femininity on adolescent self-esteem and peer acceptance. *Adolescence*, 19 (74), verano, pp. 359-366.
- Saltzman, J. (1978). *Masculine, feminine or human? An overview of the sociology of the gender roles*. Itasca, Illinois: Peacock Publishers.
- Sánchez, A. (2002). La pigmentación del sueño urbano a través del graffiti. En Nateras, A. *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 171-186.
- Scott, J. (1986). Gender: A Useful Category of Historical Analysis. *The American Historical Review*, 91 (5), pp. 1053-1075.
- Schneider, M. (2003). *Genealogía de lo masculino*, Buenos Aires: Paidós.
- Schongut, G. (2012). La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2 (2), pp. 27-65.
- Segarra, M. y Carabí, Á. (2000). *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Icaria.
- Seidler, V. J. (2000). *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. México: PUEG/UNAM/CIESAS/Paidós.
- Seidler, V. (2006a). *Transforming masculinities. Men, cultures, bodies, power, sex and love*. Gran Bretaña: Routledge.
- Seidler, V. (2006b). Transformar las masculinidades. En Careaga, G. y Cruz S. *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*, México: PUEG-UNAM, pp. 57-65.
- Seidler, V. (2006c). Masculinidades, hegemonía y vida emocional. En Careaga, G. y Cruz S. (2006). *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. México: PUEG-UNAM, pp. 147-157.
- Serna, L. (jul-dic 1997). Globalización y participación juvenil. *Jóvenes*, 4a. época, 1 (5), pp. 42-57.
- Serret, E. (2001). *El género y lo simbólico. La constitución imaginaria de la identidad femenina*. México: UAM-A.
- Siegal, M. (1987). Are sons and daughters treated more differently by fathers than by mothers? *Developmental Review*, 7, pp. 183-209.
- Simpson, M. (1994). Here come the mirror men. *The Independent*, 5 de noviembre.

- Simpson, M. (2002/2008). *Meet the metrosexual*, Salon.com, julio 22 en red: Recuperado en marzo 2008, de http://marksimpson.com/pages/journalism/metrosexual_beckham.html
- Simpson, M. (2015). From Metrosexual to Spornosexual — Two Decades of Male Deliciousness. *The Daily Telegraph*. Recuperado en junio de 2015, de <http://www.telegraph.co.uk/men/fashion-and-style/10881682/The-metrosexual-is-dead.-Long-live-the-spornosexual.html>
- Smiler, A. (2004). Thirty years after the discovery of gender: Psychological concepts and measures of masculinity. *Sex Roles*, 50 (1-2), pp. 15-26.
- Spence, J. Helmreich, R. y Stapp, J. (1974). The Personal Attributes Questionnaire: a measure of sex role stereotypes and masculinity-femininity. *JSAS Catalog of Selected Documents in Psychology*, vol. 4, pp. 43-44.
- Spence, J., Helmreich, R. y Stapp, J. (1975). Ratings of self and peers on sex role attributes and their relation to self-esteem and conceptions of masculinity and femininity. *Journal of personality and social psychology*, 32, pp. 29-39.
- Szasz, I. y Lerner, S. (comps.) (2005). *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: Colmex.
- Tajfel, H. (1972). La Categorización social. En Moscovici, S. (ed.). *Introduction à la Psychologie sociale* (vol. I, pp. 272-302). París: Larousse.
- Tajfel, H. (1976). Exit, voice and intergroup relations. En Strickland, F. y Gergen, K. (eds.). *Social Psychology in Transition*. Nueva York: Plenum.
- Tajfel, H. y Turner, J. (1986). The social identity theory of intergroup behavior. En Worchel, S. y Austin, W. (eds.). *Psychology of intergroup relations*. Chicago: Nelson-Hall Publishers.
- Taylor, S., Fiske, S., Etcoff, N. y Ruderman, A. (1978). Categorical and contextual bases of person memory and stereotyping. *Journal of Personality and Social Psychology*, 36, pp. 778-793.
- Taylor, S. y Bogdan, R. (1998). La entrevista a profundidad. En *Métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Terrazas, Ó. (2004). La centralidad metropolitana en la Ciudad de México. En Rodríguez, A. y Tamayo, S. (coords.). *Los últimos cien años... los próximos cien*. México: UAM, pp. 235-266.
- Touraine, A. (2005). Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy. Barcelona: Paidós.
- Turner, J., Hogg, M., Oakes, P., Reicher, S. y Wetherell, M. (1987). *Rediscovering the social group: A self-categorization theory*. Nueva York: Basil Blackwell, citado en Bourhis, R. y Leyens, J. (1996). *Estereotipos, discriminación y relaciones entre grupos*, Madrid: McGraw-Hill.
- Udry, J. y Chantala, K. (enero, 2004). Masculinity-femininity guides sexual union formation in adolescents. *Personality and Social Psychology Bulletin*, Thousand Oaks, 30 (1), pp. 44-55.

- Urzúa, D. (abril-dic 1998). Juventud, socialización y medios de comunicación? *Jóvenes*, 2 (7), 4a. época, pp. 28-45.
- Valenzuela, J. (2002). De los pachucos a los cholos. Movimientos juveniles en la frontera Mexico-Estados Unidos. En Feixa, C., Molina, F. y Alsinet, C. (eds.). *Movimientos juveniles en América Latina. Pachucos, malandros y punketas*. Madrid: Ariel.
- Valladares, J. y Crisanty, J. (abril, 2002). Conceptos de novio y amigo en jóvenes yucatecos con y sin pareja. En *Memoria del XXIX Congreso del Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación en Psicología*. San Luis Potosí, SLP, México.
- Vega, L. y Gutiérrez, R. (2004). Masculinidad y prostitución infantil callejera. En *Memoria del XII Congreso Mexicano de Psicología*, Guanajuato, México: SMP /INPRE.
- Villatoro, J., Gutiérrez, M., Quiroz, N., Moreno, M., Gaytán, L., Gaytán, F., Amador, N. y Medina-Mora, M. (2007). *Encuesta de Consumo de Drogas en Estudiantes 2006*. México: INPRE.
- Ward, P. (2004). Gobierno y democracia en el Distrito Federal: Cárdenas, el PRD y el huevo del párroco. En Rodríguez Kuri, A. y Tamayo, S. (coords.). *Los primeros cien años. Los próximos cien...* México: UAM, pp. 189-234.
- Warren, H.C. (comp.) (2001). *Diccionario de psicología*. México: FCE.
- Weeks, J. (1998). La construcción de las identidades genéricas y sexuales. La naturaleza problemática de las identidades. En Szasz, I. y Lerner, S. (comps.) (2005). *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: Colmex, pp. 199-221.
- Wilkinson, S. (1997). Feminist psychology. En Fox y Prilleltensky. *Critical psychology*, Londres: Sage.
- Wittig, M. (1980). The straight mind. Citado en Mogrovejo, N. (2001). *Un amor que se atrevió a decir su nombre. La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*. México: Plaza y Valdés/CDAHL, 2000.
- Zallo, R. (2006). *Economía de la comunicación y la cultura*. Madrid: Akal.
- Zimbardo, P. (2008). *El efecto Lucifer*. Madrid: Paidós.

ANEXOS

A. CARTA DE CONSENTIMIENTO INFORMADO

Estoy realizando un estudio sobre los jóvenes en la Ciudad de México. Considero que es de suma importancia desarrollar investigaciones al respecto porque pueden orientar el diseño y aplicación de políticas y programas de atención dirigidos a esas personas.

He elegido esta colonia de la ciudad porque en ella crecí y pienso que es representativa de las condiciones en que viven muchos de los jóvenes de la ciudad.

Por ello, estoy solicitando la participación de personas como tú para que me ayuden mediante una conversación de alrededor de una hora, donde platiquemos sobre tu experiencia como hombre joven de esta ciudad. La conversación será audiograbada para poder transcribirla, pero ello no significa que se sabrán tus datos de identificación. Todo lo referente a tus datos de identificación será tratado por mí de manera confidencial y nadie tendrá acceso a ellos ni durante ni después de la investigación.

La transcripción de la información que proporciones para esta obra estará a tu disposición para que la leas y la comentemos, si así

lo deseas. Esto sería de gran ayuda para mí, por lo que te avisaré cuando esté lista.

Muchas gracias por tu participación.

Jorge G.V.

B. GUÍA DE ENTREVISTA

Encuadre

Explicación del propósito y duración de la entrevista.

Reiterar aspectos relativos a la confidencialidad.

a.) Concepciones de hombre joven

- ¿Cuándo se empieza a ser joven? ¿Cuándo se deja de serlo?
- ¿Qué distingue a los jóvenes de los adultos?
- ¿Qué los distingue a ellos de ellas?
- Explorar si se identifica o no con la definición que dio de joven; ver si está relacionada con su noción de adulto.

b.) Estilos de vida de hombre joven

- ¿Cómo viven los jóvenes? ¿Con quién?
- ¿A qué se dedican?
- ¿En qué ocupan su tiempo libre?
- ¿Con quiénes se relacionan? ¿Con quiénes conviven?
- Explorar las áreas familiar, escolar y laboral, con quiénes se lleva mejor, con quiénes tiene conflicto. Papeles asumidos más comúnmente.

c.) Interacción con niños, adultos, ancianos (ambos sexos)

- ¿Cómo son las relaciones de los hombres jóvenes con los niños?
- ¿Cómo es el trato con adultos?
- ¿Y con los ancianos?
- Establecer las áreas de convergencia y de conflicto con las personas adultas de ambos sexos.

C. ESTRUCTURA DE LAS TABLAS ANALÍTICAS

Al inicio de la investigación se contaba con 13 categorías que durante los trabajos de análisis e interpretación fueron reducidas a 10, debido a su fuerte articulación. Éstas fueron:

1. Fronteras y características de la juventud.
2. Modelos de hombres y mujeres (hegemónicos o diversos).
3. Características de contraste con las mujeres.
4. Aspectos distintivos de los adultos y su trato con ellos.
5. Aspectos distintivos de los niños y su trato con ellos.
6. Aspectos distintivos de los ancianos y su trato con ellos.
7. Estilos de vida de los jóvenes y personas con quienes cohabitan.
8. Relaciones sociales (amistades, compañeros, conocidos).
9. Ocupaciones de los hombres jóvenes.
10. Pasatiempos.

La estructura de las tablas analíticas empleadas para el análisis por categoría, por entrevistado, estuvo basada en las técnicas y estrategias propuestas por Kvale (1996).

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Aurelio Nuño Mayer *Secretario de Educación Pública*
Salvador Jara Guerrero *Subsecretario de Educación Superior*

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Tenoch Esaú Cedillo Ávalos *Rector*
Mónica Angélica Calvo López *Secretaria Académica*
Romel Cervantes Angeles *Secretario Administrativo*
Alejandra Javier Jacuinde *Directora de Planeación*
Martha Isela García Peregrina *Directora de Servicios Jurídicos*
Fernando Velázquez Merlo *Director de Biblioteca y Apoyo Académico*
Xóchitl Leticia Moreno Fernández *Directora de Unidades UPN*
Alejandro Gallardo Cano *Director de Difusión y Extensión Universitaria*

COORDINADORES DE ÁREA ACADÉMICA

Lucila Parga Romero *Política Educativa, Procesos Institucionales y Gestión*
Jorge Tirzo Gómez *Diversidad e Interculturalidad*
Pedro Bollás García *Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes*
Carlos Ramírez Sámano *Tecnologías de la Información y Modelos Alternativos*
Iván Rodolfo Escalante Herrera *Teoría Pedagógica y Formación Docente*

COMITÉ EDITORIAL UPN

Tenoch Esaú Cedillo Ávalos *Presidente*
Mónica Angélica Calvo López *Secretaria Ejecutiva*
Alejandro Gallardo Cano *Coordinador Técnico*

Vocales académicos internos

Carlos Lagunas Villagómez
María Guadalupe Díaz Tepepa
Ana Lidia Magdalena Domínguez Ruiz
Verónica Hoyos Aguilar
María del Rosario Soto Lescale
Martín Antonio Medina Arteaga

Subdirectora de Fomento Editorial *Griselda Mayela Crisóstomo Alcántara*
Formación y diseño de portada *Margarita Morales Sánchez*
Edición y corrección de estilo *Priscila Saucedo García*

Esta primera edición de *La identidad masculina en los jóvenes: una mirada*, estuvo a cargo de la Subdirección de Fomento Editorial, de la Dirección de Difusión y Extensión Universitaria, de la Universidad Pedagógica Nacional y se terminó de imprimir el 22 de marzo de 2017, en los talleres de Imprimex, Antiguo Camino a Culhuacán 87, col. Santa Isabel Industrial, Iztapalapa, cp 09820, Ciudad de México. El tiraje fue de 300 ejemplares.